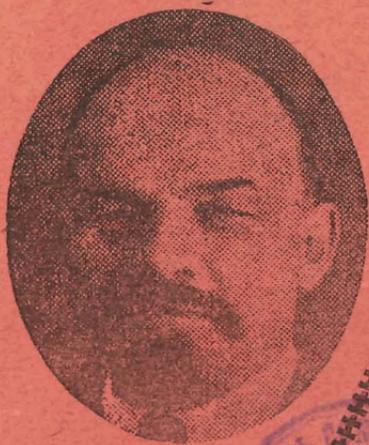


1571/1000 ca. Impreso.



Nicolás Lenin

Leon Trotzky



La 3^a. Internacional Comunista

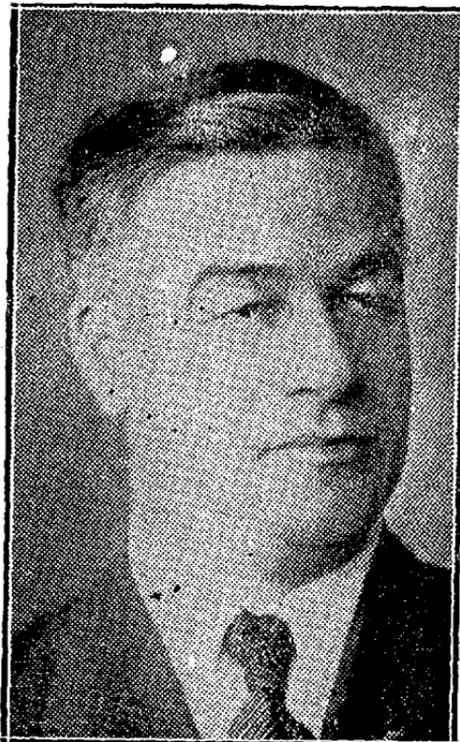


■ "EL SOCIALISTA" ■

Es el diario propiedad de los obreros de la región salitrera que está diariamente difundiendo los nuevos conocimientos sociales y condenando las injusticias del régimen capitalista.

Todo federado debe adquirirlo diariamente, y hacerlo leer por los obreros que no lo leen, hasta conseguir que sean lectores diarios de "El Socialista."

Igual cosa debe hacerse con toda la prensa obrera donde quiera que nos encontremos.



El Partido Obrero Socialista, Sección Antofagasta, dedica el presente folleto al camarada Luis E. Recabarren S., diputado del Partido, como reconocimiento por su obra de educación emancipadora en pro de la clase obrera de Chile.



Luis E. Recabarren S.

Diputado Comunista

elegido por el departamento de Antofagasta

La Tercera Internacional

Comunista

Historia del Socialismo y de la Internacional.—La Primera Internacional.—Segunda etapa de la Internacional.—La Tercera Internacional Comunista.
—Los Congresos de la Tercera Internacional.
—Las 21 condiciones para adherir a la Tercera Internacional.—El Manifiesto Comunista de Marx y Engels.—Los Intelectuales y la Tercera Internacional.

LO QUE HAN DICHO SOBRE RUSIA
GRANDES GENIOS Y PENSADORES.



IMPRESO EN LOS TALLERES DE
«EL SOCIALISTA»
ANTOFAGASTA, COVADONGA NUEVA 349.

1921.

SUMARIO

QUE ES LA TERCERA INTERNACIONAL?

I.

HISTORIA DEL SOCIALISMO

Y DE LA INTERNACIONAL

Los primeros socialistas en el siglo XVIII.—Sus doctrinas.—Carlos Marx.—La verdadera doctrina socialista.—Las teorías del «determinismo económico».—«El valor y el plus valor».—La lucha de clases.

II

LA PRIMERA INTERNACIONAL

Los congresos de la Primera Internacional.—Sus hombres.—Sus acuerdos.—La escisión de la Primera Internacional.—Creación de la Internacional anarquista.—Muerte de la Primera Internacional.

III

SEGUNDA ETAPA DE LA INTERNACIONAL

La segunda Internacional.—Sus líderes más sobresalientes.—Los acuerdos de sus congresos.—El programa y los preparativos antiguerreros de la Segunda Internacional, se estrellan contra la guerra capitalista de 1914.—El derrumbamiento de la Segunda Internacional.

IV

LA TERCERA INTERNACIONAL COMUNISTA

Oriegen de la Tercera Internacional.—Lenin y Tretzky.—Zimmerwald y Kiental.—La revolución de Noviembre.—Los bolsheviquis y los mensheviquis.—La actuación de Kerensky.—Sus flaquezas.—Derrumbamiento del ídolo de la burguesía.—Huida de Kerensky.—Triunfo del bolsheviquismo.—La dictadura proletaria.

V

LOS CONGRESOS DE LA TERCERA INTERNACIONAL

Los congresos de la Internacional comunista.—Los partidos que se adhieren a ella.—La solidaridad universal por la Tercera Internacional.—La guerra de Polonia.—Wrangel y su ejército de mercenarios son barridos por los maximalistas.

VI

LAS 21 CONDICIONES PARA ADHERIR A LA TERCERA INTERNACIONAL

Comentarios sobre las 21 condiciones de la Tercera Internacional.—Naciones que han aceptado esas condiciones.

VII

EL MANIFIESTO COMUNISTA DE MARX Y ENGELS

La biblia del socialismo internacional.—Interpretación del manifiesto comunista.

VIII

LOS INTELLECTUALES Y LA TERCERA INTERNACIONAL

El movimiento socialista internacional.—El grupo «Clartè» de Paris.—Las juventudes revolucionarias.

IX

LO QUE HAN DICHO SOBRE RUSIA GRANDES GENIOS Y PENSADORES



QUE ES LA TERCERA INTERNACIONAL?

El interés que demuestran los trabajadores de Chile por conocer el significado de la «Tercera Internacional» comunista, está bien marcado por su constante inclinación hacia ella, aunque en el fondo no la comprendan; esto mismo nos ha movido a escribir estas líneas, ilustrándolas con algunos datos históricos que vengan al caso para nuestro estudio, a fin de dar a saber a la clase trabajadora el significado de la Tercera Internacional.

La «Tercera Internacional» es la tercera organización internacional de trabajadores, creada para hacer una fuerte oposición y una lucha sistemática sin cuartel, contra la vasta organización capitalista mundial, de carácter también internacional, cuyos fines son explotar en su favor y en su beneficio perennemente a la clase obrera.

El fin de la Tercera Internacional, es orientar al proletariado hacia la revolución mundial, para arrancar de manos de la burguesía los medios de producción y de cambio y expropiar la propiedad privada capitalista, "incentivo de todas las iniquidades actuales".

Pasando los límites de las luchas económicas nacionales, los proletarios que componen esta organización internacional de productores asalariados, han creído de su deber disciplinar, las huestes obreras de los distintos países y razas para preparar y realizar la revolución social que ha de derrocar a la burguesía,

La lucha de los proletarios de los distintos países, contra el capitalismo opresor, tiene una forma de lucha nacional dentro de las fronteras de cada país; ya que según el «Manifiesto Comunista» «el proletariado de cada país debe acabar con su propia burguesía». Inmediatamente después, viene la forma de la lucha internacional, que hace que los trabajadores por sobre las fronteras y las razas unifiquen su pensamiento para la acción, de allí las significativas palabras de Marx y Engels: «Proletarios de todos los países, uníos!», esto es lo que hace la organización de todos los trabajadores conscientes del mundo para la lucha de clases en una asociación que se llama la «Internacional».

Del por qué hemos pasado ya por dos etapas, llegando a la tercera asociación internacional de trabajadores, es lo que tenemos que ver en el curso del presente estudio histórico dedicado a la clase trabajadora de Chile, cuyas simpatías hacia la Tercera Internacional, son, como decíamos al principio, marcadamente manifiestas.

HISTORIA DEL SOCIALISMO Y DE LA INTERNACIONAL

Los primeros socialistas en el siglo XVIII.— Sus doctrinas.— Carlos Marx.— La verdadera doctrina socialista.— Las teorías de «El determinismo económico».— «El valor y el plus valor».— «La lucha de clases».

El comunismo de nuestros días, tuvo sus predecesores numerosos antes de Carlos Marx y de Federico Engels.

Algunos remontan la historia del comunismo hasta los «padres de la iglesia», en boca de los cuales ponen frases que los contemporáneos burgueses considerarían subversivas y destempladas. Pero nosotros no

rebuscaremos en lo remoto de la historia, sino en lo mas moderno, para hallar una explicacion a las teorías comunistas y a la razon de ser de ellas.

Los primeros pensadores de las escuelas socialistas —de donde deriva el comunismo— aparecieron en el siglo XVIII distinguiéndose ya algunos demagogos de la revolucion francesa.

Babeuf fué el primero en concebir el proyecto de implantar el comunismo: el hecho de sostener estas ideas ante la naciente burguesía que habia ganado los privilegios de la revolucion, engañando al pueblo, le valió a Babeuf la guillotina.

Luego aparecieron los utopistas Fourier, Saint Simon y Luis Blanc, exponiendo cada cual su comunismo, muy distinto del de los discípulos de Babeuf, que invadieron hasta antes de la primera mitad del siglo XIX las sociedades secretas de Europa para difundir las teorías de su maestro.

Gran parte de las ideas contenidas 50 años mas tarde en el «Manifiesto Comunista» habian sido esbozadas ya por Babeuf, que, a pesar de toda contradicción, habia sido antes que Marx y Engels el primer socialista que proyectó una doctrina a base científica, como puede verse por este análisis de sus teorías:

1°. La naturaleza ha dado a todo hombre un derecho igual para gozar de todos los bienes.

2°. El objeto de la sociedad consiste en defender e igualdad frecuentemente atacada por el fuerte y malvado y aumentar, por el concurso de todos, los gozos comunes.

3°. La naturaleza ha impuesto a cada uno la obligacion de trabajar, y nadie a menos de cometer un crimen puede sustraerse al trabajo.

4°. Los trabajos y los gozos deben ser comunes.

5°. Existe opresion cuando, mientras uno se consume por efectos del trabajo y de la falta de lo necesario otros, sin hacer nada, disfrutan de todo.

6°. Nadie ha podido sin cometer un crimen, apropiarse exclusivamente los bienes de la tierra o de la industria.

7°. En una verdadera sociedad no deben existir ni ricos ni pobres.

8°. Los ricos que no quieren renunciar a lo superfluo en favor de los indigentes, son enemigos del pueblo.

9°. Nadie puede por acumulacion de todos los medios, privar a otro de la instruccion necesaria para su felicidad: la instruccion debe ser comun.

10°. El objetivo de la revolucion es destruir la desigualdad y establecer la felicidad comun.

11°. La revolucion no ha acabado porque los ricos absorben todos los bienes y mandan como los antiguos señores, mientras los pobres trabajan como verdaderos esclavos y no son nada dentro del Estado.

Como se vé, mas de algo parecido tiene este testamento socialista de 1796, con las conclusiones votadas muchos años mas tarde en los Congresos del Partido Socialista Internacional.

El último llamamiento hecho por Babeuf al pueblo francés cuando ya estaba cerca del patíbulo, cayó en el vacío. En 1796 tenía mas interés la masa popular en las victorias de Napoleon Bonaparte que en la restauracion de la constitucion de 1793 que proclamaba las ilusorias formas de la libertad, igualdad y fraternidad.

El pueblo alucinado por el mísero «reinado de la igualdad» perdió la cabeza junto con la de Babeuf, que fué víctima de la guillotina.

Pasando por alto la constitucion del «Consulado» y el «Imperio», tontearias con que la monarquia imperialista y militarista de aquella época pretendía alucinar a la clase obrera para hacerla olvidar sus miserias y su triste condicion, con la ficcion de unirlos hombres de la «gran nacion» conquistadora, entramos a otra época revolucionaria de 1815 a 1830 en el siglo XIX en

que aparece el romántico Fourier con su «Socialismo Asociador», pretendiendo unificar a la clase obrera con teorías que no podían resistir la prueba de confrontación con la realidad.

Fourier era antes que todo, un espíritu altruista, enamorado de todo grande ideal, por quimérico que fuera; se ha dicho que era una especie de santo laico, incapaz de hacerle daño a nadie. Enemigo de todo sacrificio, no solo para la humana especie, sino aun para todos los seres vivientes; él se sentía incapaz hasta para darle muerte a una mosca. Era él el creador de la «Armonía» — nombre que daba a su sistema de organización social.

La «Armonía» debía servir de base para todas las funciones vitales, incluso aquellas que requerían el sacrificio de seres vivientes indispensables para la supervivencia de los más superiores.

Entre sus teorías presenta casos curiosos para evitar el dolor en el sacrificio de otros seres necesarios a la vida de la especie humana.

La función de matarife (carneador) estaba prescrita, según sus planes conforme a normas humanizadas, por los cuales era indispensable usar todas las precauciones imaginables para evitar sufrimientos a los animales destinados al matadero.

«Se quiere mucho a los animales, decía, se les debe evitar todo sufrimiento y casi, casi la idea de la muerte».

Las precauciones aconsejadas para el sacrificio de los animales las describía Fourier con minuciosidad: La serie de los gíferos armoniosos tiene a su cuidado var y perfumar el matadero. Se reúne en masa a los animales para que el grupo encargado de darles muerte, los hiera simultáneamente».

Este espíritu romántico mostró las más tiernas ilusiones: Soñaba con su «Falansterio» o sea una asociación de individuos unidos según las reglas de la «Armo-

nia", dirigido por un conjunto técnico de expertos, sus "patriarcas" y sus "cantones vecinales"

Nada queda en esta organización social sujeto a la imprudencia o ineficacia de un particular. Todo debe estar administrado por elementos experimentados. Hasta pensaba después de cinco o seis años de "experiencia científica", mediante su sistema de la "Armonía" hacer nacer una activa renovación climatérica, es decir, purificar la atmósfera y el aire. En un hombre que concibe tales ingenuidades para su época, no se puede encontrar el socialismo realista de Babeuf. Babeuf sin duda alguna hubiese declarado la dictadura proletaria de nuestros días y hubiese cortado la cabeza a los proletarios que hiciesen resistencia a entregar su propiedad a la comunidad trabajadora.

Fourier estaba alejado de la rebeldía; no podía comprender la lucha de clases y soñaba en conciliar dentro de la «Armonía» a los ricos y a los pobres, respetando las riquezas de los primeros y dejando de pie el derecho de la propiedad privada capitalista.

Es verdad que convenía para el sistema de Fourier dejar subsistiendo la propiedad privada y no es raro que encontrara la disposición del acercamiento de las fortunas a la comunidad como un sofisma y contrario a la naturaleza humana.

Dentro del sistema de falanjes ideado por él, cada persona sería un accionista y nada menos que él, calculaba sacar utilidades de 12 a 15 por ciento de sus acciones, mientras bajo un sistema capitalista obtendría solo de 3 a 4 por ciento. Esto aseguraba sin duda alguna las fortunas de los ricos.

El Falansterio según lo describía Fourier debería estar constituido en una organización mediante la cual éste vendría a ser el punto de reunión de todos los habitantes de una provincia, y todos individualmente, llevarán lo que poseen: el potentado sus enormes riquezas y el asalariado su mísero óbolo. Cada contribuyente tendrá

sus comprobantes respectivos. El Falansterio no será una prisión, porque allí en apariencia no se triturará la libertad individual. Los hombres estarán divididos en «series»; y cada uno podrá emplearse en tantas series como sea necesario. «Si es preciso—escribe su autor— cincuenta horas de trabajo a un jardinero para realizar su labor, la dejarán expedita cincuenta hombres en una hora, y durante las cuarenta y nueve horas, podran dedicarse a otras cuarenta y nueve clases de trabajos. La variedad de ocupaciones matará el fastidio y, felices, todos los trabajadores se aplicarán al cumplimiento del deber.»

Los beneficios serian repartidos despues, proporcionalmente, entre los accionistas ricos y pobres. Cada falanje—o trabajadores de los Falansterios— producirá determinada cantidad de productos y luego cambiará estos con los producidos por otras falanjes. Esto tiende, por supuesto, al aniquilamiento de la anarquía burguesa en la producción y al acuerdo entre los grupos productores.

La concepción de ésta ingenua sociedad la ha descrito Fourier con un lenguaje oscuro, esmaltado, con términos extravagantes. Así por ejemplo, a las «series» o grupos de obreros que se dedican a una labor determinada los llama «pequeñas hordas»; las niñeras o amas de leche serian «niñistas»; las enfermeras, «enfermistas» y los criados — segun el sexo — «pajes» o «pajesas»...

Estas tan «dulces pasiones armonizadas» en los términos sentimentales del gran utopista, lograron conquistar muy poca barra popular, en primer lugar, por lo quimérico de sus ideales y despues, por lo incomprendible de su exposición, pues Fourier pecó muchas veces por sus teorías de inaccesible comprensión para el elemento popular. Le faltó lo que a Babeuf le sobraba: claridad y sencillez.

Mientras Fourier trazaba los planes de su «Falans-terio», Saint Simon, noble aventurero de tipo intere-

sante, hacia su aparición como revolucionario y “comprador de bienes nacionales”.

Saint Simon venia al campo revolucionario arruinado a fuerza de dilapidar su enorme fortuna que poseía. Tuvo que dedicar su pensamiento a nobles especulaciones; mejorar la suerte del pueblo era su constante preocupación.

¿En qué consistían las teorías de este nuevo apóstol del evangelio humano?

Segun sus divulgadores, Saint Simon pensaba organizar una sociedad en la cual la dirección moral de los hombres debiera ser entregada a los sabios y la administración de los intereses materiales a los industriales.

Para asegurar el bienestar económico del pueblo, el gobierno de oligarquía creado segun su sistema—que conservaba en su cumbre al rey,— debía llevar a efecto la realización de las obras públicas. (Le hubiera tocado presidir ese estado de “socialismo” a Napoleón III). Es evidente que en el trazo de este sistema no se encuentra el socialismo por ninguna parte. Pero penetremos en las reflexiones que inspiró a Saint Simon el derecho de propiedad. Segun sus escritos, “la ley fundamental en todos los países, es aquella que establece las propiedades y las disposiciones capaces de hacerlas respetar; pero del hecho de ser la ley fundamental no resulta que no pueda ser modificada. Lo necesario es una ley que establezca el derecho de propiedad, y no una ley que lo establezca en tal o cual sentido. De la conservación de este derecho depende la existencia de la sociedad, pero no de la conservación de la ley que ha consagrado primitivamente ese derecho.

Esta ley está subordinada a otra superior, mas general todavia; de aquella ley natural por cuya virtud el espíritu humano hace continuos progresos; ley por la cual todas las sociedades tienen derecho a modificar sus instituciones; ley superior que prohíbe encadenar a las generaciones venideras con ninguna disposición de

cualquiera clase que sea. . . . Saint Simon iba mas allá todavía, y estimaba que el derecho de propiedad no podía fundarse sino en la utilidad comun y general del ejercicio de ese mismo derecho, utilidad que puede cambiar segun el tiempo.

Por consiguiente, la propiedad para él no resulta intangible. Se explica por esta razon el hecho de que sus discípulos excediéndose al maestro, llegaron hasta pedir la abelición de la herencia. Enfantin, al tratar de la renta del suelo, se explicaba como un verdadero polemista de nuestro tiempo: "Los trabajadores pagan a cierta jente — los ricos— para que descansa." La expresion característica de los socialistas y revolucionarios actuales, "la explotación del hombre por el hombre," fué tambien invención de los Saintsimonianos.

El saintsimonismo está sobre el fourierismo mas ajustado a la realidad, pero su estravagante gerarquía gubernamental, ha impedido grandemente la difusión de sus doctrinas.

Cuando los saintsimonianos descendieron con sus jefes a confundirse con los hombres "prácticos" industriales, para aplicar la parte relativa de su programa a los grandes trabajos de la industria necesarios a la humanidad, fracasaron ruidosamente.

Lo que el saintsimonismo contribuyó a cimentar en los espíritus elevados, fué lo que ya había hecho el fourierismo: el espíritu de la crítica y de la duda acerca de la legitimidad de la organización social.

Mientras estos dos utopistas, antecesores del socialismo contemporáneo, se entregaban a sus deducciones filosóficas acerca de la constitucion de la sociedad del porvenir, Luis Blanc pensaba resolver la Cuestion Social confiando la produccion a grupos de obreros comanditados por el Estado.

El observador podia ver en aquella época, al aparecer Luis Blanc, algo así como el correr de un arroyo de ideas comunistas entre los proletarios. Los pocos dis-

cípulos de Babeuf que habían escapado despues de su ejecución, sacaron las teorías de éste a relucir del olvido en que yacían. Las sociedades secretas recobraron nuevos bríos, no tanto por las teorías comunistas de Babeuf, sino por representar éste el último de los grandes conspiradores de la revolución política de 1789 a 1796, el postrer descamisado que representaba jenuinamente las ideas populares.

Los blanquistas eran jeneralmente hombres que abrazaban las teorías de Babeuf, eran partidarios de un socialismo comunista, a la vez sentimental y violento.

Pero adelante de todos estos socialistas que empezaron el siglo XVIII, había de llegar otro mas sabio y realista que sus predecesorés. Este que era Carlos Marx, —considerado como la lumbrera mas gigantesca del Socialismo Internacional—, vino a dar con la fórmula exacta, —si podemos decirlo así— del problema de la lucha de clases. Este vino a descifrar el enigma pendiente, mediante cálculos rigurosamente científicos, del ideal de la clase trabajadora y de la verdadera causa del pueblo que habían de abrazar mas tarde millones y millones de hombres sobre el planeta.

Carlos Marx desdeñó las rancias y quiméricas fórmulas de los predecesores apóstoles del socialismo, considerándolas una ignorante utopía. Según su concepto, los trabajadores no tenían porque esperar su redención social, ni su liberación económica de las clases pudientes de la sociedad, ni del Estado.

«La emancipación de los trabajadores, ha de ser obra de los trabajadores mismos», tal fué su veredicto contra los engaños y sofismas de los teorizantes de las pasadas escuelas socialistas, —excepcion hecha de la de Babeuf— que adoptaron mas tarde todos los elementos revolucionarios modernos.

El corto espacio de que disponemos no nos permite sino compendiar brevemente las doctrinas del jenial Marx; doctrinas que, como dijimos, son abrazadas ac-

tualmente por muchos millones de hombres y cuyo programa máximo se está experimentando actualmente por la gran Rusia de nuestros días, en donde, según el decir de cierto político chileno, están moldeando la humanidad futura las inteligencias mas preparadas de la Europa.

La doctrina de Carlos Marx, segun sus mas inteligentes vulgarizadores — porque Marx escribe en un lenguaje inaccesible para la mayor parte de los trabajadores que no saben los elementos necesarios de la literatura socialista e ignoran las matemáticas — está resumida en tres hechos bien importantes que históricamente se repiten conservando su mismo fondo, y que estan caracterizados esencialmente por la lucha entre dos clases sociales: la de los trabajadores que producen la riqueza y la de los usurpadores que gozan de ella, y esto a traves de los tres mas importantes períodos de nuestra civilizacion. Tres hechos que intentaremos presentar a nuestros compañeros en su forma mas elemental y sencilla. Ellos son:

La teoria del determinismo económico;

La teoria del valor y del plus valor; y

La teoria de la lucha de clases.

Intentemos ahora explicar estas teorías, poniéndolas al alcance de la inteligencia de la mayor parte de los trabajadores:

EL DETERMINISMO ECONOMICO

Esta es la teoria fundamental del marxismo: «El determinismo económico».

Ahora veamos que significa esto: Segun Lamberti, «el determinismo económico» afirma de que en todas las épocas de la historia las instituciones morales, sociales e intelectuales, se basan en el sistema de produccion y de cambio. Esta teoria se ha dado a veces a interpretaciones diversas. Ha sido cambiada a capri-

cho, diferentemente. Ella significa, según los marxistas, que los hombres han vivido determinados en las épocas históricas conocidas — esclavitud, feudalismo y capitalismo — por el medio que ha creado cada sociedad.

Todas las funciones vitales de una sociedad han estado esclavizadas por un sistema sin poderse salir del marco estrecho fijado por él. En la esclavitud la legislación que determinaba las relaciones sexuales, es decir, el matrimonio; el desarrollo intelectual, (de la inteligencia); la vida social, (las relaciones de unas personas con otras); los modos de producir, (el trabajo para adquirir los alimentos, los vestidos, la riqueza, etc.) las formas religiosas e ideológicas, han sido determinadas por el sistema imperante en aquella época. De lo que resulta que el hombre ha sido esclavo del medio, determinado por un sistema de organización social definido. El amo, dueño de esclavos en la época de la esclavitud, tenía la obligación de vestir, de dar de comer y de defender a sus esclavos en los conflictos que éstos tuvieran con la justicia; pero tenía también el derecho de azotar, de vender y de matar a sus esclavos. En cambio, estos tenían que trabajar para él y lo debían ciega obediencia y sumisión. La sociedad de esa época determinaba así la manera de vivir de los individuos.

Sobre este monstruoso y absurdo régimen de esclavitud, se levantaban las leyes y se admitían las costumbres. Así pues, dentro de este sistema se encadenaba la vida del trabajador, del productor de la riqueza, obligándole a producir lo que una minoría que formaba una clase privilegiada, debía consumir.

Ya se manifiesta durante la época de la esclavitud el gesto de rebeldía de los descontentos. El ejemplo de Spartaco, en Italia, arremetiendo con su ejército de esclavos contra los patricios y grandes señores, muestra la sublevación de la esclavitud contra la tiranía imperante.

Los economistas burgueses arguyen que la obra

del genio, es decir la capacidad intelectual excepcional de ciertos hombres, no es tomada en cuenta por los secuaces de Marx. Ellos no advierten que el genio es de importancia secundaria en una sociedad que si evoluciona sobre sus moldes sociales, no cambia en nada su forma de organizacion económica, mas que en apariencia; porque siempre quedan ricos y pobres, explotadores y explotados. Lo único que cambia — con el régimen capitalista— son los instrumentos con que se produce, y esto, en perjuicio del mismo productor, a quien le hace competencia la maquinaria. El genio como la tradición histórica, la religion y las diferencias de razas estan subordinados a segundo término, sobre todo dentro de la sociedad presente, ellos estan sujetos férreamente al medio económico; las maravillas de la tecnica y toda la ciencia de los genios caen dentro de la confiscacion capitalista. Lo esencial es que perdura la esclavitud de los que producen y se mantiene en pié un principio de lucha de clases.

Esta lucha de clases tiene su principio concreto en la antigüedad, para formar la riqueza, por medio de la conquista que hace el fuerte del débil. Sometido el débil por el fuerte, el vencedor le hacia su esclavo y obligaba al vencido a hacer determinado trabajo, en cambio del cual, proveía su manutención. Pero el hombre sometido producía mas valor que el representado por los alimentos,—puesto que lo único que crea valor es el trabajo humano—de la diferencia entre el costo de manutención de un esclavo y su trabajo, es lo que se apropiaba el amo.

Una gran verdad indiscutible, es, que si los esclavos no hubieran producido, los antiguos no habrían mantenido la esclavitud.

Bastará recordar la descripción que Flaubert hace en «Salambó» de la casa de Amilcar. En un cuadro de horrible belleza representa un esclavo que hace girar una muela de molino y que lleva la boca tapada con

un bozal para impedirle comerse la harina. Es indudable que aquel ser consumía menos harina que la que fabricaba en un día y que solo consumía una parte ínfima. El resto de su trabajo, el «valor» que producía, quedaba en propiedad de Amilcar, como hubierale quedado si en vez de una criatura humana hubiera empleado un asno o un caballo.

El esclavo producía “valor” para su dueño, para un hombre mas fuerte que él, que lo había capturado o comprado; él no era mas que un hombre a quien habian frustrado. El provecho, el dinero adquirido mediante ese esfuerzo no retribuido, iba a parar a las arcas de su amo que podía emplearle voluntariamente en comprar maquinaria que hiciese mas rápida la molienda y aumentar el rendimiento, aumentando por lo tanto, sin gran fatiga para aquel ser humano, la producción, el “valor” de su esfuerzo. La posesión de aquella maquinaria sería tan ilegítima, como el ahorro de reserva que habria formado su capital con el esfuerzo de aquel esclavo.

Bajo el «feudalismo», (sociedad constituida por pequeños estados dentro de un estado jeneral), los señores feudales que son dueños absolutos de sus siervos y aldeanos, sobre quienes tienen derechos de vida o muerte y sobre quienes administran la justicia de sus propios códigos, estan en guerra perenne; guerra de diplomacia y de litijios,—como la de nuestros días, presionada por las bayonetas—con el jefe del Estado Central y al mismo tiempo oprimiendo a la masa productora, los siervos esclavos y aldeanos. Hay tambien entre estos señores feudales, una guerra constante entre ellos; la mas mínima disputa basta para declarar la guerra de un castillo feudal contra otro; el juego de la guerra adquirió su mas amplio desarrollo; los caballeros que componen la casta militar, son los que se distinguen por sus proezas en las hostilidades, mientras los siervos trabajan para sus amos, para los guerreros y para el rey, jefe

de su señor. Como en la esclavitud, el medio económico determinaba en esa sociedad de la edad media, la vida moral, intelectual y social de los hombres. Aunque en apariencia el sistema de la esclavitud hubiese progresado con la evolución al feudalismo en beneficio de los productores esclavos, en realidad no varió más que ilusoriamente de situación; en el fondo continuaban siendo esclavos los productores, formando una clase antagónica a sus señores, subordinados al medio económico como sus instituciones. Ya no era el esclavo oprimido de la antigüedad; el trabajador, era ahora el siervo, después de desaparecer la esclavitud de occidente, entraba el productor al período de la servidumbre. Qué era el siervo? Un hombre que cada semana ofrecía a su señor forzadamente, cierto número de jornadas de trabajo. El señor se apropiaba cínicamente de ellas; es decir, del «valor» de esas jornadas de trabajo impuestas al siervo. Aquel valor así constituido podía tarde o temprano constituirse en «reserva» (capital) o ayudarle a hacer mejoras en su dominio, que ayudando al siervo le hiciese el trabajo más productivo. Pero los señores feudales no tenían el interés de los capitalistas modernos para hacer evolucionar con tanta rapidez los instrumentos de producción y se contentaban con apropiarse del trabajo de sus siervos que les daba para la guerra y para sus más refinados goces y caprichos.

Sobre la esclavitud del salario no tenemos para que estendérsenos, demasiado bien conocen los proletarios su situación; saben que no son esclavos de la gleba; ni siervos del señor feudal: sino esclavos de un «salario libre» que les permite medianamente atender a su desgaste físico y mental; saben de sobra que son esclavos de la sociedad capitalista, que pueden vender sus brazos como una mercancía ofreciéndolos baratamente al explotador que les dará por ellos lo necesario para no morir de hambre; saben que pueden disponer a su antojo de sus brazos, pero a condición de que los patrones los quieran

aceptar. El salario para ellos no es ninguna ventaja, la apariencia de civilización que los rodea, no es nada más que una mera fórmula de engaño para que no se rebelen y acometan contra sus opresores.

Con el advenimiento del capitalismo, después de la revolución francesa, el proletariado no reconquista su posición sobre la naturaleza y permanece esclavo, determinado por el medio económico como las instituciones sociales, intelectuales y morales, basadas en el sistema de producción y de cambio.

Siquiera el esclavo antiguo estaba más garantido para no morirse de hambre: los patrones buena o malamente, le mantenían por obligación necesaria, para tenerle robusto y sano para el trabajo.

El asalariado moderno, es un hombre que vende su fuerza de trabajo a otro, llamado "patron" y recibe en cambio un "valor" inferior al que ha producido. Como antaño el esclavo y el siervo, el asalariado de ahora trabaja parcialmente, en provecho de otro hombre que nunca ha trabajado. El asalariado es pues, "explotado". El capitalista contrata al proletario en una fábrica o faena, le cambia su esfuerzo por una suma de dinero que le dará para medio comer él y sus hijos. Será el salario igual al valor que ese obrero produjo? No! Porque el patron conservará para él una parte de la producción de ese obrero, que él llama su utilidad o ganancia.

EL VALOR Y EL PLUS VALOR

La teoría del valor y plus valor, demuestra que el valor de un objeto elaborado, está determinado por la cantidad de trabajo humano que él requiere. El precio de venta de un producto no tiene por qué sobrepasar su verdadero valor real. Es la oferta y la demanda cuando se convierte un producto en mercancía, lo que hace oscilar el precio real del producto. Mercancía llama Marx todo objeto que en vez de ser consumido por el que lo pro-

dicio está destinado al cambio y a la venta. Cuando un producto está destinado a ser mercancía, entonces, es cuando oscila el verdadero valor que le ha dado el trabajador; valor que está determinado por su esfuerzo (desgaste físico y mental) que le dá el valor de su trabajo y al mismo tiempo el valor de utilidad para que sirve un objeto. Ese exceso de valor que cobra el capitalista por un objeto que se destina al cambio y que no permanece en circulación para la venta con el valor anticipado, sino que se hace mayor, es lo que se convierte en capital. Si se le quitase o se neutralizase la oferta y la demanda, es con seguridad que el artículo volvería a su legítimo valor.

Solamente el trabajo del trabajador es lo único que crea valor. Los burgueses dicen que la maquinaria moderna "productora",—que labora porque el obrero le dá movimiento—es la que le traspa cierto valor a la mercancía o producto del trabajador destinado al cambio y a la venta. La maquinaria no tiene porque aumentar el valor de un producto; la maquinaria no tiene mas derecho que al de su amortizacion y reparacion. Es el obrero el que tiene derecho al producto íntegro del valor que produce, porque solo él es el verdadero productor, sin él la máquina no se pondría en movimiento.

Ilustres economistas burgueses como Adam Smith, Francklin, y Recard, han sostenido antes que Marx que el trabajo determina el valor de un producto.

Cuando Marx emitió su teoría en «El Capital» de que solamente el trabajo del productor es lo que crea el valor de un producto, los sabios oficiales de la economía política burguesa pretendieron rechazarla como ciencia económica.

Cuando el capitalista organiza su capital del «plus valor» de la materia prima trabajada por la inteligencia y el esfuerzo del trabajador; es cuando nace el conflicto de intereses entre la clase capitalista que se apropia del producto del trabajador y la clase obrera productora

Se nos dirá que el capital y la maquinaria del ca-

pitalista no son del obrero para que éste produzca con ellos si quiere recibir el valor íntegro de su trabajo; se nos dirá que el capitalista paga al obrero para que trabaje y que sin el capital el trabajador no podría producir.... Pero ¿qué es en suma el capital? No es acaso el producto del robo hecho a otras generaciones de trabajadores? La maquinaria se compra con capital; el trabajo del obrero se paga con capital, y el capital es el producto de la estorsión de salarios a las generaciones obreras que nos precedieron. Luego, todo aparece ante los ojos claros de la razón como una estafa que se continúa haciendo al trabajador. Antes que el trabajo no pudo existir el capital. El Capital se ha formado usurpando el valor del trabajo al trabajador. Nadie puede hacerse rico sin explotar. El que no obtiene esa utilidad ilegítima del trabajo ajeno que se llama ganancia, no puede hacerse rico. Hay que arrancar el beneficio del salario y del producto del trabajador para crear el capital y la riqueza. La estafa del capital consiste en adulterar el verdadero valor del producto del trabajador. Ejercer como un derecho ese abuso es un crimen contra la humanidad y una violación de las leyes de la Naturaleza.

LA LUCHA DE CLASES

La forma de producir actual es la que determina la lucha de dos clases con intereses contrapuestos: la patronal y la clase obrera.

Entre estas dos clases está la clase media, que representa a los servidores más inmediatos del capitalismo.

Esta clase social está formada por los pequeños burgueses y por los obreros que trabajan independientemente. Estos son los que por norma general hacen más resistente el sistema capitalístico de producción.

Marx ha llamado a la lucha de clases «la urdimbre de la historia». Esta lucha que es tan antigua casi co-

mo la humanidad misma, desarrollada entre los poseyentes que viven en la holganza y los no poseyentes que trabajan para sí y para los demás, es lo que llama Marx la trama de la historia. En el «Manifiesto Comunista» redactado en Londres por Marx y Engels en 1847 se lee: “Toda la historia de la sociedad humana hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases”. Según los teorizantes burgueses, en el fondo de esta lucha que sostienen los trabajadores, existe el sentimiento de la envidia. Pero lo que existe en realidad, no es envidia, sino, un sentimiento de justicia. Por qué los ricos van a usufructar perennemente de los gozos del trabajo que no realizan, mientras los productores que trabajan, deben permanecer en eterna miseria? Esa sentencia de “quítate tú para que me ponga yo”, que afirman los burgueses que existe en el sentimiento de envidia del trabajador, tiene realmente una gran razón de ser, y así lo comprendía Marx: Si los trabajadores son los que producen, es natural que les quiten a los burgueses lo que ellos no producen y se coloquen en su lugar para gozar de los beneficios de su trabajo.

La clase media de nuestros días colocada como una rémora entre las dos clases sociales más activas, la una para defender sus privilegios con la fuerza bruta y la otra para preparar la ofensiva de esta gran guerra social que se llama lucha de clases, podría acelerar la caída de la burguesía, colocándose del lado de la clase obrera. Pero esto no sucederá tan fácil. El ejemplo de Rusia y Alemania nos está diciendo claro que la clase media —de la cual hay que tener mucha desconfianza— no cederá y estará de parte de la burguesía hasta mientras tanto esta no caiga.

Hace muchos años que la clase media estorba entre las otras dos clases sociales. Ella cubre de asperezas el camino de la clase proletaria que se quiere acercar a su lado. En los días que precedieron a la “Comune”,

Julio Vallés daba esta consigna a los trabajadores: "El culpable se llama clase media y no ha muerto todavía; pero va a morir".

Algunos burgueses mediocres escriben también, que el motor de estos grandes acontecimientos históricos, que impulsa la lucha de clases, es una intervención del ideal más que la codicia y del bienestar material. Citan para esto el movimiento del Cristianismo que se asemejaba en su origen al marxismo, por ser un ideal que aspiraba a la redención social de los oprimidos.

Pero no advierten que ese ideal se esterilizó al contacto con los teólogos; porque estos no ofrecen la salvación del ser humano sobre la tierra sino más allá de la vida, después de la muerte, en el cielo. Mientras que el marxismo la coloca en este mundo mediante una transformación de la sociedad. Es verdad que existen notables puntos de contacto entre el cristianismo y el movimiento obrero moderno. Los partidarios del cristianismo —que en su origen fue la expresión de los oprimidos—, como los del socialismo son perseguidos, proscritos, sometidos a leyes de excepción como enemigos los primeros del género humano; y los segundos como enemigos del orden social. Pero el cristianismo despojado de sus lados comunistas, tres siglos más tarde, después de ser el señor del mundo y de ser reconocido oficialmente por Roma, cayó en el vacío espiritual, defraudó las esperanzas de las masas obreras y sus partidarios se convirtieron aliados al paganismo y fusionados con éste, en vez de víctimas perseguidos y resignadas, en odiosos perseguidores de cuantos no comulgaban con su religión. El socialismo de Marx, al contrario, revestido con su forma comunista, avanza victoriosa e irresistiblemente en su camino, y puede decirse que después de 70 años de lucha de clases se ha conquistado tal posición —como decía Engels— que su triunfo está absolutamente asegurado.

Esta lucha —como afirma Lamberti, en su artículo

sobre «El Marxismo»— adquiere hoy un cariz que permite suponer que la explotación del hombre por el hombre cesará para siempre cerrando así, lo que él llama la “prehistoria de la humanidad”.

II

LA PRIMERA INTERNACIONAL

Los congresos de la primera Internacional.—Sus hombres.—Sus acuerdos.—La escisión de la primera Internacional.—Creación de la Internacional Anarquista.—Muerte de la primera Internacional.

Hemos visto ya el desarrollo de las primeras ideas socialistas; a sus hombres que las concibieron; hemos presentado el movimiento teórico del socialismo evolucionando desde sus primeras formas utópicas hasta que Carlos Marx le dió forma científica definida y sintetizó su doctrina en tres hechos fundamentales que son; El determinismo económico, la teoría del valor y el plus valor y la lucha de clases.

Ahora vamos a presentar a nuestros compañeros el movimiento histórico del socialismo a través de la primera Internacional, desde su fundación hasta su muerte.

Los principios del marxismo que constituyen las doctrinas socialistas arrancan del «Manifiesto Comunista», que, como hemos visto, fué escrito en 1847. Este Manifiesto fué aprobado y publicado por un grupode revolucionarios en aquel tiempo.

Durante cerca de veinte años el «Manifiesto Comunista» no pasó de ser un documento publicado en varios idiomas (Aleman, inglés, ruso, danés, frances, etc.).

La consigna «Proletarios de todos los países, uníos» que termina y resume el trascendentalísimo «Manifiesto», no reúne las fuerzas proletarias para la acción, ni encarna hecho alguno digno de notarse.

Pero el día 3 de Setiembre del año 1866 el «verbo se hace carne» y en Ginebra se funda la «Internacional», no solamente del movimiento socialista, sino de todo el movimiento obrero moderno, en los principales países de civilización capitalista. Quedaba, pues, fundada la Primera Internacional, matriz de todo el movimiento revolucionario universal de esa época.

La idea de formar esta asociación que se llama la «Primera Internacional», nació de cierto banquete celebrado en Londres el 5 de Agosto de 1862 por obreros de diversas naciones que acudieron a la Exposición Universal. Fué este un banquete de fraternidad que se efectuó para agradecer a los obreros londineses su noble hospitalidad para con los obreros revolucionarios perseguidos por los gobiernos de distintos países de Europa.

El 28 de Setiembre de 1864, trabajadores ingleses, franceses, alemanes, polacos, italianos y suizos, nombraban un Comité encargándole que redactara los estatutos de la «Asociación»; que lanzara un manifiesto a todos los obreros del mundo y que convocara también para un Congreso Universal que diese cima a la empresa. Estos eran los preliminares de la Primera Internacional.

La redacción de ese Manifiesto y de los Estatutos, fué encomendada a Carlos Marx, (el mismo que con Engels escribiera en 1847 el Manifiesto Comunista). Ambos documentos fueron publicados en ingles, frances y alemán a un mismo tiempo. Este segundo manifiesto escrito por Marx, tiene todo el espíritu de este grande hombre, tanto, que hasta las propias palabras que cierran el Manifiesto Comunista del 47, aparecen poniéndole término al segundo que redactara en 1864. Este manifiesto, llevó mas tarde el nombre de: «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de trabajadores», y en él escribía Marx: «Los amos de la tierra y del capital utilizarán siempre sus privilegios políticos, por

donde viene a ser deber primordial de la clase obrera conquistar el poder político».

El congreso universal a que hemos hecho alusión, era convocado para el mes de setiembre de 1865 en Bélgica. Una ley de excepción, de esas «circunstanciales» que crean los gobiernos burgueses contra los «extranjeros», impidió en ese país la realización de los propósitos de los reunidos en el banquete de Londres, y el congreso se aplazó para un año mas tarde designandose a Ginebra como su sede inaugural. Allí se celebró en ese congreso, la fundación de la primera Internacional e mo ya lo vimos al principio, en 1866.

Inmediatamente despues de celebrado este congreso, se comenzó a fijar en acuerdos prácticos el espíritu del Manifiesto Comunista; empezó tambien a dictarse y a votarse los Estatutos, en cuyo preámbulo Marx escribia:

«Considerando que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes; que la supeditación del trabajador al capital es la fuente de toda servidumbre política, moral y material; que, por tal razón, la emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político; que todos los esfuerzos realizados hasta ahora fueron baldíos por faltar la solidaridad entre los obreros de las distintas profesiones de cada país y tambien una union fraterna de los obreros de las diversas naciones; que la emancipación de los trabajadores no es problema simplemente local o nacional, sino que, al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas, estando supeditada su solución al concurso teórico y práctico de las mismas; que el movimiento que se está efectuando entre los obreros de los países mas industriales de Eu-

ropa, al engendrar nuevas esperanzas, da un aviso solemne para no incurrir en los errores antiguos, y aconseja combinar todos los esfuerzos aun aislados. Por estas razones el congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores declara que esta asociación, como todas las Sociedades y todos los individuos que a ellas se adhieren, reconocerán como base obligatoria de su conducta «la Verdad», «la Justicia» y «la Moral», sin distinción de color, creencia o nacionalidad. El Congreso considera como un deber de reclamar los derechos del hombre y del ciudadano, no solo para los miembros de la Asociación, sino tambien para cuantos cumplan sus deberes. «No mas derechos sin deberes, no mas deberes sin derechos».

Este era, pues, el espíritu teórico propuesto en el nuevo manifiesto para la organizacion de las clases trabajadoras.

Un Consejo General fué nombrado, con residencia en Londres. Miembros de este Consejo fueron Marx y Engels. Estos dos hombres entran en adelante a ser el cuadro directriz en todas acciones de la primera Internacional.

Esta vieja Internacional alcanzó a celebrar cuatro congresos, hasta que hubo en su seno un rompimiento: La escision de La Haya.

El primer congreso despues del de Ginebra, se celebró en Losana, en 1867. Despues se celebraron sucesivamente los congresos de Bruselas, en 1868; de Basilea, en 1869 y el de La Haya, en 1872, época en que se dividió la Internacional. Celebró además de estos congresos una conferencia en Londres, en 1871.

En cada uno de los congresos celebrados se fueron concretando en acuerdos las aspiraciones de los miembros, de la Internacional. Así por ejemplo en el Congreso de Bruselas se resuelve que las minas, cuencas carboníferas, ferrocarriles, tierras laborables, vias de comunicacion—incluso los canales y telégrafos—los

montes y los bosques, deben ser propiedad de la colectividad social.

Este congreso ya encuentra que la maquinaria al servicio del capitalista es un medio poderoso de despotismo y extorsion al trabajador, pero que si tal es su lado malo, tiene de bueno que reúne las condiciones necesarias para que en un sistema verdaderamente social de produccion reemplace al asalariado.

El congreso de Losana declara que los medios de transporte y circulacion deben ser propiedad del Estado.

El congreso de Basilea acuerda que la propiedad del suelo debe ser abolida por la sociedad para su beneficio comun. Este congreso votó tambien la supresion del derecho de la herencia, porque ésta perpetua la posesion de la riqueza y la propiedad en manos de unos pocos y en daño de la mayoría.

El congreso de Ginebra estima que siendo de guerra el estado actual de la industria, deben los obreros prestarse mutuo auxilio para la defenza del salario; entendiendose que el ideal es la supresion de todo salario.

La conferencia de Londres declaró que, contra la fuerza bruta del poder colectivo de las clases poseedoras, que mantiene la distincion de clases y la dominacion política, no puede el proletariado obrar como «clase» sino constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos. Estimaba indispensable esta medida para asegurar el triunfo de la revolucion social y hacerla llegar al fin supremo: la abolicion de las clases.

Finalmente concretaba su declaracion diciendo que en el estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su accion política estan indisolublemente unidos.

El congreso de La Haya pedia que se incluyera en los Estatutos, el acuerdo sobre las libertades y la accion política, de la conferencia de Londres.

Otros acuerdos trascendentalísimos fueron sancionados en los congresos de la antigua Internacional, cuya publicación omitimos por el corto espacio de que disponemos.

El hecho de mas importancia suscitado en el congreso de La Haya, fué sin duda alguna la escision de la Internacional. Este hecho ha sido descrito con apasionamiento por algunos escritores que lo han juzgado a su antojo. Nosotros vamos a procurar neutralizarnos en el asunto, tomando para su descripción la opinion autorizada de algunos escritores de las escuelas socialistas.

En Julio de 1868 entró en la Internacional —en las secciones de Suiza— un hombre extraordinario: Miguel Bakunin, que en 1860 había traducido al ruso —su idioma nativo— el «Manifiesto Comunista».

Emigrado en Italia, fundó con unos amigos una sociedad secreta llamada «Alianza de la Democracia Socialista», en la que se inscribieron algunos notables personajes, como el ilustre José Fanelli y los hermanos sabios, Reclus. El espíritu de ésta sociedad segun Bakunin, era el siguiente:

«El ateismo; la completa negación de toda autoridad y de todo poder; la abolición del derecho Jurídico; la negación del concepto del individuo como ciudadano con que el estado reemplaza el concepto de hombre libre; la propiedad colectiva; el trabajo, base de la organización social, y que esta organización sea una federación libre de abajo a arriba».

Afiliado Bakunin en la Internacional, algunos compañeros suyos de la «Alianza», que había sido trasplantada a Suiza, pensaron hacer público este organismo e inscribirlo en la Internacional, a lo que Bakunin se opuso, porque teniendo tambien la «Alianza» caracter internacional, equivalía a meter un organismo dentro de otro.

El criterio de Bakunin no prevaleció, sin em-

bargo; algunos de sus partidarios redactaron un programa con los principios de sus doctrinas, se espusieron las afirmaciones de Bakunin en una forma bien razonada, aceptaron los acuerdos y el programa de la Internacional y en ella entró la «Alianza» en Junio de 1869. Es verdad que entró como sección de Ginebra ~~ann~~ con afiliados en todas partes.

Esta flamante sección de Ginebra pidió al comité cantonal de la Suiza Romanda que se le diera entrada entre las secciones obreras federadas; el comité contestó con una negativa.

La «Alianza» se dirigió entonces al comité federal, y éste acordó someter el pleito a la resolución del Congreso de la Federación que se celebraría en Chaux-de-Fonds en Abril siguiente. (1870)

Se planteó este asunto en ese congreso; la discusión fué borrascosa, y a la hora de votar, veinte delegados admitieron a la «Alianza» y dieciocho le negaron la entrada en la Federación. La minoría se retiró ruidosamente.

Minoría y mayoría estimaron que ellas eran la representación legítima y auténtica de la Federación Obrera de la Suiza Romanda y celebraron sendos congresos.

En el congreso de los partidarios de la «Alianza» se tomó un acuerdo trascendentalísimo en el que estos definían su actitud frente a los gobiernos burgueses. Ese acuerdo decía: «Considerando que la emancipación definitiva del trabajo no puede efectuarse sino por la transformación de la sociedad política basada en el privilegio y la autoridad, en sociedad económica basada en la igualdad y la fraternidad; que todo gobierno o estado político no es sinó la explotación burguesa, explotación cuya fórmula se llama derecho jurídico; que toda participación de la clase obrera en la política burguesa gubernamental no puede producir otro resultado que la consolidación del orden de cosas existente, lo que paralizaría la acción revolucionaria del proletariado, el Congre-

so Romando recomienda a las secciones de la Internacional que renuncien a toda acción cuyo objeto sea operar la transformación por medio de reformas políticas nacionales, empleando toda su actividad en la constitución federativa de cuerpo de oficio, único medio de asegurar la victoria a la revolución social. Esta federación es la verdadera representación del trabajo, que ha de efectuarse fuera en absoluto de los gobiernos burgueses».

Como lo mismo una fracción que otra se consideraban con la razón, se elevó el pleito al Consejo General de Londres, y por otra parte, porque los Estatutos prohibían la existencia de dos asociaciones con igual nombre e idénticos fines y la misma residencia.

El Consejo estudió el asunto y vió que los veinte votos de la mayoría representaban solo trece secciones, mientras que los dieciocho de la minoría suponían hasta diecinueve. Dió la razón a la minoría, reconociéndola como tal, Federación de la Suiza Romanda, y aconsejó a la otra fracción cambiar de nombre para que no quedase excluida de la Internacional. Pero ésta que llamaremos Nueva Federación—que luego se llamó del Jura—recibió con desagrado el acuerdo de Londres y como disponía de periódicos y hombres inteligentes, inició una guerra de continuos ataques contra la otra federación que le respondía con no menos vigor; las pasiones se enconaron, y aun ésto después de haber acordado la «Alianza» disolverse en Agosto de 1871.

Llegó por fin la Conferencia de Londres, celebrada en Setiembre de 1871 y allí se trató este asunto. Los delegados estimaron justo lo acordado por el Consejo General en lo relativo a la escisión de la Federación Romanda y recomendaron a la nueva federación que se denominara del Jura; iniciaron un llamamiento a la concordia y condenaron la conducta de los periódicos «El Progreso» de Locle, y «Solidaridad» de Ginebra; ambos órganos de lo que llamaremos ahora «Federa-

ción del Jura», y dieron por terminado éste asunto con la disolución de la «Alianza».

La Federación del Jura, formada por los partidarios de la «Alianza», no acogió bien el acuerdo de la Conferencia, reunió un Congreso extraordinario en Souvillier, en noviembre del mismo año 1871 y envió una circular a las secciones de la Internacional. Esta circular era un violentísimo ataque al Consejo General, al que acusaba de haberse convertido en un poder despótico y absorbente, de haber celebrado la conferencia secreta sin invitar a la Federación del Jura. Pedía la convocación inmediata de un nuevo congreso, se levantaba contra el «autoritarismo» contrario al principio de la libre federación y tenía sarcasmos para «la conquista del poder político por la clase obrera».

A ésta circular respondió con otra no menos violenta la Federación Romanda, lo que fué como arrojar leña al fuego para la Federación del Jura.

En éste ambiente de enconos, se llegó a los mas inauditos ataques personales.

Se celebró el Congreso de La Haya que confirmó por mayoría de votos el acuerdo de Londres y acordó la expulsión de Bakunin y del grande e ilustre amigo de éste, Guillaume.

La minoría de éste Congreso se citó para Saint-Imier (Suiza) donde se creó otra Internacional. Esta fué la Internacional Anarquista. Los que siguieron reunidos en La Haya acordaron que el Consejo General tuviera residencia en Nueva York, con intento, sin duda, de calmar las pasiones.

Esta fracción celebró un Congreso en Ginebra el 73, que tuvo una insignificante importancia numérica. En el orden doctrinal tomó un acuerdo por el que recomendaba a los trabajadores ejercitar la acción política de acuerdo con las peculiares condiciones de cada país, sin olvidar que la emancipación total del proletariado

solo puede realizarse previa la posesión del poder político por los trabajadores.

El año 1876 expiraba la Primera Internacional, es decir, la fracción cuyo Consejo General tenía residencia en Nueva York.

La otra fracción, (la internacional anarquista) continuó celebrando congresos, numéricamente tan poco importantes como el de Ginebra a que nos referimos. Se efectuaron estos Congresos en Ginebra en 1873, Bruselas 1874, Berna 1876, Verviers 1877 y Londres 1881. En todos sus congresos esta Internacional se declaró enemiga de la acción política parlamentaria.

El año 1877 hombres de buena voluntad pensaron que podrían hallar un medio para unir los restos de las dos fracciones en un congreso universal, en Gantes.

Esta tentativa a pesar de encontrar buena opinión en algunos partidarios de las dos internacionales, fatalmente se malogró; el Congreso no pudo realizarse; todo no pasó mas que de un buen deseo. La Primera Internacional estaba destinada desde su escisión a morir inevitablemente.

III

SEGUNDA ETAPA DE LA INTERNACIONAL

La Segunda Internacional.— Sus congresos.— Sus líderes mas sobresalientes.— Los acuerdos de sus congresos.— El programa y los preparativos anti-guerreros de la Segunda Internacional se estrellan contra la guerra capitalista de 1914.— El derrumbamiento de la Segunda Internacional.

Hemos visto ya el principio y el fin de la Primera Internacional. Ahora pasemos a ver los hechos de la Segunda Internacional, que sucedió —naturalmente— a la Primera.

La segunda etapa de la Internacional celebraba su primer congreso en Paris el año 1889, precisamente en el mismo día en que se cumplían los cien años justos de la toma de la Bastilla.

Deshecho el organismo de la Primera Internacional, continúan las relaciones entre los elementos afines de los distintos países. Hombres de caracteres firmes y resueltos trabajan para organizar la masa caótica, que va a ser sustituida, quizás, por otra organización más eficiente y mejor orientada.

Pasado el período de dispersión y aplanamiento, acentuado por la reacción que se enseñorea de Europa y del mundo entero; no resignados los elementos constructores al aislamiento, van surgiendo entre ellos, casi exclusivamente obreros, los partidarios de la organización internacional de los trabajadores. Trabajan los firmes y los ilustrados dentro de las sociedades de su oficio o en la creación de ellas; a estos elementos se van agregando hombres de las profesiones liberales y hasta burgueses, y donde no los hay, van surgiendo los partidos socialistas, tímidos al principio, después más resueltamente.

Los viejos luchadores sienten la nostalgia de su pasado; recuerdan demasiado la vieja Internacional, y estos, con los nuevos luchadores venidos al campo revolucionario, intentan celebrar un congreso en Paris para organizar una nueva Internacional, en el año 1878, aprovechando la coyuntura de la exposición universal.

El gobierno francés prohibió la realización de ese Congreso, que acaso hubiera tenido grande importancia numérica. Mas era prematuro adelantarse, porque en algunos países si existían los partidos socialistas, sólo estaban constituidos por núcleos organizadores que no tenían todavía la consistencia de verdaderos partidos, ni siquiera en el carácter secreto.

Los años van pasando entre las escaramuzas de una lucha sin organización definida; los núcleos proceden con actividad y con unidad; los ideales se concretan, se definen y hasta se articulan. Comienza la era de una literatura socialista clara, y en lo económico, fundada en sólidos cimientos cuya base es «El capital» de Marx. Se multiplican las ediciones del «Manifiesto Comunista», que se publica en varios idiomas a la vez; y aunque en algunos países existen dos o tres partidos socialistas, por las diferencias de táctica, ya es posible, la celebración de un congreso, y el primero de la Segunda Internacional se realiza en París en 1889, como hemos dicho, el día que se cumplían cien años de la toma de la Bastilla. La época fecunda se acerca.

La Segunda Internacional nació, pues, en el congreso de París en 1889; aunque en realidad su constitución definitiva no se efectuó hasta el congreso de Bruselas celebrado en 1891.

Al último gran congreso de la vieja Internacional asistieron sesenta y siete delegados, representando a los principales países de Europa y a Estados Unidos de América. Al primero de la Segunda Internacional asistieron trescientos ochenta delegados, como el anterior representando a los principales países de Europa, a Estados Unidos y la Argentina y a Alsacia y Lorena.

Desde entonces, sucesivamente la Segunda Internacional ha celebrado los siguientes congresos: Bruselas, 1891, con 367 delegados; Zurich, 1893, con 440; Londres, 1896, con 706; París, 1900, con 790; Amsterdam, 1904, con 470; Stuttgart, 1907, con 886; Copenhague, 1910, con 888; que representan treinta y seis naciones y el extraordinario de Basilea, reunido con urgencia a fines de 1912, con 555 delegados.

En el congreso de Ginebra no llegaban a 50 mil los obreros representados; cuando se celebró el congreso de Copenhague los votos socialistas sumaban en todo el mundo cerca de nueve millones. Se calculaba en 11 mi-

llones y medio el número de obreros organizados para la resistencia de acuerdo con la teoría de la lucha de clases; partidos políticos socialistas existían más o menos en 50 naciones, de los diversos continentes.

Lo primero que hizo el congreso de París, fué reiterar de un modo categórico y terminante la necesidad de la acción política, afirmando de paso y rotundamente el ideal pleno:

«La emancipación del trabajo y de la humanidad solo puede ser el resultado de la acción política internacional del proletariado organizado en partido de clase, haciéndose dueño del poder político para la expropiación de la clase capitalista y la expropiación social de los medios de producción».

El congreso de Londres, dictaminando sobre los derechos políticos decía:

«Que se reclame el derecho de sufragio para todos los adultos; el escrutinio de empate y los derechos de iniciativa y referendun así para los asuntos locales como para los nacionales. La igualdad de derechos civiles y políticos para uno y otro sexo».

El congreso de Amsterdam acordaba exigir el derecho de sufragio para la mujer, reclamar los seguros obreros; fortalecer la organización de resistencia contra los trust capitalistas; protestar contra la preparación de futuras guerras; unificar al partido socialista y condenar las tendencias revisionistas, encaminadas a combatir o menoscabar el principio de la lucha de clases como fundamento de la acción proletaria. «La Democracia Socialista» no puede aceptar ninguna participación en el gobierno, en la sociedad burguesa, de conformidad con lo votado en el congreso de París en 1900».

El Congreso de Zurich declaraba que debía ser preocupación constante de los socialistas, el federar nacional e internacionalmente a las sociedades obreras.

El congreso de Stuttgart declaraba que se debía coordinar e intensificar la organización, incluso para

impedir que los obreros emigrantes sean explotados y los emigrantes envilezcan los salarios y empeoren las condiciones del trabajo.

El congreso de Paris de 1900, proponía la creación de una oficina Socialista Internacional con residencia en Bruselas.

Cada partido adherido pagará una cuota anual y nombrará representantes para reunirse en la secretaria Internacional cuando lo demanden casos urgentes.

El congreso de Copenhague protestó contra la represión española de 1909 y contra «el Asesinato jurídico de Ferrer». Se acordó reclamar en todas partes la supresión de la pena de muerte.

El punto mas importante acordado en el congreso de Paris de 1889, fue, sin duda, la «legislación sobre el trabajo».

La declaración a este respecto decía: Se acordó reclamar cada año el día 1º de Mayo, por demostraciones simultáneas de todos los países, una legislación del trabajo que es la siguiente: Jornada máxima de ocho horas para los adultos; prohibición del trabajo a los menores de 14 años y jornada de seis horas desde esa edad hasta los 18 años; abolición del trabajo nocturno, total para la mujer y los menores de 18 años, y para los varones con la excepción de las industrias cuya naturaleza exige un funcionamiento no interrumpido; prohibición del trabajo de la mujer en aquellas industrias y ocupaciones que afectan al organismo femenino; descanso no interrumpido de treinta seis horas por semana; prohibición de las industrias y sistemas de fabricación perjudiciales a la salud de los obreros; supresión del trabajo a destajo; prohibición del pago en especies y comestibles y de las cooperativas patronales; prohibición de las agencias de colocación y vijilancia de todos los talleres y establecimientos industriales incluso la industria doméstica por inspectores retribuidos por el Estado

y elejidos en su mitad, cuando menos, por los obreros».

Una cosa que preocupó mucho tambien a los congresos de la Segunda Internacional, fué el avance del militarismo y la conjuracion de las guerras que a cada momento se cernían amenazantes sobre Europa.

Tratando sobre la guerra y los ejércitos, el congreso de Bruselas declaraba: «Se insta a los trabajadores a laborar contra la guerra y se lanza la idea de la huelga general en el caso de que estalle la guerra, mas sin que prevalezca este criterio». Se proponia tambien la abolicion de los ejércitos permanentes y el armamento jeneral del pueblo o sea la nacion armada.

El congreso de Zurich declaraba:

«Se debe trabajar sin tregua para impedir las guerras».

Se rechazó la teoria de la huelga general como medio de impedir las, basándose en que era una utopía, pues si con ello se podía detener las guerras, tambien serviria para hacer la revolucion social.

El congreso de Londres votó la supresion simultánea de todos los ejércitos permanentes, y el armamento general del pueblo.

El congreso de Paris (1900): Proponía combatir al militarismo, y que los diputados socialistas debian de votar siempre contra todo gasto militar y contra toda empresa guerrera.

El Congreso de Amsterdam tambien votó una protesta contra la guerra.

El congreso de Stuttgart declaraba textualmente: «En caso de amenaza de guerra, el proletariado tiene el deber de realizar toda clase de trabajos para impedirla, apelando a los medios que estime mas apropiados. Declarada la guerra, el deber del proletariado es hacerla cesar prontamente, y es tambien deber suyo utilizar con todas sus fuerzas la crisis ocasionada por la guerra para

remover las capas mas profundas y precipitar la caida de la dominacion burguesa».

En el Congreso de Copenhague se leyó y aplaudió una «proposicion» preconizando la huelga general en caso de guerra, y se aclamó la frase de Vaillant: "Antes la insurreccion que la guerra!"

La proposicion sería examinada por la Secretaria Internacional y se discutiria en el congreso de Viena el año (1913).

La guerra de los Balkanes y la situacion general de Europa, hizo que la Secretaria Internacional convocara con urjencia a un congreso extraordinario para tratar exclusivamente de la guerra. Este congreso fue celebrado en Basilea (Suiza) en Noviembre de 1912.

En él se redactó y firmó un manifiesto en el que se recuerdan las resoluciones de todos los congresos de la Internacional contra la guerra. Se examinó la situacion con una clarividencia, desgraciadamente confirmada. Se predicen los males que una guerra acarreará para la humanidad. (Esos males sobre pasaron las predicciones del Manifiesto).

"El proletariado —decía el manifiesto— tiene conciencia que sobre él gravita en estos momentos todo el porvenir de la humanidad, y empleará íntegras sus energias para impedir el aniquilamiento de la flor de los pueblos, amenazados de todos los horrores, de bestiales carnicerías, del hambre, de la peste. A vosotros, proletarios y socialistas de todos los países, apela el congreso para que en esta hora decisiva hagais oír vuestra voz. Afirmad vuestra voluntad en todas las formas y en todas partes. Alzad formidable vuestra protesta unánime en todos los parlamentos; uníos en manifestaciones y acciones de masas; utilizad todos los medios que la organizacion y la fuerza del proletariado ponen en vuestras manos, de tal suerte, que los gobiernos sientan constantemente la voluntad atenta y resuelta de una clase decidida a la paz. Oponed al mundo capitalista de

la explotación y del asesinato de masas, el mundo proletario de la paz y de la unión de los pueblos”.

No se hace mención en el manifiesto ni de la «huelga general» ni de la «insurrección». Pero el congreso aclamó estas palabras de Vaillant, el viejo «comunalista» francés:

«No se habla explícitamente ni de la huelga general ni de la insurrección; no se crea por ello que renunciamos a esos medios. Queremos asegurar la paz, mas, si los gobiernos desatan la guerra, procuraremos que de ella surja la revolución».

Fué en el congreso de Basilea donde los socialistas de la Segunda Internacional desarrollaron su mayor esfuerzo para conjurar la guerra preparada por los estados capitalistas de Europa mas importantes, y asegurar la paz de los pueblos.

En dos semanas, la oficina socialista internacional de Bruselas, removi6 Europa entera, convocando centenares de mítines para protestar contra la guerra, en todo el continente. El esfuerzo mas potente de esta oficina, fué convocar ese congreso que reunió—salvando alguna rara excepción—antes de 24 horas, a los socialistas mas significados del mundo. El espectáculo era imponentísimo: una indefinible emoción invadía el espíritu, ante el cuadro magnífico, lleno de vigor y belleza de aquella asamblea socialista internacional. Que espectáculo soberbio, incomparable,—según lo describe Fabra Rivas—el que ofrecía la amplia sala de la Burgoteihalle, al inaugurar sus tareas el congreso de Basilea, que iba a ser una coronación de los grandes preparativos antiguerreros sancionados en los congresos anteriores, desde el célebre congreso de Losana del 67, hasta el congreso que se celebraba dos años antes de la matanza mas espantosa que esperaba a Europa.

En medio de un conjunto abigarrado de banderas y guirnaldas rojas; entre palmas e inscripciones impresionantes que hacían caldear la imaginación y por ende la

atmósfera, dominada por un solo pensamiento y una sola aspiración; en medio de una profunda sensación artística, que preparaba el ánimo para afrontar las grandes responsabilidades del momento, se escuchó de pronto, en un súbito recojimiento, la armonía de las majestuosas notas de la «Internacional» de la paz y del trabajo. Después estalló una tempestad de aplausos cuando aparecieron en el escenario los delegados que componían el Comité Socialista Internacional. Allí estaban las lumbreras de la Segunda Internacional: Bebel, que ya momentos antes, al cruzar el salón, había sido saludado con una ovación entusiasta y cariñosa; Adler, cabeza y corazón del socialismo austriaco; la simpática y talentosa Rosa Luxemburgo; Keir Hardie, cuyo nombre era una bandera de esperanza; Vaillant, el venerable sabio comunista francés; Ibasoff, el intrépido compañero búlgaro, que tuvo el coraje de oponerse a la guerra en plena Cámara, afrontando las iras de la burguesía de su país, enloquecida y ebria de sangre; todos, en fin, los más conocidos y calificados miembros de la democracia socialista internacional, a excepción de Emilio Vandervelde y Pablo Iglesias cabezas visibles del socialismo en Bélgica y España, respectivamente, que no pudieron asistir al Congreso.

Anseel, el diputado socialista de Gante (Flandes oriental, en Bélgica) inauguró las tareas del congreso de Basilea, pronunciando un enérgico, vigoroso y sentido discurso, en el que recordó la iniciativa del Comité Socialista Internacional, diciendo la confianza y el ansia con que el proletariado organizado de Europa, esperaba las decisiones de ese congreso trascendental, que tenía como orden del día, «examinar la situación internacional y las necesidades de un acuerdo para una acción común contra la guerra».

Después habló Wurschleger, miembro del gobierno cantonal y secretario de la Agrupación Socialista de Basilea. Este hizo un discurso de cortesía para

agradecer la designación de Basilea como sede del Congreso. Recordó un congreso pasado que se reunió en 1869 en esa misma ciudad, e hizo el recuerdo de los que se hallaban vivos en ese tiempo, y asistieron por sus respectivos partidos que constituían la vieja internacional. Recordó a Liebknecht, (Padre) Varlin, de Paepe, Burkli. que ya no existían; todos los congresales se pusieron de pié para tributar su homenaje a la memoria de los que desaparecieron. Luego manifestó el significado de la reunión de Basilea, que era para unir los elementos proletarios lo mas eficazmente posible para una acción contra la guerra. Terminó leyendo el saludo del gobierno de Basilea al congreso.

Después de contestar a nombre del congreso el discurso de saludo y agradecimiento del gobierno de Basilea—por haberla elegido como sede para ese gran torneo por la paz,—el diputado Anseel, cuyo discurso terminó con estas palabras: «¡Guerra a la guerra! ¡Paz en el mundo! ¡Viva la Internacional obrera!, la asamblea del congreso nombró para presidirlo al veterano Greulich, apóstol del socialismo suizo.

Esta fué la sesión inaugural. El resto de sus sesiones las fué a celebrar el congreso en la catedral de Basilea, cedida por el gobierno cantonal. Parece extraño que un congreso de antimilitaristas y ateos, se fuese a celebrar en un templo grandioso destinado al culto de una religión. Pero así era. Después de la manifestación colosal,—que revistió las formas de una apoteosis triunfal,—conque la Suiza de la inteligencia y del trabajo festejaba a sus huéspedes ilustres que venían de distintos puntos de Europa a conspirar contra la guerra y el militarismo a su suelo, el congreso inició sus sesiones en la Catedral de San Pedro.

El templo estaba todo engalanado con banderas rojas y colgaduras. Desde el púlpito sagrado, el jefe del gobierno de Basilea, doctor Brocker (socialista), ofreció la tribuna a los congresales:

Hablaron sucesivamente Haase, de Alemania; Keir Hardie, de Inglaterra; Greulich, de Suiza; Adler, de Austria; Daninsky, de Polonia; Jaurés (el incomparable tribuno de la Segunda Internacional), de Francia; y muchos otros.

Todos anatematizaron la guerra considerandola la mayor calamidad que amenazaba a la humanidad.

Afirmaron que los trabajadores de Europa estaban decididos a mantener la paz a costa de cualquier sacrificio. En esto el proletariado mantendría su decidido empeño hasta el fin. Muchos repetían la sacramental frase socialista: «¡Guerra a la guerra!», y exclamaban que el proletariado nacional de cada país se alzaría en armas contra sus propios gobiernos, si estos se empeñaban en hacer la guerra. Una vez que tuvieran las armas en sus manos para guerrear recíprocamente los trabajadores de una nación contra otra o un proletariado contra otro proletariado, ellos se volverían en una insurrección contra la burguesía.

En el sentir había una unanimidad completa. El entusiasmo era indescriptible; pero este entusiasmo se redobló cuando Jaurés—orgullo y gloria de la Segunda Internacional—en un párrafo de mágica elocuencia, recordó la frase famosa de Schiller, la inscripción de una de esas campanas de la vieja catedral, que eran como un símbolo de lo que estaba realizando el congreso en ese instante: «Vivos voco, muertos plango, fulgura frango» (Llamo a los vivos, lloro a los muertos, y aniquilo los rayos).

El socialismo no llamaba a los vivos en ese instante para guiarlos por la senda que le habían trazado los muertos gloriosos por la libertad y la justicia humanas, —cuyo desaparecimiento sentían,—para aniquilar el rayo de la guerra? Cuánto se hizo teóricamente por detener la guerra mas grande que asoló al mundo!! En apariencia, que magnífico programa! Que de preparativos eficaces basados en una larga experiencia de luchas

revolucionarias. . . Pero en realidad, ¡qué desilusión sufrió la humanidad cuando todo eso no sirvió nada más que para hablado o para escribirlo en el papel! La guerra fatalmente se desencadenó: la mayor parte de los socialistas de la Segunda Internacional se cruzaron de brazos, o se allegaron a sus respectivos gobiernos, para colaborar en la empresa bélica de la «Defensa Nacional»; otros murieron; pero al fin, nadie pudo detener la guerra, y la Segunda Internacional encontró su muerte moral con la muerte de la paz.

Por que había sucedido esto?

Los «jefes» socialistas, empezando por los alemanes —a excepción del grupo en que militaron Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Clara Zetkin y Rhule,—habían traicionado a la Segunda Internacional! El honor y la historia de la Segunda Internacional, habían sido sacrificados en holocausto al oportunismo de los caudillos socialistas que la dirigían.

El 29 de Julio de 1914,—días antes de la declaración de guerra,—la secretaría Internacional Socialista de Bruselas, convocaba a una reunión apresuradamente a los representantes más influyentes del Partido Socialista de todas las naciones de Europa.

Hablaron en aquella reunión los representantes de las naciones más amenazadas por la guerra; el malogrado y recordado Jaurés resumía los informes y los debates en un discurso sublime por la emoción, incomparable por la clarividencia, habilísimo por la intención, luminoso por las soluciones. Los delegados concretaron los informes en una declaración que dice en su última parte: «Los proletarios alemanes y franceses, ejercerán sobre sus respectivos gobiernos una presión más poderosa que nunca para lograr que Alemania modere la acción de Austria y que Francia pese sobre Rusia para que no intervenga en el conflicto. Los proletarios de Inglaterra y de Italia, por su parte, apoyarán esta acción con todas sus fuerzas. Un congreso convocado con

urgencia en París, será la expresión vigorosa de la voluntad pacífica del proletariado universal».

El congreso no se celebró: un loco fanático mató a Jaurés. Cuatro días después que se firmaba esta declaración, en la misma casa del pueblo de Bruselas, el Consejo General del Partido Obrero belga escribía estas líneas:

«¡Socialistas: impidiendo la invasión de nuestro territorio, ejercemos un derecho de legítima defensa y contribuimos también a defender contra la barbarie militarista las libertades políticas de la «democracia de Europa»,

Vandervelde, la cabeza más visible del socialismo belga, que había declarado ser enemigo irreconciliable de la guerra, colaboraba luego como ministro en el gobierno de guerra de su país y lo hacía en el nombre del socialismo y de los socialistas.

Haase, (uno de los tres jefes del partido social democrata alemán) que el 29 de Julio había dicho en Bruselas que se opondrían en Alemania él y sus compañeros con todas sus fuerzas y medios a la guerra, votaba cándidamente los créditos de guerra el 4 de Agosto en el Reichstag Alemán y le otorgaba un voto de confianza al más irreconciliable enemigo del socialismo, al Kaiser de Alemania.

Lo socialistas franceses, Guesde, Sembat y Thomas pasaban a colaborar en el gobierno de guerra de Francia. Sobre todo el primero y el último, que fueron ministros, y por lo tanto, directores de la carnicería de Europa; cómplices en una palabra de los capitalistas y militaristas. Alberto Thomas, no podía hacer papel más ridículo: fué «ministro de municiones»!

Gustavo Hervé, que era el más rabioso antimilitarista, entre los socialistas franceses, doblegó dócilmente la cabeza en la guerra y fué propagandista más tarde del militarismo y de la guerra.

Todos los líderes socialistas de los países que tomaron parte en la guerra mundial—con muy raras pero honrosas excepciones,—apoyaron la guerra capitalista; y es mas, ayudaron a inflamar la hoguera. He ahí su crimen. He ahí su traición a la Internacional. Después de haber proclamado en sus congresos la mas completa solidaridad de todos los socialistas de Europa por la paz, se corrompieron junto al contacto de la burguesía, arriaron la bandera roja del socialismo y levantaron la amarilla del oportunismo.

Habiendo sido impotente para detener la guerra la Segunda Internacional, tuvo que morir inevitablemente, por las manos de sus propios creadores.

Esta traición de los socialistas de Europa, hizo que un grupo de hombres y mujeres eminentes, en distintos países,—principalmente de ese continente,—tomaran la iniciativa para depurar el socialismo del contacto venenoso de sus corruptores, proponiéndose llevar al proletariado por la verdadera senda de su emancipación. He ahí por qué nació la Internacional Comunista de la cual hablaremos en el próximo capítulo. He ahí las causas fundamentales del derrumbamiento de la Segunda Internacional.

IV

LA TERCERA INTERNACIONAL COMUNISTA

Oríjen de la Tercera Internacional.—Lenin y Trotzky.
—Zimmerwal y Kienthal.—La revolución de noviembre.—Los bolshevikis y los menshevikis.
—La actuación de Kerensky.—Sus flaquezas.—Derrumbamiento del ídolo de la burguesía.—Huida de Kerensky.—Triunfo del bolshevikismo.
—La dictadura proletaria.

Conocidos los hechos de traición a la Segunda Internacional, por la mayor parte de sus líderes mas sig-

nificados y distinguidos, que dieron márgen al nacimiento de la Tercera Internacional, vamos a seguir la trayectoria de la acción revolucionaria y a los socialistas que constituyeron la excepción honrosa dentro del movimiento obrero de los distintos países abrazados por la guerra; es decir, a los constructores de la Tercera Internacional Comunista, que permanecieron fieles e incorruptibles contra toda la marea chauvinista de Europa, salvando en esa hora aciaga para la humanidad, el prestigio del proletariado mundial, conduciéndole al terreno de la lucha de clases, del que los otros le hicieron desertar, obligándole a renunciar los métodos revolucionarios del socialismo, para pactar ignominiosamente con la burguesía.

Pero antes, examinemos un poco la verdadera faz de la traición de los líderes socialistas militantes en los partidos de la Segunda Internacional:

Los socialistas alemanes habían dicho con Guillermo Liebknecht en el congreso de Zurich en 1893: «Nosotros no daremos ni un hombre, ni un céntimo para la guerra. He ahí nuestro programa» Después habían agregado: «Necesitamos infiltrar nuestro espíritu socialista en el ejército. Cuando la masa sea socialista, habrá llegado el fin del militarismo».

Si Carlos Liebknecht, se allegó al programa predicho por su padre, durante la guerra de 1914, oponiéndose a votar los créditos pedidos para el militarismo, ¿qué hicieron, en cambio, los compañeros de Liebknecht a excepción del grupo que le acompañaba?

Lo repetimos: traicionaron a la Internacional.

No solo votaron los créditos de guerra pedidos por el Kaiser, sino, que, se aliaron a él y le siguieron fielmente en su campaña de crímenes odiosos.

Scheidemann, aparecía a los ojos de los socialistas de verdad, como el secretario particular del emperador de Alemania, mientras Liebknecht era degradado y conducido a prisión, por su oposición a la guerra.

Rosa Luxemburgo, había sido apresada ya antes que Liebknecht, por igual causa que éste. Muchos socialistas que se conservaron fieles a sus principios y no claudicaron de sus ideas, fueron condenados a largos años de prisión o a ser colocados en primera línea, para ser asesinados, por las balas del frente enemigo; al mismo Liebknecht le había tocado esta suerte, de la que luego fué librado debido a su debilidad física para permanecer en las trincheras.

¿I qué diremos de la masa?

Esta fué toda arreada al matadero con la complacencia de la mayoría socialista alemana que justificaba la guerra como una defensa «contra el zarismo ruso».

El socialista Haase, exclamaba justificando la actitud de los socialistas en el Reichstag: «Nos fundamos al tomar esta actitud—de aprobar la declaratoria de guerra y los créditos pedidos para ella—en la doctrina establecida por el movimiento obrero internacional, el cual ha reconocido siempre el derecho de los pueblos a su independencia nacional y a su nacional defensa, al propio tiempo que repudiamos toda guerra de conquista».

¿I qué clase de guerra era la que su país pensaba hacer? No era por la posesión del mercado internacional y por las conquistas territoriales por lo que peleaba Alemania?

Los demas socialistas ateniéndose a las declaraciones de sus colegas alemanes, hicieron idénticas declaraciones; ellos aprobaban la guerra como una defensa para sus países y para la «democracia» en peligro.

Carlos Liebknecht colocando la verdad en su lugar, declaraba en la sesión del Reichstag del 2 de Diciembre de 1915, al votar contra los créditos de guerra: «Esta guerra que ninguno de los pueblos interesados ha querido, no estalló en vista del bienestar del pueblo alemán o de otro cualquiera. Se trata de una «guerra imperialista», de una guerra por el «dominio capitalista

del mercado mundial» y por el dominio político de territorios importantes en donde podría instalarse el capital industrial o bancario. Después declaró Liebknecht que esta guerra tenía el carácter de una «empresa bonapartista», tendiente a destruir y a desmoralizar el movimiento obrero. Luego añadió: La divisa alemana «contra el zarismo»—como la divisa inglesa y francesa contra el militarismo— ha servido para movilizar los instintos más nobles, «las tradiciones y las esperanzas revolucionarias del pueblo, en provecho del odio entre las naciones». Cómplice del zarismo, Alemania, hasta ahora país modelo de reacción política, carece de títulos para pretender desempeñar el papel de liberadora de pueblos. «La liberación del pueblo ruso como la del pueblo alemán, debe ser obra de esos mismos pueblos».

No era cierto, entonces, que los socialistas alemanes apoyaban una guerra de defensa nacional «contra el zarismo». Ellos habían arriado su bandera de socialistas y se pasaban al bando enemigo. El cinismo de los socialistas alemanes avergüenza explicarlo:

Südekum, se puso como espía, incondicionalmente al servicio del Kaiser; Heine y Legien—este último presidente de los sindicatos obreros—se convirtieron en emisarios y servidores del emperador; Haenisch, Cohen, Kloth, Peus, y otros, se convirtieron no solo en servidores del Kaiser, sino también en rabiosos chauvinistas, en partidarios de la política de anexión y de conquista; Scheidemann, David y Quare, se convirtieron en partidarios de la política del gobierno y como tales obraron a sus órdenes. Todos estos traidores pertenecían a esa tendencia de revisionismo pactista que iba poco a poco aburguesando el partido, amoldando las doctrinas socialistas a la dictadura del Kaiser.

No fué parecida la actitud de los otros socialistas de los países en guerra a la de sus camaradas alemanes? ¿Cuál fué la actitud de Alexinsky, Plekanof y de otros «anti derrotistas» de Rusia?

Plekanof decía rebatiendo la técnica del lenguaje de los «socialistas patriotas» de Alemania: La victoria de Alemania paralizaría nuestro desenvolvimiento económico, acabaría con la europeización de Rusia y eternizaría nuestro antiguo régimen político». Luego dice que tal perspectiva sería el fin de Rusia; («Finis Rutheniae») de toda esa Rusia que trabaja y piensa, sufre y lucha por un porvenir mejor.

Después termina con estas insultantes palabras: (para Lenin?) «Aún no me he vendido a los tiburones del imperialismo alemán!»

Alexinsky justificaba con estas palabras la guerra de Rusia contra Alemania:“conviene tener presente que la reacción rusa está íntimamente ligada a la reacción prusiana. Combatiendo al “Kaiserismo”, combatimos, por consiguiente al mejor amigo del antiguo régimen ruso“.

El venerable Kropotkin, el «padre» de la anarquía en Rusia, declaró públicamente que el deber de todos los revolucionarios era “contribuir a la victoria de Rusia y de sus aliados”.

Los socialistas de Francia e Inglaterra para no ser menos, ayudaban a apuntalar a sus gobiernos y aprobaban los créditos para hacer la guerra contra el militarismo prusiano. Nada decían los socialistas de Inglaterra de su Armada, ese militarismo gigantesco que la hace ser el imperio conquistador más grande del mundo.

Henderson, colaboraba en el gobierno de Lloyd George, engañando a los obreros con que la guerra era de liberación para las naciones oprimidas: para determinar la autonomía de las naciones por su libre voluntad; para que estas se dieran su propia administración y atendieran a su libre desarrollo sin iniciativas ni tutelajes extraños. La panacea de la autodeterminación de los pueblos, fué cosa maravillosa para adormecer a muchas nacionalidades oprimidas bajo el cetro del

imperialismo británico, y de esto se valió Henderson para ilusionar al proletariado irlandés que aun no cesa de pedir su autonomía.....

Phillipp Snowden, Ramsay Mac Donald, Barnes y otros laboristas-socialistas, engañaban a las masas obreras británicas, haciéndolas creer de que ellas eran un pueblo predestinado para liberar a las naciones oprimidas del yugo militarista prusiano:

“Hay necesidad de producir muchas municiones para las trincheras“ —les aconsejaban.— De nada vale un ejército por valiente que sea si detrás de él no tiene otro ejército proletario que labore noche y día para que nada le falte. Hay que construir, muchachos, muchas municiones, muchos cañones, muchos fusiles y acorazados para vencer a Alemania.

No era menos la propaganda que hacían los socialistas franceses entre los obreros para “derrotar a Alemania.“ Ya hemos visto que Thomas tuvo a su cargo el ministerio de las municiones. Un «socialista» era el constructor de los elementos de matanza para sus semejantes! Guesde y Sembat como miembros del gobierno francés, ponían el visto bueno a las grandes matanzas de proletarios que ordenaban los generales Jofré, Foch, Petain, etc...

El socialista Vandervelde hacía otro tanto en su país. En Italia el ministro socialista Bisolatti, acudía constantemente a las trincheras para inspeccionar los estragos de la artillería y para alentar a “sus camaradas“ que combatían por la “patria burguesa“!

“Qué tenían que ver los socialistas con las guerras capitalistas?“ —preguntaba Trotzky indignado— y los oportunistas respondían: “Esta guerra es para defensa de la Democracia y de los pueblos débiles“. Ya hemos visto como han defendido la democracia!

No está Rusia bloqueada por el hambre, hace siete años, por culpa de las naciones democráticas de Europa?

No está Irlanda sumergida en un lago de sangre, sometida al yugo de la democrática Inglaterra?

No jimen por igual motivo la India y otras colonias?

La guerra no fué hecha mas que para la libertad de la expansion comercial de la democracia burguesa de los países aliados. Ellos se están repartiendo hasta el presente momento, el botin de los pueblos oprimidos conquistados, con cuyo pretexto se guerreó. Allí está Turquía cercenada por los aliados! Los "tratados secretos" denunciados por Troztky ante el mundo, tenían atados bajo su yugo convencional a todos los países de la Entente. Antes de la guerra existia ya el fin premeditado de la conquista para la expansion comercial capitalista.

¡Qué distinta manera de pensar tenían los verdaderos socialistas, que permanecieron fieles a sus principios y doctrinas y combatieron esa guerra con el vigor de todas sus energías! Los oportunistas de la Segunda Internacional no tienen ni siquiera la atenuante de decir que estaban "equivocados" colectivamente, porque perseverarán aún en su traicion al socialismo, mistificando la verdad y engañando al mundo. Una prueba de ello es la mision de la Internacional amarilla de Berna.

Ellos no podrán decir como el venerable Anatole France, que fueron víctimas del error. No podrán articular una maldicion contra la guerra, que contenga la sincera emocion de un arrepentido. No podrán esclamar en su fé inquebrantable al porvenir, como el sabio y glorioso comunista frances: "Ha nacido un nuevo orden de cosas. Las potencias del mal mueren envenenadas por sus crímenes. Los codiciosos y los crueles, los devoradores de pueblos, revientan de una indigestion de sangre. Mientras tanto, fuertemente heridos por la falta de sus amos, ciegos y malvados, mutilados, diezmados, los proletarios permanecen de pie; van a unirse para no formar mas que un proletaria-

do universal, y veremos cumplirse la gran profecía socialista: "La Unión de los trabajadores hará la paz del mundo".

Han perdido la confianza del proletariado! Alguna vez podrán sincerarse de esta claudicación de su pasado?

Quizas sientan todavia como una acusacion a su conciencia, los líderes de la Social-democracia alemana, las palabras de la inmortal Rosa Luxemburgo, cuando decia:

«Nunca desde que existe la historia de la lucha de clases, desde que existen partidos políticos, se había visto que un partido, despues de cincuenta años de incésantes progresos, despues de haber adquirido una fuerza de primera magnitud y despues de haber conquistado millones de adeptos, hiciese lo que la social-democracia: desaparecer del mapa por su propia voluntad en el espacio de veinticuatro horas.» Mas adelante la «Alta sacerdotiza del maximalismo» exclamaba: "El medio siglo de preparacion socialista dá sus frutos hoy en la actual guerra. Toda la educacion de nuestras masas hace de ellas servidoras obedientes y eficaces del imperialismo. Marx, Engels y Lasalle, Liebknecht, Bebel y Singer, educaron y organizaron el proletariado aleman para que Hindenburg pudiera dirigirlo...."

Sin duda que esas palabras de la martirizada Rosa, asesinada por la traicion de sus propios camaradas, deben ser un terrible tridente en sus conciencias, perseguidas por el odioso e imborrable crimen:

Mientras tanto, los traidores de la social democracia alemana, (el partido socialista aleman de mayoría) y de los demás partidos socialistas de Europa, completaban su obra de aniquilamiento a la Segunda Internacional, ¿qué había sido de los propagandistas sinceros del ideal, que no habían claudicado de sus doctrinas por el oportunismo, ni arriado su bandera de revolucionarios?

Estos, en todas partes, esperaban la oportunidad precisa, pensando en rehacer lo que se había salvado de la obra socialista realizada durante cincuenta años,—cuando menos, la moral de sus militantes mas sinceros,— odiosamente perseguidos por los gobiernos de los países en guerra, apenas si contaron, unos cuantos de ellos, con un pedazo de suelo donde dedicarse apresuradamente a realizar la tarea de reorganizar al proletariado socialista y de conspirar contra la guerra para precipitar el advenimiento de la paz.

Puede decirse que por ahí vino el principio genésico de la Tercera Internacional.

El hecho trágico del derrumbamiento de la Segunda Internacional, había reunido y congregado a estos hombres que debían darle la verdadera forma de lucha de clase a la organización Internacional de los trabajadores.

De los mas empeñados en la noble tarea de la paz entre el proletariado de Europa, Asia y América, era Vladimiro Uliánov, (Lenin) un socialista ruso refugiado en Suiza, de temperamento batallador y enérgico, decidido partidario de las doctrinas de Carlos Marx, cuya vida absolutamente consecuente con ellas, hacen de él su mas fiel expositor e intérprete. Algunos escritores lo han llamado con razon, «el marxista ortodoxo». Lenin aparece despues de Marx, como la cabeza mas imponente, y significativa del movimiento revolucionario universal.

Antes de partir para Rusia, este hombre genial, a formar parte como organizador de la revolucion mas grande que han visto los siglos, al despedirse de sus amigos en Suiza, les dijo estas proféticas palabras: «Yo os probaré que un hombre puede hacer la historia.» Realmente; desde Noviembre de 1917, Lenin está demostrando como se hace la Historia de la Humanidad.

No menos significado que el anterior por su prestijio de revolucionario, es Leon Troztky. Marxista por

excelencia; representa al tipo de accion por su carácter inquebrantable y decidido para la lucha. Este hombre ha sido llamado el brazo ejecutor de la revolucion. La organizacion del formidable Ejército Rojo se le debe a él. (Porque Troztky es tambien un gigante organizador.) El detuvo la invasion extranjera sobre Rusia, tanto desde el campo de la diplomacia, como desde el campo de batalla. Troztky une a sus cualidades, la de ser habilísimo como diplomático. Las gestiones de paz en Brest Litowsk lo sindicaron como tal. Cuando las avalanchas de voraces mercenarios se lanzaban sobre Rusia, ávidas de saqueo, de rapiña y de violencia, para hacerla su facil presa, Troztky las detuvo. De él tienen buenos recuerdos Denikin, Petlura, Kolehak, Yudenicht, Wrangel y otros invasores...

Mientras Troztky estaba condenado a errar por las naciones de Europa, en su calidad de «extranjero indeseable», aventurando como vulgar malhechor, expulsado de pais en pais, Lenin era acusado por los aliados de estar «vendido al oro aleman.» ¿Las causas? Porque preconizaba el advenimiento de la paz, para bien de la humanidad y combatía la guerra. Mortalmente perseguido por la burguesia aliada, Lenin se refugió en Suiza, donde, con varios camaradas, partidarios convencidos como él, de la Revolucion mundial, celebraba una convencion en Zimmerwald, entre el 5 y el 8 de Setiembre de 1915, con el fin de tomar seriamente acuerdos para llegar a la paz y ver modo de orientar a los pueblos hacia la revolucion.

Se encontraban presentes en el grupo; Troztky, Rakovsky, Zinoviev, Platten, Grimm, Bouderon, Hoffman y otros, sumando por todos unos veinte.

Con la excepcion de algunos «centristas» — partidarios del «reformismo», cuya importante mision cesó en su época con el grupo de Zimmerwald, al constituirse la Tercera Internacional, — de ellos puede decirse en dos palabras, que eran los representantes mas avanzados

del socialismo; hombres consagrados de lleno a su ideal, venidos de diversos países.

En esta pequeña Convención internacional balancearon la suerte futura del proletariado, sin fastuosidad, a pesar de que sabían que eran por el instante, los únicos elementos salvados de la catástrofe en que se hundió la Segunda Internacional. Vieron clara la situación. No les engañó la tendencia chauvinista como a los líderes que formaron los gabinetes de la «Union Sagrada». Tampoco se dejaron seducir por la cantinela del «peligro de la democracia»; ni de la «libertad de los pueblos oprimidos». Demasiado bien sabían ellos que propósito se ocultaba detrás de esas palabras imperialistas. Sin ser comediantes como los líderes de la Segunda Internacional, ellos abordaron resueltamente la obra de liberación de los pueblos con la revolución social.

La labor inmediata que se propusieron realizar los reunidos en Zimmerwald, fué llevar una voz fraternal a los pueblos oprimidos, para manifestarles que quedaba una esperanza en las espesas tinieblas de la conflagración mundial. Esa esperanza era la Revolución. La única que arrebataría el derecho a la burguesía gobernante, de disponer de las masas del pueblo como de una mortecina carne de cañón, dispuesta perennemente al sacrificio.

Un vibrante manifiesto que llevaba las firmas de **l** pequeño grupo de congresales, atravesó como una brisa refrigerante la atmósfera de Europa cargada de odio y de sangre; en él se les decía a los envilecidos trabajadores convertidos en bestias sanguinarias por el militarismo, que cumplieran con su único deber, el de salvarse a sí mismos. Que volvieran por los fueros de su razón perdida concluyendo con la guerra y con el militarismo.

Esta guerra—decía el manifiesto—no es para la liberación de los pueblos oprimidos. Esa es una grosera mentira!

«Esta guerra que siembra ruinas y devastaciones, es mortal enemiga de la libertad y de la independencia de los pueblos.»

Al año siguiente, por el mes de Abril, nuevamente se reunieron estos altruistas representantes de la humanidad. Esta vez el grupo era mas numeroso y la sede de su «congreso» fué, Kiental, (Suiza).

Desde ese punto lanzaron un nuevo manifiesto cuyas partes principales estimamos necesario reproducir. Su declaración de principios decia:

El moderno desarrollo de las condiciones que reviste la propiedad generó los antagonismos imperialistas cuyo resultado es la presente guerra mundial.

«El fin de esta guerra es una nueva subdivisión de las actuales posesiones coloniales y la sumisión de los países económicamente retardados, a la dominación del capital financiero.

«La actual guerra no está en vías de eliminar las causas de guerras futuras, sino que aumenta el peligro de nuevas combinaciones bélicas.

Las anexiones crean odios entre los pueblos. Las alianzas y las ligas de las naciones son un medio directo para prolongar la guerra económica, causa necesaria de nuevos conflictos mundiales.

«Los planes para remover los peligros de guerra, mediante una limitación general de los armamentos, son concepciones utópicas,

«Destruyendo la propiedad capitalista, el socialismo elimina con ella toda explotación de las masas por parte de las clases pudientes y toda especie de opresión nacional, causas ambas de guerra.»

En la parte integral del manifiesto, que tomaba copia del anterior de Zimmerwald, decia lo siguiente:

«A las instituciones integrantes del réjimen capitalista, en que se basa la suerte de los pueblos, o sea a los gobiernos, monárquicos o republicanos, a la diplomacia secreta, a las ocultas fuerzas patronales, a los

partidos burgueses, a la Prensa y a la iglesia, incumben la responsabilidad de esta guerra, cuyo origen debe buscarse en el régimen capitalista y que fué desencadenada para beneficio de las clases poseyentes.»

Mas adelante el manifiesto decía:

«Trabajadores de las ciudades y de los campos:

«Vuestros gobiernos y sus periódicos dicen que debéis continuar la guerra para destruir el militarismo. ¡Os engañan! El militarismo de un pueblo no puede ser destruido sino por los trabajadores mismos.

«Vuestros gobiernos y sus periódicos dicen también que debe llevarse hasta su término la matanza para que ésta sea la última guerra. ¡Os engañan otra vez mas! Nunca la guerra ha muerto a la guerra. Despierta sentimientos y propósitos de desquite. La guerra prepara la guerra. La violencia prepara la violencia.

«Solo hay un medio definitivo para impedir las guerras futuras. Este medio consiste en la destrucción del capitalismo.

«Esta guerra no es vuestra guerra: sois víctimas de ella.

«Os corresponde cubrir las trincheras. Formáis la primera línea de los cruentos asaltos. Se os expone a la muerte. En la retaguardia, en lugar seguro, está la emboscada, la gran mayoría de los ricos y los oficiales que os envían a la matanza.»

El manifiesto contenía otras declaraciones haciéndole ver a los trabajadores que las injusticias y el antagonismo de clase, eran mas evidentes en la guerra que en la paz: en la paz los capitalistas le arrancaban al trabajador los gozos de la vida, pero en la guerra le arrancaban la vida misma.

¿Qué le dejaban, por consecuencia? El luto y la miseria para su familia.....

Fué, pues, mediante los pasos dados por estos hombres, ajenos al servilismo de las clases capitalistas,

como nació la idea de fundación de la Tercera Internacional.

Por su parte, los traidores del socialismo, no estaban conformes; sentían un hondo remordimiento de conciencia. Las reuniones de Zimmerwald y Kienthal les habían conmovido profundamente y se empeñaron en una lucha torpe y desatinada para atribuirse recíprocamente unos a otros, la culpa de la bancarrota de la Segunda Internacional.

Los socialistas de Francia e Inglaterra, culpaban a los de Alemania y Austria de la responsabilidad de la guerra, lo mismo que a sus gobiernos.

A su vez, los socialistas de estos países les devolvían las mismas palabras a sus conyéneres de las islas británicas y de occidente.

Esta lucha de recriminaciones entre los socialistas traidores de los países beligerantes, duró hasta que se promovió un congreso para determinar, con el consentimiento de sus respectivos gobiernos, nociones de paz en Lucerna. De allí vino la derivación de la Internacional amarilla de Berna, donde los Scheidemann, Huysmans, Vandervelde, y demas traidores de la Segunda Internacional, concluyeron de completar su obra, desorientando y ahondando profundamente una división entre el proletariado.

La culpabilidad de la guerra,—como tenía que suceder en ese caso, tratándose de hombres infieles a sus doctrinas filosóficas—recayó por parte de los «socialistas aliados», exclusivamente sobre los socialistas alemanes y austriacos. Pero apesar de esto, todos cargaron con el cadáver de la Segunda Internacional, puesto que sin excepción, eran igualmente culpables.

El año 1917, había de ser mas fecundo para los partidarios de los reunidos en Zimmerwald y Kienthal, anteriormente.

Señala el curso de este año una época de transición histórica. Lenin traspasaba los umbrales de las fronteras suizas para regresar a Rusia, su país natal.

Trotsky, que como hemos visto, erraba de país en país, huyendo siempre de la brutal persecución de los gobiernos capitalistas, buscó también por todos los medios la manera de regresar a Rusia.

En el interior de Rusia se desataba una violenta conmoción de los espíritus. Los desastres de la guerra, por culpa de la incapacidad de los dirigentes, exasperaban a las masas. Los soldados conducidos violentamente al sacrificio, a veces sentían expansiones de cólera y llegaban hasta la sublevación, que pagaban con la vida.

En las ciudades rusas faltaba el pan y el frío arreciaba; mientras el zar paseaba los campos de batalla en lujosos trenes de recreo, los soldados hundidos en el fango y la nieve, morían de frío y de necesidades; la terrible disciplina impuesta por las circunstancias de la guerra, los contenía de la terrible violencia que haría explosión en ellos más tarde.

Los revolucionarios por su parte, atizaban el fuego de la revuelta en las masas, pintándole al pueblo en manifiestos y arengas,—a veces secretas,—la incapacidad del zar para gobernar a Rusia y la molición de la familia imperial que gozaba en el escándalo con un fraile estúpido a la cabeza, contrariando los sentimientos del pueblo que no quería la guerra y llevándole hasta el extremo de la desesperación y la locura.

El 23 de febrero hubo una huelga parcial en Petrogrado. Las huelgas obreras no eran ninguna novedad para la capital rusa; pero esta tenía la novedad de que los trabajadores salieron con sus mujeres y sus niños a la calle pidiendo pan.

A este pedido de pan se adhirió todo el vecindario. El pan en las panaderías faltó por completo, y las mujeres que antes formaban a la cola largas horas bajo un frío brutal para conseguir una libra de pésimo pan,

ahora, despues de las mismas horas volvian a sus casas con las manos vacías.

En las «filas» se protestaba en alta voz contra el gobierno que llevó al pueblo a la muerte por hambre, contra la guerra y contra los especuladores.

En esos dias de huelga, que trascendian a dias de revolución, en las panaderias faltaba en realidad el pan; pero el pueblo descubrió luego que en algunas comisarias estaban almacenadas grandes cantidades de trigo y harina.

Los primeros dias de huelga transcurrieron tranquilos, pero el número de huelguistas fué aumentando considerablemente.

En el Nevsky Prospect (la avenida principal de Petrogrado), se producian de vez en cuando demostraciones populares, que eran disueltas por la policia. Todo el mundo se estrañaba del aspecto silencioso de la avenida principal de Petrogrado, de suyo tan alegre y bulliciosa por el jentio que acudia siempre a ella. En estos dias de huelga era escasa la circulación de personas. En la noche del 26 de febrero, fueron levantados por orden del jefe de las fuerzas militares los puentes sobre el Neva, para impedir a los trabajadores el acceso sobre la avenida principal, en un punto tradicional donde celebraban sus demostraciones políticas.

Esta fué una señal preventiva de futuros acontecimientos. Pero ya no habia diques para detener esta marea que ascendia. La masa se movia y se agitaba. La conversacion jiraba en todas partes alrededor de las condiciones insoportables de la vida en el país; de los sacrificios a que era sometido por la guerra, sacrificios que iban mas allá de sus fuerzas, precipitando al pueblo con su desdichado gobierno, en un hondo abismo. Los síntomas de corrupcion de los círculos gubernativos presajaban la descomposicion del Estado y de la sociedad.

Decididamente, Rusia estaba en el umbral de grandes acontecimientos.

He aquí lo que relata un testigo ocular:

«A medio día del 27, una masa de manifestantes se dirigía a la Duma. (La Cámara de Diputados) A su encuentro salieron soldados con bayoneta calada al fusil; pero cinco minutos más tarde el regimiento de guardia de Volynianos se unió a los manifestantes, llevando banderas rojas sobre las bayonetas, y dirigiéndose todos a la Duma.

«Llegar al palacio de la Duma era posible solamente por el puente del palacio de Invierno, el único que no fué levantado, pero para poder transitar por este se necesitaba un permiso especial. El puente era vigilado por un pequeño destacamento de soldados bajo el mando de un joven oficial. Como este destacamento vigilaba el paso de la avenida Nevsky debió haber sido formado por soldados fieles al gobierno. Sin embargo, estos soldados parecían de buen humor; el control no fué nada severo y mucha gente pasaba sin tener permiso. En el Nevsky hubo poca gente. Solamente en un punto, en la encrucijada del Nevsky y de la avenida Liteiny, se veían grupos de gentes que parecían tranquilos paseantes, guardando la vereda, mientras en medio de la calle pasaban pelotones de cosacos a caballo, también tranquilos. Me sorprendió la frase de uno de los cosacos: «Compañeros, por favor, no se amontoneu!». Era tan inusitada la palabra «compañeros» en boca de un cosaco, como el buen humor de los cosacos que recibieron orden de disolver a los demostrantes! ¿Donde está la revolución?, pregunté para mí espontáneamente. Pero antes de haber pasado una cuadra más, oí un estrépito menudo de fusilería: La gente se dispersó buscando abrigo contra las balas, en los portones, los patios y en las casas. No se vió a los tiradores. Yo me fijé bien que no eran los cosacos ni los destacamentos de infantería quienes tiraban. Como se ha descubierto después, era la policía que

baleaba desde los techos, donde por orden del ministro Protopopow, se colocaron de antemano ametralladoras. Se decía que a cada agente de policía se le prometió pagar cincuenta rublos por día. El tiroteo no duró mucho y entonces se notó mucha mayor animación.

«La gran plaza Znamenskaia, que está al lado de la importante estación de Nicolas (estación terminal del ferrocarril de Petrogrado a Moscú), estaba llena de gente que presentaba el aspecto inequívoco de una multitud revolucionaria. Alrededor de la estatua del zar Alejandro III, famosa por su fealdad y por su valor simbólico, hay un mar de gente. Entre la multitud se decía que un cosaco mató a un comisario de policía que dió orden de tirar. Un joven soldado uniformado sin las insignias militares, subió al caballo de bronce, y abofeteó al zar, insultándolo; repite el gesto, lo que hace reír a la multitud. Un viejo harapiento se me acerca y dice:—«Talvez lo que hacemos es un pecado contra Dios, pero él nos perdonará; se ha hecho demasiado difícil la vida, hermano.» Una viejita a su lado se santiguó: «—¡Dios, Dios, perdónanos nuestros pecados!...»

«Se oye el tiroteo menudo de las ametralladoras.... y una voz de mando: «¡Acostarse!» La multitud se hecha al suelo formando capas horizontales, unos encima de otros. A mi lado está un soldado sin fusil: dice: «Sabe, aquí uno está peor que en las trincheras.» El tiroteo duró cinco segundos.... o diez minutos, no lo sé. La gente se levanta buscando sus zapatos de goma y sus sombreros. En la vereda proxima se ven dos muertos y un herido.

«Sigo mi camino. La Avenida Suvóron, que conduce al palacio de la Duma, presenta un espectáculo raro. Automóviles llenos de soldados armados y de civiles, corren en todas direcciones. El pueblo llena las calles, muchos con armas. No pocos niños llevan verdaderas armas de fuego. Un joven oficial, a la cabeza de diez soldados con ametralladoras, grita «¡Compañe-

ros, ametralladores revolucionarios, ocupad la estación del ferrocarril de Nicolas!— Hurra, viva la revolución! Sí, una revolución de verdad.»

«Los alrededores del palacio de la Duma presentaban el aspecto de un campamento militar. La Duma ha sido la primera conquista de la revolución. Por ironía de la historia, la Duma, tan alejada siempre de la revolución, como los astros del cielo de nosotros, la Duma que tenía tanto miedo a la revolución, se convirtió en el centro de la revolución.

«La lógica de los acontecimientos resultó superior a la lógica de los hombres. Así terminó el primer acto de la revolución que derribó al zar y a su gobierno. Moscú, Járkow y las demás grandes ciudades se unieron a la revolución desde los primeros días, no solo sin resistencia, sino con gran alegría.

«En realidad, la suerte de Nicolas II fué sellada el 27 de febrero, cuando el regimiento Volyniano, de la guardia imperial, se pasó a las filas revolucionarias. La autocracia que desde mucho antes era solamente una supervivencia del pasado, que carecía en absoluto de raíces en el seno del pueblo, continuaba existiendo gracias al terror y a la terrible disciplina militar. El ejemplo de los Volynianos fué contagioso. Le siguieron los regimientos de guardia: Wladimiriano y Simeoniano, las secciones de ametralladoras y las demás. La tormenta derribó el viejo tronco interiormente podrido y que continuaba en pie a fuerza de inercia.

«La revolución no fué preparada ni organizada por nadie en el sentido como se preparan las revueltas de cuartel o de corte. La preparó sí, y realizó un ser impersonal que se llama necesidad histórica.»

La revolución tuvo principio en las «filas del pan», delante de las panaderías. La empezaron las mujeres del pueblo. El primer comisario de policía caído, fué matado por un cosaco. Se trata, pues, de elementos des-

ligados de cualquiera organizacion revolucionaria o política en general.

Algunos opinaban que el zar habría salvado su trono si hubiera hecho concesion de un gobierno responsable ante La Duma; pero esto hubiera sido una gran desviacion. La tormenta hubiera barrido lo mismo a cualquier gobierno parlamentario tal como lo hizo con el trono del zar. Aquel gobierno, en primer lugar, no hubiera sido capaz de curar las terribles heridas por las cuales sangraba el pueblo ruso. Otros opinaban que la huelga del 23 de febrero había sido provocada por el ministro Protopopow, para hacer declarar la revolucion como un pretexto que lo salvara en las negociaciones de paz por separado que preparaba. Pero la revolucion hubiera estallado siempre sin esa provocacion. La vida en Rusia se había hecho ya insostenible. La fábrica principal de Petrogrado, la de Putilow, con 30 mil obreros, no participó en la huelga, pues había sido cerrada antes por falta de carbon; a causa de la escasez de combustible, el Consejo Especial de Combustible había ordenado que las fábricas de Petrogrado debian quedar cerradas varios dias por mes.

Desde el segundo año de la guerra Rusia se precipitaba a una catástrofe. Los ferrocarriles no tenian carbon.

El tráfico ferroviario estaba desorganizado; los transportes de pasajeros y de carga estaban interrumpidos y limitados. Se creía en la posibilidad de un paro general de ferrocarriles.

Las minas de carbon que carecian de la posibilidad de renovar a tiempo, sus máquinas, decaían cada vez mas y debilitaban su produccion. Los años de guerra habían sido para Rusia de una constante y rápida descomposicion de la economía nacional, de la riqueza acumulada del pais.

Este proceso que al principio no se notaba, llegó a hacerse cada vez mas terrible y peligroso. Los campe-

sinos que constituyen el 86 por ciento de la poblacion rusa, obligados a entregar al frente no solo las masas de combatientes, sino las masas mismas de la produccion agricola, se iban condenando a terribles privaciones que soportaron hasta el extremo que pudieron. Obligados a vender al gobierno sus producciones, al principio podían ahorrar, porque hacían utilidades pingües de la venta; pero despues, el papel moneda se desvalorizó, el rublo no valía gran cosa, encarecieron los precios de los productos fabriles nacionales y de importacion, y en adelante en lugar de ahorrar, perdian considerablemente, manteniéndose a racion de hambre con sns fondos acumulados de reserva en las cajas de ahorros.

La situacion de estos, por lo tanto, era de lo mas peor. Los aliados olvidados completamente de Rusia, no pensaron en ayudarla y le exijian sacrificios enormes de toda índole.

En esta situacion de la bancarrota de la economia rusa y el descontento de las masas, a causa de la miseria y de las irregularidades en todo el orden administrativo, pasaron varios meses, y el descontento popular fué en aumento, motivado por la duracion de la guerra y las desgracias que se venian unas sobre otras, a raiz de las terribles derrotas sufridas por el ejército.

A fines de Junio, el militarismo estaba en zozobras. Los militares aguzaban los recursos para obtener nuevos combatientes que mandar al frente. Se veian escenas como estas en las calles de Petrogrado:

El comandante de un rejimiento de guardia quiere convencer a su auditorio de soldados y civiles de la necesidad de continuar la guerra:—«En los últimos combates de cierta division cayeron el 80 por ciento de los oficiales.—dice el comandante—¿Por que?»—preguntan los del auditorio—«Pues los soldados se negaron a ir al ataque, está bueno eso, hermanos?»—pregunta el comandante.—«Pero quién los manda a batirse? No

sabemos por qué derramamos nuestra sangre. ¡Que publiquen los tratados!»

Esta fué la réplica de los soldados rasos, «mujiks» de la campaña rusa.

En otro grupo un soldado raso está arengando a la multitud. La palabra, ligera y fácil, brota con espuma de los labios indignados:—«Nos mandan a la matanza. . . Nó, no queremos mas servir de carne de cañon! Que nos declaren clara y francamente los objetivos de la guerra, que publiquen los tratados secretos del zar. No queremos mas derramar nuestra sangre sin saber por qué. Pasaron ya aquellos tiempos. Rusia principia una vida nueva, libre. Nosotros tambien queremos vivir: en otoño, en todo caso, abandonaremos las trincheras».

En el verano de 1917, rejimientos enteros ya habían abandonado sus posiciones del frente. En todas partes de Petrogrado se aseguraba que en otoño la mayor parte de los rejimientos abandonarían las trincheras.

”En la demostración maximalista contra la guerra celebrada el 3 de Julio de 1917, entre otras unidades militares, participó una compañía de viejos soldados llevando carteles con inscripciones: «Paz a las cabañas, guerra a los palacios!» y «¡Abajo la guerra capitalista!» Estos viejos ya habían sido licenciados y fueron llamados de nuevo en la época mas importante de los trabajos agrícolas. Harapientos, de barbas luengas, llamaban particularmente la atención con sus mochilas. A los transeuntes que les hablaban les decían: «No nos importa nada, no podemos batirnos mas. Un hijo muerto en el frente, otro en las trincheras; en casa cuatro chicos; las mujeres no pueden solas hacer los trabajos del campo. ¡Que vayan los ricos a la guerra!» Hacia fines de de Junio de 1917, tres mil de estos viejos juntados en Moscú, se negaban a entrar en el cuartel y levantaron campamento en una plaza pública de la capital; decían: «No entendemos nada de la guerra; la vida en las trincheras nos tiene causados. ¡Quién va a dar de comer a

nuestros hijos?» Esta relación la hace Jarochevsky en su "Estudio sobre la revolución".

La revolución heredó del zarismo no solo la ruina económica, sino un ejército de diez millones de hombres martirizados y castigados hasta el extremo en los campos de batalla. No es para describir el sufrimiento que física y moralmente recibieron esos hombres en los largos años de la guerra. Apenas hay en la historia de la humanidad una revolución que estallara en condiciones tan trágicas. Rusia perdió más de ocho millones de hombres en esta guerra, entre muertos y heridos. ¡Y en que condiciones derramaba su sangre el pobre pueblo ruso! "Rejimientos enteros iban al combate sin fusiles". En otros casos solo tenían fusiles los de primera fila. "Cuando caigan vuestros camaradas tomareis sus fusiles", — decían los jefes. — "Cuando se precisaba atravesar un pantano a la voz de orden ¡Acostarse!" se tendía a los cañones un puente de cuerpos vivientes de soldados". Y los que volvían de la guerra mutilados, sin piernas, sin brazos, con caras horriblemente deformadas, a pedir limosna.

Todo esto hizo la guerra impopular y al mismo tiempo desatarse el odio contra la nobleza dirigente.

La guerra no la quería nadie en Rusia, después de los terribles experimentos sufridos por sus consecuencias. Debe dar una idea de lo impopular de esta guerra, el hecho que el año 1916 había en Petrogrado 400 mil desertores del frente. "El manso animal", como llamara un general ruso al pueblo de su país, estaba ya cansado de sufrir. Los escándalos de la corte de los Romanoff, precipitaron los acontecimientos. La muerte del fraile Rasputin asesinado por los príncipes Dimitri Pólavich y Sumarokov-Elston y el diputado reaccionario Puriskévich, colmaron la medida de paciencia del pueblo.

En la orden del día popular, al acercarse los primeros actos de la revolución, todos los oradores pedían, que se explicaran los fines de la guerra, y por qué de-

ramaba su sangre el pueblo ruso. El pueblo pedía la publicación de los «tratados secretos». Culpaban al gobierno de ocultarle al pueblo esos tratados: «Los ministros son servidores del pueblo, —decían los obreros— el pueblo es el dueño, ¿cómo se atreven los servidores a ocultar sus tratados al dueño? Los gobiernos burgueses de los países aliados han concluido tratados con el zar sin consultarnos; queremos conocer esos tratados». Todo esto unido al inmenso martirio del pueblo, fué una especie de sentencia de muerte para el zarismo.

La vieja «paleontología» política del «zarismo» fué derrumbada y en su lugar un Comité de la Duma se hizo cargo del gobierno.

Los soldados, después de la insurrección, no se hicieron instrumentos incondicionales al servicio del gobierno provisorio que sucedió al Comité de la Duma. Conservaron su independencia como entidad orgánica del trabajo. Ellos eran trabajadores; para algo les podía servir la revolución; tenían por delante que cuidar sus reivindicaciones sociales y también gremiales; la desorganización administrativa les hacía sentir en carne propia el peso de los errores de la administración zarista que había hundido al país en la bancarrota económica. Las industrias fabriles y el campo representaban para ellos el pan y la vida! . . . Había que cuidar, pues, que el ejército no fuera instrumento de futuros gobernantes reaccionarios, porque el ejército era el pueblo mismo, que más tarde, pagaría caro las consecuencias de un golpe de reacción.

El ejército quedó en el campo revolucionario, y adoptaron los soldados, al ejemplo de los obreros, una organización profesional, en la que los oficiales, en vez de ser dueños de la vida y dignidad del soldado, quedan reducidos al papel de instructores.

Con el derrocamiento del zar, el poder central pasó en los primeros días de la revolución a manos del Comité de la Duma, que encabezaba Rodsianko, presi-

dente de esta. A este comité sucedió luego el gobierno de Lvov, en carácter provisional, y mas tarde el de Kerensky, ambos de coalición de las fuerzas de los soviets con las de la burguesía.

Las fuerzas políticas organizadas, de los campesinos, obreros y soldados, eran tan superiores a todas las demás, que no necesitaban coaligarse a ninguna organización política, menos con las de tendencias burguesas, que en el fondo eran hóstiles a la revolución obrero-campesina. Pero la situación internacional—y esto lo dice un estudiante de la revolución— les era desfavorable; tenían frente a si, no solo la invasión del ejército imperial alemán, sino tambien a los gobiernos aliados del zar, con sus poderosos medios de presión, por intermedio de la bolsa, la prensa y la diplomacia, ramificados en el país en una formidable organización de la insidia y de la intriga, y que apoyaban directa o indirectamente a los partidarios de pactar con ella en los soviets para domar a la revolución y atarla al carro burgues.

La revolución pasó durante los ocho primeros meses en una época de choques dramáticos, de sus propias fuerzas entre si: de incidencias trágicas y cambios bruscos, antes de consolidarse y afirmar su carácter de tal ante el mundo.

En la época de transición ya los soviets eran dueños de la situación. Los sucesivos gobiernos de coalición tenían solamente una apariencia de poder. Su situación era ambigua, y agravada por el hecho de que las coaliciones eran mas bien de personas, que de fuerzas políticas determinadas. Muchos de sus miembros no pertenecian a partido político influyente alguno.

De ahí que fueran combatidos hasta por algunas fracciones de la burguesía. Se vió algunas paradojas políticas en el hecho de existir ministros conservadores o radicales que solamente tenían su denominación partidista.

El gobierno de socialistas moderados, encabezado por Kerensky, que sucedió al gobierno imperialista burgues de Lvov, acabó en el llano con la política de coalición, al oponerse al avance revolucionario de las masas obreras y campesinas que pedían la propiedad de las fábricas y de la tierra. Este gobierno con un programa de reformas bien radicales, cuando los campesinos y trabajadores intensificaron el movimiento revolucionario para apoderarse de las fábricas y de la tierra, buscó su éxito, defendiéndose en las «altas esferas,» y por otra parte achacándose un objetivo contradictorio, al pretender conquistar las simpatías de los campesinos y del proletariado, para mantener el predominio del gobierno burgues, perdiendo así la confianza de la burguesía, sin conquistar la de las fuerzas revolucionarias.

El regocijo del pueblo ruso que pintaban las agencias burguesas por el mundo, al hacerse cargo del poder Kerensky, había desaparecido completamente de los corazones proletarios, al comprobarse que este «buen hombre» y «buen orador» iba de fracaso en fracaso con su política de guerrero imperialista, aliado de la burguesía, precipitando mas al fondo aun, la desastrosa ruina económica de Rusia, desmoralizando y desorganizando el resto de las instituciones que aun quedaban en pié. La influencia del gran demócrata burgues se iba por tierra; su desprestigio se juntaba al lado del descalificado grupo que capitaneaba la Breshkovskaia. (Abuela de la revolución). El centro del partido «socialista revolucionario» estaba demasiado frio con él. Los directores del centro Gotz, Zenzinow y Chernow, hicieron tienda aparte de su gobierno. Los diarios extremistas de la izquierda no le profesaban ninguna simpatía. La burguesía lo repudiaba cordialmente.

La casualidad histórica quizo que Kerensky, falto de experiencia política y tambien de teoría, llegara hasta el poder. Indeciso, sin saber él mismo que rumbo darle a su persona: si permanecer actuando como revo-

lucionario o aburguesarse definitivamente, frente al poder que lo absorbía, Kerensky, hombre débil, dividió su personalidad, haciendo la política de oportunismo, siendo defensor del capitalismo por sus hechos, por tanto, enemigo de la revolución y revolucionario, malamente llamado en teoría, es decir, de nombre. Este profeta de la burguesía cayó pronto en el vacío; todos los revolucionarios de verdad lo abandonaron y lo combatieron tenazmente. La sublevación maximalista del 3 y 5 de Julio, que fué fácilmente sofocada, no le sirvió de advertencia. La contrarrevolución estaba afilando su cuchillo: los mismos días 3 y 5 de Julio, jóvenes aristócratas, alumnos de los colejos privilegiados de cursos superiores, desplegaron una activa propaganda monárquica en las calles de Petrogrado, lo que muchos de ellos pagaron caro a la multitud y a los bolshevikis, quienes soltados de la prisión ajitaban la opinión popular contra los enemigos de la revolución que cada día se tornaban mas «insolentes y atrevidos.» Pero la policía del gobierno de coalición estaba allanando y cerrando los locales obreros de la capital, en su mayoría bolshevikis. La sublevación fracasó. Después vino la intentona contrarrevolucionaria del jeneral Korniloff, que no tuvo mayores consecuencias, gracias a la actitud enérgica y decidida de los soviets locales, que procedieron tan pronto como notaron el estallido de la contrarrevolución. El papel de Kerensky no fué lo bastante limpio durante aquel suceso. Al contrario, el nombre de Kerensky aparecía envuelto en una atmósfera de misterio, y el susurrar público, decía que el jefe de gobierno se había ajustado la corona del zar; que el ministro Teróshchenko pagó a Kerensky muchos millones por su nombramiento en el palacio de Maria; que las noches se pasaban en orgias y escándalos; que en fin, en los ministerios reinaba el soborno y el cohecho... Esto lo hablaban, es cierto, los enemigos del pueblo ruso; esos que le denominaron «el pueblo de las masas»

salvajes», que después del triunfo de la revolución maximalista, proclamaron a Kerensky la «encarnación femenina del pueblo» y «el campeón de la libertad.»

Antes habían sido los círculos de gobierno los que con innoble apasionamiento lanzaron la famosa acusación contra Lenin, calificándolo de «agente provocador del estado mayor alemán.»

A pesar del fracaso de la sublevación maximalista en los días de Julio, la influencia de los bolshevikis en el proletariado como en el ejército aumentaba prodijiosamente. El aplazamiento de la convocatoria para la constituyente, tenía desacreditado al gobierno ante los ojos del pueblo. Los contrarios le acusaban de tener miedo a la actitud de la asamblea, que le enrostraría en primer lugar, la cuestión de la guerra. El gobierno y sus partidarios pensaron con gran regocijo, esquivar a la acción de la fiscalización popular, cuando supieron que Lenin, principal agitador contra la continuación de la guerra, iba a ser llevado ante la justicia, por la acusación de ser agente alemán. Los aliados se frotaban las manos de satisfacción. Pero pronto la comunicación oficial sobre el asunto resultó un desengaño, aun para los más mordaces adversarios de los bolshevikis. La acusación se basaba en la declaración de un oficial ruso, ante la oficina de informaciones del estado mayor general en Petrogrado, de que él había sido libertado de la prisión alemana bajo la condición de que se dedicara a la propaganda maximalista en Rusia. El ministro de Justicia, Pereversiew que mandó aquella comunicación oficial a la prensa, sin consultar a sus colegas de gobierno, tuvo que renunciar su cargo, y hasta el Comité central de los soviets en su mayoría anti-bolshevikis, votó una resolución de protesta contra los falsos rumores que desprestigiaban a los hombres de la revolución.

Bien pronto se dieron cuenta los enemigos de los bolshevikis que no habían perfeccionado lo suficien-

temente esa especie que acusaba a Lenin de agente alemán, y cuando trataron de reeditarla para mistificar a la opinión con ciertos visos de afirmación de la verdad, ya era tarde. Antes que cualquiera argumentación que sirviera de pretexto para atropellar la revolución rusa se lanzara a circular, los acontecimientos mundiales que sobrevinieron hasta esa fecha y que fueron un continuo triunfo de las teorías y tácticas comunistas, disiparon las nubes de calumnias que se amontonaron sobre el nombre de Lenin y otros revolucionarios.

Sin embargo, lanzada al torbellino de la revolución y de la guerra, la calumnia contra Lenin, en un ambiente castigado por tantas traiciones, fué comentada hipócritamente por la prensa burguesa y por toda la prensa aliadófila, sufriendo con esto, un rudo golpe los bolshevikis. El gobierno de coalición demasiado urjido porque el ambiente de la revolución estaba más caldeado, no tuvo tiempo de reparar en estos detalles y su desorientación llegó hasta el ridículo. Pocas semanas antes de la revolución de noviembre, el ministro, lugarteniente de Kerensky, Teréshtchenko, todavía engañaba al mundo por medio de los representantes rusos en el extranjero, diciéndoles que el gobierno «nunca se sentía tan fuerte como ahora.»

A mediados de setiembre fué convocada por Tseretelli la famosa «conferencia democrática», de composición coalicionista, mezcla de órganos autónomos y soviets, que tuvo por objeto organizar un gabinete «responsable» de sus actos y desligar el soviet para crear un parlamento preliminar. Nadie miró con buenos ojos esta conferencia; los burgueses temieron con ella perder sus posiciones y los campesinos, obreros y soldados, vieron una falsificación de las formas democráticas, pues tenían en ella preponderancia los burgueses y sus propósitos, al crear el parlamento preliminar, para llenar el vacío hasta la constitución de la Constituyente no estaban bien claros.

Mientras tanto la política andaba en Rusia «patas arriba», en el frente y en la retaguardia se suscitaban serias dificultades. La situación interna estaba sumamente complicada y el gobierno metido en el círculo de los partidos mediadores, que a toda costa querían pactar con los aborrecidos «cadetes», no daba un paso para salir de él. Korniloff había cedido Riga a los alemanes para aterrorizar la conciencia pública en Rusia y devolver la disciplina del azote al ejército. La flota del mar Báltico disgregada por la propaganda revolucionaria. Algunos burgueses experimentaban regocijo cuando oían hablar de que los alemanes ocuparían Petrogrado. Roziandko, creía que solo así terminaría la corrupción política de la capital rusa. Kerensky pensaba en capitular. Las oficinas públicas del gobierno fueron trasladadas a Moscú. Los soldados en una reunión de Petrogrado, se preguntaron: «¿El gobierno es incapaz de defender la capital? ¡Entonces que haga la paz! ¡Si no puede, que se vaya al diablo!»

La aurora de la revolución de octubre (noviembre) empezaba. Vino entonces la inevitable lucha por el poder gubernativo. Entre los soldados y los Comités se iba cavando un abismo. Hasta las elecciones fueron prohibidas. La palabra de orden de los bolshevikis dada a las masas, fué: «todo el poder a los soviets». La revolución había prometido la tierra a los campesinos que vivían en una condición feudal. Pero los partidos dirigentes no quisieron que tocaran la tierra hasta la constitución de la Constituyente; entonces los campesinos ya perdieron la paciencia y se posesionaron arbitrariamente de la tierra. El gobierno procedió contra ellos con medidas de violencia. Los bolshevikis vieron más claro que los dirigentes, y les prometieron a los campesinos protección y entregarles la tierra, inmediatamente que ellos tomaran el poder. Kerensky, el ídolo de la burguesía aliada, fué impotente para resolver nada y comenzó a declarar en estado de sitio muchas provin-

cias, a apresar a los miembros de los comités rurales, lo que le valió la mas profunda antipatía de las masas obreras y campesinas.

La lucha por el congreso pan-ruso de los soviets había empezado, teniendo como su mas empedernido enemigo al Comité Central Ejecutivo, con Dan, a la cabeza, que se oponía por todos los medios a la convocatoria del Congreso de los soviets. La frase «todo el poder a los soviets», quería decir dictadura de los soviets obreros contra los capitalistas. Con esta fórmula estaban de acuerdo la mayor parte de los soviets. Despues de grandes esfuerzos de los «bolshevikis» apoyados por el grupo de los soviets a la «conferencia democrática», se obtuvo la fijación de una fecha para la convocatoria de la Constituyente: el 25 de octubre. (9 de noviembre nuevo calendario). Esta fecha fué de gran importancia para la historia de Rusia. Entre tanto, los maximalistas, convocaron preventivamente a un Congreso a la Rusia Septentrional (que comprendia la flota del Báltico y la ciudad de Moscú), en la que poseían ellos una mayoría estable, se aseguraron de cierta parte de la derecha con el grupo de los social revolucionarios de la izquierda y colocaron organizadamente la primera piedra fundamental de la revolución de noviembre.

Pasando por alto muchas consideraciones que no podemos precisar con minuciosidad, dado el caso que carecemos de los documentos necesarios, entraremos de lleno a los acontecimientos mas importantes de la revolución.

En el congreso pan-ruso de los soviets, que se celebró el 25 de Octubre, los maximalistas precipitaron una acción decisiva y acordaron la insurrección para derribar el gobierno de Kerensky, haciendo el pase gubernamental a los soviets, es decir a la clase trabajadora.

Esta resolución no podía esperarse mas. El conflicto fué debido a la guarnicion de Petrogrado, que desde hace tiempo se movilizaba con fines políticos o bien

para llevar al frente; esto condujo a tomar una determinación decisiva a los soviets. El congreso provincial septentrional y el soviet de Petrogrado proclamaron abiertamente que el poder debiera pasar a los soviets despues que el segundo congreso pan-ruso derribara al gobierno de coalición

Lenin, que estaba oculto en Finlandia, escribía insistentemente pidiendo una táctica resuelta para terminar de una vez ese estado de cosas.

La ruptura se iba produciendo ante los ojos de todo el pueblo. Los maximalistas no estaban seguros de si los social revolucionarios de la izquierda les seguirían por el camino por ellos trazado. Pues estos en todas partes habían perdido su calificación de revolucionarios.

Los menshevikis (que quiere decir elementos de la minoría) eran esperados para asumir la parte directiva de la política. Estos habían pasado por la escuela marxista y adoptado ciertos métodos y ciertas costumbres que les permitían orientarse en la situación política lo suficiente para falsificar el sentido de la lucha de clases, que se iba desarrollando, y para asegurar en esas condiciones el predominio de la burguesía liberal. Los menshevikis, con su política de oportunismo y conciliación fueron los fautores directos del derecho de la burguesía al poder gubernativo. En la época de la revolución se habían despachado rápidamente. El 25 de octubre estaban reducidos a casi nada. El «soviet democrático», institución que se había desligado de la «conferencia democrática» que absorbió toda la ineptitud de esta estaba formado en su mayor parte por menshevikis y algunos social revolucionarios. Este soviet democrático no pudo sino, mostrar su enervamiento político ante la situación.

Los bolshevikis o sea los partidarios de la tendencia marxista, que formaron la mayoría en la conferencia socialista de 1903 y se apartaron de los menshevikis, eran los verdaderos dueños de la situación.

En esto llegó la voz del frente y los maximalistas abandonaron con Trotzky al parlamento preliminar donde tenían su asiento los partidos mediadores de coalición. Los soldados mandaban decir del frente que si hasta el 1º de noviembre no se daban pasos para hacer la paz ellos abandonarían las trincheras y se vendrían contra las retaguardias.

En estas condiciones la marea iba ascendiendo. Junto al trabajo de organización se llevaba a cabo una viva agitación.

El anuncio de que Trotzky mandó confeccionar 5000 fusiles a la fábrica Sestrozjetzk y la creación de la guardia roja, llenó de pánico a la burguesía. Inútilmente se ensayaban las calumnias y las mentiras, todo marchaba pasmosamente hacia la revolución. Gorky presajaba en su «Novaya Scisu», la ruina de la «civilización». Un comité militar revolucionario, o sea el estado mayor de los maximalistas, venía obrando y preparando la organización militar del soviét. Kerensky estaba suspendido en el aire. El estado mayor militar del gobierno de Kerensky, nervioso como estaba, a veces amenazaba o trataba de transijir con los bolshevikis, sin lograr ninguna consecución para sus planes.

Los menshevikis y social revolucionarios vinieron hasta los bolshevikis en son de mediadores, para aconsejarlos y calmarlos; como nada consiguieran, se tornaron amenazadores, hasta que al fin fueron rechazados de plano.

Y llegaron las jornadas del Soviet de Petrogrado. Los bolshevikis y el soviét, ocupaban el Instituto Smolny. El centro de actividad de los menshevikis y social revolucionarios se trasladó al palacio de Maria, en donde tenía su asiento el apenas nacido parlamento preliminar. Kerensky pronunció en el parlamento preliminar un gran discurso para ocultar su impotencia bajo los estruendosos aplausos de la derecha. El estado mayor hacía la última tentativa para oponer resistencia

Envió a todos los contingentes de la guarnición una intimación para que éstos nombraron dos delegados por contingente, a fin de iniciar negociaciones sobre el alojamiento de tropas de la capital. Se fijó una sesión para el 22 octubre. Inmediatamente los regimientos les advirtieron a los bolshevikis esta intimación. Los bolshevikis convocaron telefónicamente a la guarnición a una reunión para las 11 del día. Una parte de los delegados se trasladó al estado mayor para declarar que la guarnición no daría un solo paso sin autorización del Soviet. La fidelidad de la guarnición al comité militar revolucionario, estaba demostrada con esto, unánimemente. Los esfuerzos del estado mayor, les confirmó a los maximalistas que el terreno que pisaban bajo sus piés era sumamente sólido.

La lucha por apoderarse de las publicaciones que estaban en poder del Comité Central Ejecutivo, no le dió ningún resultado a los bolshevikis. La tentativa para posesionarse de los diarios fracasó. La prensa casi totalmente en manos de la burguesía, aseguraba que el 22 de octubre estallaría la revuelta armada de los bolshevikis en Petrogrado. De esto nadie tenía dudas. Varias semanas antes ya los bolshevikis habían anunciado públicamente esta jornada. El 22 de octubre, sin embargo, no estalló la revuelta: solamente se hizo una grandiosa reseña de las fuerzas proletarias. Ese día demostró el Soviet toda su grandeza. Durante el día una inmensa multitud llenaba los institutos y en todas partes se sucedían los mítines sin cesar. En las masas existía como una tensión eléctrica y la multitud gritaba: «¡Abajo la guerra!», «¡Abajo Kerensky!», «¡Todo el poder gubernamental a los soviets!» No había dudas; el Soviet era el dueño de Rusia.

El 23 de octubre los pocos contingentes titubeantes que quedaban, como por ejemplo los cosacos, un regimiento de caballería y los regimientos Semenovff, pasa-

ron al lado de los comunistas bolshevikis, con oficiales y todo.

La insurrección ya no era cuestión de proyectos, sino de hechos trascendentalísimos para la historia. Algunos batallones que el gobierno llamó del frente para su defensa fueron detenidos en el camino por los revolucionarios y entraron a la capital pasándose al bando de los bolshevikis. Por otro lado, los delegados del frente entraron directamente en relaciones con los soviets. Al gobierno de Kerensky le quedaban horas, solamente.

El día 24 varios oficiales se apoderaron del telégrafo e impidieron transmitir comunicaciones. Esto era el primer acto de «sabotaje» contra el Soviet. Un núcleo de soldados de la guardia roja se apoderó a viva fuerza de la oficina del telégrafo y éste pasó a poder del Soviet, como el correo y otras oficinas públicas. El Instituto Smolny, donde se reunía el gobierno del Soviet, fué convertido en fortaleza. Allí estaba la cabeza directriz de la revolución y el comité militar revolucionario, que recibía las informaciones militares. Todas las arterias de la revolución converjían hácia aquel punto. Kerensky, desfalleciente, llevó al parlamento preliminar la aprobación de medidas represivas contra los bolshevikis.

El parlamento preliminar apenas tuvo ánimo para condenar la insurrección del Soviet, pues reinaba en él una triste confusión y una completa ruina. Se dictaron varias sentencias de muerte contra Trotzky y otros revolucionarios. La prensa burguesa, llena de odio y de miedo aullaba salvajemente.

En la noche del 24 al 25, Kerensky se parapetó en el palacio de Invierno, llamando a la artillería hácia ese lugar. El regimiento de mujeres y los oficiales le hicieron guardia en el palacio. En el curso de la noche decisiva todos los puntos importantes de la capital cayeron en manos de los bolshevikis y el Banco del Estado.

El crucero «Aurora» que estaba de reparaciones sobre el Neva, se puso también a las órdenes del Soviet.

En la aurora del 25 de octubre los agentes del gobierno intentaron impedir la salida del diario del Soviet. Se confió al regimiento «Volinia» el alto honor de defender la palabra socialista y el diario salió como de costumbre.

La sombra del gobierno de Kerensky continuaba sesionando en el Palacio de Invierno. Políticamente había dejado de existir. El 25 de octubre el palacio fué circundado por las tropas del Soviet. A la una de la tarde de ese mismo día, Trotzky declaraba solemnemente en el Instituto Smolny, que el gobierno de Kerensky no existía más, y que hasta una nueva decisión del Congreso pan-ruso de los Soviets, el poder gubernamental pasaba a manos del comité militar revolucionario. Lenin que había abandonado Finlandia, estaba ya en los suburbios de Petrogrado. La noche del 25 llegó secretamente al Smolny. Los que tanto temían la revolución, casi no se daban cuenta de que ésta estaba realizándose: Tan fantásticos eran los bluff y calumnias de la prensa burguesa, que presajaban a la revolución que se efectuaría en medio de grandes trastornos e inevitables derramamientos de sangre. No fué así, sin embargo. Sin disparar, sin derramamientos de sangre, casi, las instituciones fueron tomadas unas en pos de otras, ateniéndose a las severas disposiciones comunicadas telefónicamente desde el Instituto Smolny, por el comité militar revolucionario a los soldados, marineros y guardias rojos.

En la noche del 25 se efectuaba una sesión preliminar del Congreso pan-ruso de los Soviets; el menshevik Dan, fué relator del Comité Ejecutivo Central. Con una verba poco convincente y persuasiva, Dan quiso amedrentar a la asamblea, prediciendo la quiebra de la insurrección en cuanto llegaran refuerzos del frente.

Su discurso no inspiró temor a nadie. Estaba fuera de lugar. La mayoría de los delegados seguía con entusiasmo el curso de la victoriosa insurrección.

Desde las ventanas del palacio de Invierno, de cuando en cuando se disparaba contra las fuerzas sitiadoras, que lentamente y con cautela iban estrechando siempre más el círculo. De la fortaleza Pedro y Pablo, los soldados del Soviet dispararon algunos tiros de cañón contra el palacio de invierno. Estos disparos hicieron estremecer el Instituto Smolny. Desde la tribuna del Congreso el mensheviki Martoiff, preso de potente indignación, hablaba con terror de la guerra civil y de que se disparara contra el palacio de invierno, porque entre los ministros estaban algunos miembros del partido mensheviki. Nadie de los delegados se tomó la molestia de contestarle; lo hicieron dos marineros venidos del campo de lucha a suministrar noticias respecto de las primeras víctimas caídas en la plaza frente al palacio. Al escuchar este relato todos se levantaron de sus sillas como por una señal invisible y con aquella unidad de espíritu que solo puede nacer de una elevada tensión moral, la asamblea entonó un canto fúnebre por la memoria de las primeras víctimas de la revolución. La sesión fué interrumpida. En el fragor de la lucha era imposible discutir acerca de la nueva forma de gobierno. Los tiros de fusilería aumentaron delante del palacio de Invierno; prácticamente se decidía el destino del gobierno de Kerensky. En medio de la nerviosidad que producen casos de esta naturaleza, se hacían los más variados comentarios sobre el fin de la lucha. Algunos delegados del Congreso de espíritu poco resuelto, oscilaban como los del ala derecha que anunciaron el fin rápido de la insurrección. Poseídos de una viva tensión, todos esperaban noticias. Después de algún tiempo apareció Antonoff, que dirigía las operaciones. En la sala se hizo un profundo silencio: «El palacio de Invierno ha sido tomado; Kerensky

huyó; los otros ministros están arrestados y fueron conducidos a la fortaleza de Pedro y Pablo.»

El primer capítulo de la revolución de noviembre estaba terminado.

Los mensheviks y social revolucionarios de la derecha abandonaron la sesión, dejando «la responsabilidad de lo que sucediera» a los bolsheviks.

El bolshevikismo había triunfado. La clase trabajadora tomó sobre sus hombros la responsabilidad del poder. No había duda que desde ese momento, la clase trabajadora, tenía que dictar la sentencia de muerte contra el capitalismo.

El día 26 tuvo lugar una reunión del Soviet de Petrogrado a donde concurren delegados del congreso pan ruso, representantes de la guarnición y del proletariado. Por primera vez después de cuatro meses comparecieron en público Lenin y Zinoviev, siendo recibidos por delirantes ovaciones.

La noche del 26 tuvo lugar una sesión deliberativa del congreso pan ruso de los soviets. Lenin presentó dos decretos: Sobre la paz y sobre la repartición de la tierra. Estos decretos fueron aprobados por unanimidad. En esa misma sesión se organizó el consejo de los comisarios del pueblo. Los bolsheviks cumplieron su promesa al proletariado del campo y de la ciudad una vez que se posesionaron del poder. Los primeros días del nuevo régimen fueron de incertidumbre; pues no se sabía que aptitud adoptaría el frente y las provincias.

El 29 hubo un conflicto con los cadetes oficiales que se posesionaron de la oficina de teléfonos para impedir las comunicaciones; intentaron también apoderarse de las oficinas del correo y del telégrafo. Esta insurrección de los cadetes fué pronto dominada por la guarnición y la guardia roja. Fuera de los aullidos agónicos de la prensa burguesa que vomitaba diatribas contra los bolsheviks, quedaban los Zemvos, los Consejos comunales y otras instituciones parasitarias que

bombardeaban con telegramas amenazadores al instituto Smolny. Con la derrota de los cadetes, la burguesía estaba de plano barrida en Petrogrado. Kerensky hizo el último esfuerzo con la aventura de su marcha sobre Petrogrado, al frente de unas cuantas tropas sacadas de las trincheras, en su mayor número engañadas —para combatir a los maximalistas.

Estas tropas en su mayor parte eran cosacos. Cuando se dieron cuenta de que no era tan fácil vencer a los obreros y soldados de Petrogrado, después de una encarnizada lucha de artillería en Krasnoje-Selo y Zarcosje-Selo, retrocedieron precipitadamente y la desmoralización invadió sus filas, retirándose a Gatchina. Al siguiente día apresaron al estado mayor y al general Krasnoff que los dirigía. Habían esperado inútilmente refuerzos del frente. Estos no llegaron nunca, porque ya el frente estaba con el gobierno de los soviets. Kerensky, sin más recursos, al fracazar en su última tentativa del 30 de octubre, huyó por segunda vez. Del interior del país comenzaron a llegar las adhesiones entusiastas al nuevo régimen. Por las provincias se aprobaba ardientemente la implantación del régimen soviético. Los bolsheviks pensaron en el destino de la asamblea constituyente que no había servido sino para anidar las coaliciones burguesas contrarias al espíritu de democracia y acordaron disolverla, por la razón de su inutilidad. Realmente la clase obrera sintió la imperiosa necesidad de romper con las viejas fórmulas burguesas e imponer un nuevo régimen de democracia por medio de la dictadura. Las clases burguesas cuando dominaron impusieron por su dictadura sus normas abstrusas de vida a las masas proletarias; ahora naturalmente, al tener los proletarios la sarten por el mango, estaban en el derecho inalienable de imponer su dictadura a la burguesía para el desarrollo de su nuevo régimen. La burguesía había sometido al proletariado por

la fuerza, ahora el proletariado era el que sometía a la burguesía por la fuerza, bajo su dictadura.

Vino después la negociación sobre la paz en Brest-Litowsk. Los imperialistas alemanes, aprovechando la situación del país, querían imponerle a Rusia una paz de bandidos, basada en la rapiña y el saqueo. Los bolshévikis detestaron esta paz que tenía las formas de una envoltura democrática, y entonces los alemanes avanzaron de nuevo sobre la sangrada Rusia. Los burgueses traidores de la Rada de Kieff (Ukrania) que habían solicitado primero el reconocimiento de los aliados, esta vez se hicieron presente a los imperios centrales, para que se les reconociese como un estado federativo de la Gran Rusia. Luego aconsejados por los alemanes, asistieron y manifestaron a la conferencia de la paz, el deseo de determinar su nacionalidad. Ellos le abrieron las puertas a la invasión alemana, con el pretexto de llamar a las tropas del Kaiser en su defensa contra Rusia. El pueblo ruso se llenó de indignación ante la traición de los burgueses de Ucrania y la cobarde agresión de los alemanes, y se prepararon para el ejército por decenas de millares los obreros, pero luego sintieron la decadencia, ante la impotencia para contrarrestar al invasor. ¿De dónde sacaban armas? ¿De dónde el material necesario para proseguir la guerra? ¿No estaba la Rusia despedazada? No había más remedio que hacer la paz. Lo que pudo librar al ejército del enorme desastre final, fué el inmenso espacio de la Rusia.

Entonces se firmó el tratado de paz de Brest Litowsk, ratificado en su segunda forma que propucieron los imperialistas austro-alemanes.

Qué le importaba al pueblo ruso una paz de apariencias democráticas, que solo fuera una paz de bandidos? Lo esencial era hacer la paz; porque cualquier tregua que se hiciera, sería enormemente beneficiosa para Rusia. El objetivo no era para los maximalistas la

victoria del momento; habia que salvar la revolucion a toda costa, para que esta alcanzara su triunfo final.

Habría parecido talvez—para los chauvinistas ingleses y franceses,—el tratado de paz, una mezquina capitulacion sin tentativas de lucha, pero si hubiera aparecido a los ojos del mundo con horrorosa claridad, la debilidad militar de Rusia, se habria visto que los trabajadores rusos, no podian dejarse llevar de ninguna lucha por «honor», ni tampoco por la rijidez de una abstracta moral revolucionaria. Ellos procuraron antes que todo, el bien de la revolucion, como fin supremo.

Luego llegaron las enormes dificultades interiores:

La revolucion habia planteado en la forma mas radical la cuestion de la propiedad privada de la tierra. Esto significaba en el campo político, una guerra civil encarnizada, interrumpida, o sea un asunto de vida o muerte para las clases explotadoras. Las clases burguesas tendrian que atacar a los proletarios que llevaran a efecto la expropiacion del suelo y de todos los instrumentos de produccion. Las clases acaudaladas por otra parte, no renunciarian sin lucha a sus posiciones del gobierno de donde fueron arrojadas. Una guerra civil natre inevitablemente las tendencias anárquicas en el seno de la clase trabajadora, y si la clase obrera que hizo la revolucion, no las detiene, ineludiblemente la ahogar n. No hay sino un medio terminante, para la conservacion de la revolucion: la dictadura proletaria.

En ese período de transicion, mientras dura la conspiracion contra la revolucion rusa, ya sea de los burgueses en el interior o de las clases proletarias adversas; (que son fieles instrumentos de la burguesia), y por otra parte las asechanzas del exterior, —al estilo de los Kolchak, Denik n, etc,—la clase trabajadora mantendrá su dictadura para conservar los frutos de la revolucion. La clase obrera rusa atravez , y aun atraviesa por un período de incertidumbre. Solamente la férrea dictadura proletaria, ha logrado que el proletariado man-

tenga sus conquistas de la revolución y ha impedido que ésta naufrague. Cuando la burguesía tuvo el poder, ella impuso sus normas de vida a las clases trabajadoras; hoy son las clases trabajadoras que para mantener el nuevo «orden de cosas» creado por la revolución, imponen su dominación a las clases burguesas, porque estas siempre tienden a reconstruir su pasado régimen.

LOS CONGRESOS DE LA TERCERA INTERNACIONAL

Los congresos de la Internacional Comunista.— Los partidos que se adhieren a ella.— La solidaridad universal por la Tercera Internacional.— La guerra de Polonia.— Wrangel y su ejército de mercenarios son barridos por los maximalistas

La Tercera Internacional Comunista ha celebrado hasta nuestros días tres congresos internacionales. A ellos han concurrido delegados de multitud de razas y naciones, que representaban a las masas obreras más conscientes del universo.

La fundación de la Tercera Internacional se efectuó en el congreso que tuvo lugar el 2 de marzo de 1919, en Moscú.

La importancia histórica de la Tercera Internacional —según la describe Lenin— consiste en haber comenzado a poner en práctica el más grande postulado de Marx, que sintetiza el socialismo y el movimiento obrero, después de siglos de evolución y agitación, y cuyo pensamiento es: la dictadura del proletariado. Esta noble y profética teoría de un hombre de genio, comienza a ser una realidad.

Estas palabras latinas han sido ahora traducidas a todas las lenguas modernas europeas y aun a todas las del mundo. Una nueva era en la historia del mundo ha comenzado. La humanidad será libertada de la última forma de esclavitud, la forma capitalista, es.

decir, la esclavitud del salario. La humanidad asciende el primer tramo de una verdadera libertad.

«La Primera Internacional inició y orientó la lucha internacional de los trabajadores a favor del socialismo.

«La Segunda Internacional promovió su vasta difusión entre las masas del trabajo en todos los países.

«La Tercera Internacional aprovechó el fruto de la labor de la Segunda Internacional, pero arrojando a un lado su oportunismo, su social-patriotismo de formas burguesas y pequeño burguesa, y comenzó a establecer el dominio del proletariado.»

El acto formal de la fundación de la Tercera Internacional se llevó a cabo en la primera sesión de delegados en Moscú, en marzo de 1919. El rasgo característico de esta Internacional es su llamado a la clase trabajadora para que ponga en práctica diariamente las enseñanzas de Marx. Este rasgo característico de la Tercera Internacional, justificó que se denominara al congreso en que fué creada, «Congreso de la Tercera Internacional del Trabajo», porque representa más propiamente la idea de la Unión de la República del Trabajo, cuya formación cobró amplia expansión en Rusia y otros países.

Boris Souvarine—un maximalista francés—entresacó del libro de Ramsome, «Seis Semanas en Rusia», algunos informes y relatos de gran interés a propósito de la situación en Rusia en 1919. Hizo también una traducción y análisis de los capítulos relativos a la fundación de la Tercera Internacional, que agrupa en su seno las fuerzas revolucionarias del mundo entero, que traduce —según él— las aspiraciones de las masas obreras y a la cual se agregan por millares cada día, los trabajadores de todos los países.

La relación de Arturo Ramsome,— escribe Souvarine en «Le Journal du Peuple»,— que puede jactarse de ser el único testigo de la creación de la nueva organización, porque fué el único asistente no socialista,

complementará la escueta exposición que ya hicimos; su relato es vivo, pintoresco e imparcial, y da a conocer detalles a veces muy elocuentes.

UN SECRETO BIEN GUARDADO

Grande fué la sorpresa de Ramsome al saber por el socialista americano Reinstein, el 3 de Marzo, que se iba a celebrar en el Kremlin una Conferencia Internacional. Algunos días antes Bujarin le había dado a entender que pronto se produciría un acontecimiento de importancia internacional, pero sin precisarle nada. Los periódicos nada decían sobre este asunto.

Provisto de la tarjeta de entrada que le había entregado Reinstein, Ramsome asistió a la Conferencia que había abierto sus deliberaciones el día anterior. Dejémosle la pluma.

LOS ASISTENTES Y LA SALA

«La reunión se celebraba en una sala pequeña con estrado al fondo en el viejo Palacio de Justicia edificado en tiempos de Catalina II, que seguramente se hubiera estremecido en su tumba si hubiese sabido el uso a que se la destinaba. Dos minúsculos soldados del Ejército Rojo guardaban las puertas. Toda la sala, incluso el suelo, estaba decorada de rojo. Dos banderas ostentaban la inscripción: «Viva la Tercera Internacional», en varios idiomas.

«La mesa de discusión estaba en el estrado de la extremidad de la sala. Lenine, sentado en el centro, tras una larga mesa tapizada de rojo, tenía a su derecha a Albrecht, un joven espartaquista alemán, y a su izquierda al suizo Platten.

«El auditorio ocupaba hasta el pié del estrado. Se habían colocado sillas hasta el centro de la sala dejando un pasillo central; las cuatro o cinco primeras

filas tenían mesitas para escribir. Las personas más importantes eran: Trotzky, Zinoviev, Kameneff, Chicherin, Bujarin, Karajan, Litvinov, Vorovsky, Steklof, Racovsky (representando la Federación Socialista balcánica) Skripnik (representando a Ucrania). Además estaban: Stang (de los socialistas noruegos de la izquierda), Grimulunt (izquierda sueca) Sadoul (Francia) Finberg (British Socialist Party), Reinstein (American Socialist Labour Party), un turco, un austriaco alemán, un chino, etc.

«Las discusiones y los discursos se hacían en todas las lenguas, aunque se empleaba el alemán lo más posible, porque la mayoría de los extranjeros lo conocían, lo cual no ocurría con el francés. Esto era un contratiempo para mí.» (Ramsome habla el ruso, inglés y francés).

BERNA Y MOSCÚ

Ramsome oyó primero los informes sobre la situación en los diferentes países. Finberg, habló en inglés, Racovsky, en francés; Sadoul, igualmente. Por desgracia Ramsome no dice nada de esos informes, reservando sin duda la mejor parte de sus materiales a la gran historia de la revolución que está escribiendo.

Skripnik, exponiendo la situación en Ucrania, dijo que la experiencia de la ocupación alemana había sido una dura lección para todos los partidos revolucionarios, que enseguida trabajaron juntos.

«Pero el interés real de la reunión estuvo en su actitud para con la Conferencia de Berna. Se habían recibido muchas cartas de miembros de esa conferencia. Longuet, por ejemplo, deseaba que los comunistas hubieran estado representados. La opinión de Moscú era que los socialistas suizos de la izquierda se sentían mal al lado de Scheidemann y compañía; que rompieran definitivamente con ellos, que acabaran con la Segunda

Internacional y que se unieran a la Tercera. Claro está que la reunión del Kremlin se consideraba como el núcleo de una nueva internacional opuesta a la que se había dividido en grupos nacionales, cada uno de los cuales sostenía a su propio gobierno en la prosecución de la guerra.»

FIGURAS REVOLUCIONARIAS

Ramsome bosqueja entonces algunas siluetas de representantes del movimiento revolucionario comunista internacional.

«Trotzky, con un vestido de cuero, pantalón y botas militares, con gorro de piel con las insignias del Ejército Rojo, estaba muy bien, aunque raro para los que lo han conocido como uno de los mayores antimilitaristas de Europa.

«Lenine estaba sentado, escuchando con calma, hablando cuando era necesario en casi todas las lenguas de Europa con facilidad sorprendente.

«Balabanova habló de Italia y parecía dichosa por estar, una vez más aún en la Rusia de los Soviets, en una reunión secreta.

«Era realmente un acontecimiento extraordinario y apesar de algunas puerilidades, yo no podía creer que asistía a algo que figuraría en la Historia del Socialismo, como aquella otra extraña reunión convocada en Londres en 1848.

«Las principales figuras de la conferencia, con la excepción de Platten, a quien no conozco, y sobre el cual no puedo expresar opinión, eran Lenine y el joven alemán Albrecht, que indudablemente inflamado por los sucesos que se producen en su país, habló con inteligencia y carácter. El austriaco-alemán parecía también un hombre de valía. Rakovsky, Skripnik y Sirola, el finlandés, representaban algo en realidad. Pero había un aspecto ficticio en la asamblea, donde los socialistas

ingleses de izquierda estaban representados por Finberg, y los americanos por Reinstein, los cuales no podían tener ningún medio de comunicación con sus mandatarios.

Permítasenos aquí hacer notar que la observación de Ramsome, inspirada por el espíritu parlamentario y el cuidado de las garantías jurídicas, es poco válida cuando se trata de una Asamblea revolucionaria. Ciertamente que es preferible que los representantes de un partido no se hallen separados del mismo. Pero si las condiciones de lucha contra la burguesía no permiten siempre mantener ese contacto, los portavoces del movimiento socialista pueden, sin embargo, expresar las necesidades y los sentimientos de la clase revolucionaria de su país. Cuando la fundación de la Primera Internacional, Marx no representaba en modo alguno al «socialismo alemán» al cual combatían con encarnizamiento; sin embargo encarnaba el espíritu socialista que se extendió más tarde por toda Alemania. Por lo mismo, un Sadoul, que ha perdido el contacto con su país y con su partido, representa realmente el espíritu socialista y revolucionario de lo mejor del pueblo francés; en tanto que un Renaudel, por ejemplo, que vive en Francia, no representa más que el espíritu de pequeño burgués, el oportunismo ciego y la contrarrevolución encubierta con la máscara socialista.

Que se nos perdone esta digresión y continuamos nuestro relato.

LA SUERTE ESTA ECHADA

Al día siguiente discutió el Congreso el programa de la Nueva Internacional. Lenine pronunció un largo discurso donde puso empeño sobre todo en demostrar que Kautsky y sus partidarios en Berna condenan actualmente la táctica que preconizaban en 1906. Ramsome no da más detalles sobre este debate.

El 5 de Marzo, el secreto fué revelado al público. En el Congreso el joven espartaquista Albrecht expresó su opinión de que el momento no era oportuno para fundar la Nueva Internacional, pero nadie compartió su opinión.

«Se decidió en consecuencia que la Conferencia era la Tercera Internacional. Platen anunció la decisión y la «Internacional» se cantó en una docena de idiomas a la vez. Entonces, se levantó Albrecht y con la cara algo encendida, dijo que él, naturalmente, reconocía la decisión y la anunciaría en Alemania.»

La Tercera Internacional estaba fundada.

LA DICTADURA DEL FOTOGRAFO

«La conferencia del Kremlin terminó con el canto habitual y la fotografía. Algun tiempo antes del final, cuando Trotzky acababa de hablar y abandonaba la tribuna, se oyó un grito de protesta del fotógrafo que acababa de colocar su máquina. Alguien exclamó: «La dictadura del fotógrafo», y, entre risas generales, Trotzky debió volver a la tribuna y estar silencioso mientras el fotógrafo sacaba dos vistas.

«La fundación de la Tercera Internacional se había proclamado en los periódicos de la mañana, y se había anunciado un gran mitin extraordinario en el Gran Teatro para la tarde.

«Fui al teatro a las cinco y encontré algunas dificultades para entrar, a pesar de que tenía mi tarjeta especial de corresponsal. Había cola en todos los puntos. Allí estaba el Soviet de Moscú, el Comité Ejecutivo, representantes de los Sindicatos y de los Comités de fábricas, etc. El inmenso Teatro y el escenario estaban abarrotados...»

LENINE

Kameneff invocó entonces la memoria de los que han muerto por el Socialismo, citó a Liebknecht y a

Rosa Luxemburgo... Los asistentes se pusieron de pié y la orquesta tocó un himno fúnebre...

Después habló Lenine. Pero dejemos a Ramsome hacer el relato:

«Si alguna vez hubiese pensado que Lenine pudiera perder su popularidad, hubiera tenido la respuesta en aquel momento. Transcurrió mucho rato antes de que pudiera hablar, pues el público en pié, ahogaba sus tentativas con clamorosos aplausos. Era una escena extraordinaria...

«Un grupo de obreras habia a mi lado y casi se pegaban por verlo, gritando como si quisieran hacerse oír de él en particular. Habló según su costumbre, del modo mas sencillo, subrayando el hecho de que la lucha revolucionaria obligaba en todas partes al empleo de las formas soviéticas....»

Trotzky tradujo el discurso de Albrecht, y Steklóf el de Guilbeaux, que llegó el último día del Congreso. Cuando Ramsome salió encontró fuera una multitud contrariada por no haber podido entrar...

....¡Qué vida, qué belleza, qué entusiasmo! y como la ya despreciada Segunda Internacional parece mas despreciable aun, con su oportunismo estéril, su parlamentarismo senil, sus demostraciones hipócritas, por las cuales no puede ocultar la aplastante responsabilidad que le incumbe por la continuación de la guerra de ayer y por la de hoy. Así termina Boris Souvarine el relato de los capítulos sacados del libro de Ramsome, que se refiere a la fundación de la Tercera Internacional.

Con motivo de la fundación de la Tercera Internacional, el primer congreso de esta lanzó un Manifiesto «a los proletarios del mundo entero», cuyas primeras palabras dicen así: Hace setenta y dos años el partido comunista mundial presentó su programa bajo la forma de Manifiesto escrita por los

grandes precursores de la Revolucion proletaria: Carlos Marx y Federico Engels. Desde entonces el Comunismo, apenas iniciada su lucha, fué blanco de las mentiras, de los odios y calumnias de las clases dirigentes, que —con razon— vieron en él a su enemigo mas mortal.

«Durante tres cuartos de siglo el desarrollo del comunismo ha recorrido un camino áspero y desigual debiendo sufrir, junto a las violentas tempestades los peligros de la decadencia y junto al triunfo las graves derrotas. No obstante, en substancia, el movimiento siguió el camino que el Manifiesto del partido Comunista habia predicho. La época de la última lucha decisiva ha llegado mas tarde de lo previsto y esperado por los apóstoles de la revolucion social, pero ha llegado. Nosotros, comunistas, representantes del proletariado revolucionario, de varios países de Europa, América y Asia, reunidos, en Congreso en Moscú, nos sentimos honderos y ejecutores de aquella gran causa cuyo programa fué anunciado hace setenta y dos años.

«Nuestro deber es reunir las experiencias revolucionarias de las clases trabajadoras, para llevar el movimiento hasta la indiferencia del oportunismo y de los elementos patriótico-sociales; en unir las fuerzas de todos los elementos revolucionarios genuinos del mundo proletario, y proseguir hasta facilitar y conseguir la victoria de la revolucion comunista.

«En estos momentos, durante los cuales, toda la Europa entera se encuentra cubierta de montones de ruinas humeantes, los principales autores del incendio están ocupados en descubrir a los responsables de la guerra. Les ayudan en esta tarea profesores, politiqueros, periodistas, social patriotas y otros puntales de la burguesía.»

El manifiesto se preocupa después de señalar la responsabilidad de la guerra, que recae por igual parte a todos los gobiernos burgueses de Europa. Se refiere

también a las predicciones del socialismo en el curso de una serie de años, por los cuales se tenía la convicción de la inevitabilidad de una guerra imperialista, señalando como causas el egoísmo insaciable de las clases dirigentes de los dos principales grupos y de todos los países imperialistas en general. El manifiesto condena asimismo la actitud de los socialistas traidores, cuyo comportamiento en la guerra es de sobra conocido. Señala la participación de Wilson en su reconciliación con el bloqueo inglés, como un gran negociado de la bolsa americana, que se saciaba con el provecho de la sangre vertida en Europa. Patentiza las condiciones del régimen capitalista que aparecieron durante y después de la guerra bajo la forma de sufrimientos causados por el hambre y el frío, las epidemias y la desmoralización.

«La catástrofe de la guerra imperialista aertó un golpe a todas las conquistas de la lucha profesional y parlamentaria.» Las despreciables charlas de los eunucos de cátedras burguesas y de los mandarines del oportunismo socialista, debelaron la inutilidad del doctorado oficial y de la farsa politiquera. En ambas coyunturas del régimen capitalista, se articulan los instrumentos a su servicio. Trata del severo transtorno que ha sufrido la base económica de todas las naciones dependiendo de la producción capitalista. Habla de la autodeterminación de los pueblos; de esa mentirosa base del programa Wilsoniano, y dice: «mientras los aliados oprimen y violentan las pequeñas y débiles naciones, exponiéndolas al hambre y al envilecimiento, estos accesan — exactamente como solían proceder antes los imperialistas de las potencias centrales — de hablar del derecho de Auto-decision de las naciones, derecho que ellos estan hollando en Europa y otros continentes». Después expone que solamente la revolución proletaria es la única que puede asegurar a las pequeñas nacionalidades la posibilidad de una libre existencia, asociando a todos los países débiles y pequeños y dándoles garan-

ñas para desenvolver independientemente su propia cultura nacional, sin detrimento de la unidad y centralización económica de Europa y del mundo entero.

El manifiesto se refiere también a la suerte de las colonias, y dice que la última guerra tuvo en grado sumo el objetivo de las conquistas coloniales.

«Nunca como ahora las poblaciones coloniales fueron arrastradas a semejante punto en una contienda europea. «¿En nombre de qué cosa? ¿En nombre del derecho a llamarse esclavo de Inglaterra o de Francia? «Nunca como ahora la vergüenza del dominio capitalista en las colonias se puso de relieve con mayor crudeza y nunca, como esta vez, el problema de la esclavitud colonial se reveló más agudamente.

«Esta es la causa de la serie de revueltas abiertas y de la gestación revolucionaria que se advierte en todas las colonias.»

Y al terminar este capítulo, el manifiesto dice: «¡Esclavos coloniales de Africa y Asia! La hora de la dictadura proletaria en Europa sonará también para vosotros, como la hora de nuestra común emancipación.»

Mas adelante el manifiesto desdeña las rancias críticas que hace la burguesía imperialista y los socialistas renegados al nuevo régimen proletario del comunismo, y dice: «Mientras repudiamos las vacilaciones, la mendicidad y la superficialidad de los partidos socialistas muertos, nosotros, comunistas de la Tercera Internacional, nos sentimos sucesores directos de los heroicos esfuerzos y del martirio de una larga serie de generaciones revolucionarias desde Babeuf hasta Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo.»

Después de invitar a los proletarios a unirse bajo el estandarte del comunismo que ha obtenido su primera gran victoria, el manifiesto del primer Congreso de la Tercera Internacional termina con las textuales

palabras del Manifiesto escrito en 1847 por Marx y Engels:

«PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES UNÍOS»,

El Primer Congreso de la Tercera Internacional se preocupó más de su organización y de la fundación de esta que de votar grandes resoluciones; pero sin embargo, votó algunas de mucha importancia, que solamente enumeraremos, por la tiranía del espacio.

I.—Se votó una decisión concerniente a la constitución de la Internacional Comunista (2 de Marzo de 1919). Por ella la Conferencia Comunista decide constituirse en Tercera Internacional y adoptar el nombre de Internacional Comunista, no importando la proporción de los votos que la eligieron. Se da ocho meses de plazo a los partidos socialistas, grupos y organizaciones para su adhesión a la Tercera Internacional.

II.—Se votó las propuestas concernientes a la constitución de la Tercera Internacional. Esto se refiere a los partidos que proponen la fundación de la Tercera Internacional. Se establece la necesidad de luchar por la dictadura del proletariado que reclama una organización única, compacta e internacional de todos los elementos comunistas. Se declara también que organizar un «centro» es para los comunistas un deber, sobre todo por el peligro de la internacional de Berna, que propicia la unidad de los restos descompuestos de la vieja internacional; se cree de necesidad trazar un límite de los elementos revolucionarios para apartarlos de los elementos traidores del socialismo. Se piensa que si los partidos comunistas no lograsen constituir la Internacional Comunista, carecerían de unanimidad, demostrando la debilidad de esta ante los elementos indecisos del proletariado. La constitución de la Tercera Internacional aparece como un imperativo histórico, por lo cual la conferencia estima de su deber fundarla.

III.—Se votó una decisión concerniente a la organización, por la cual se declara utilizar de inmediato los órganos necesarios para dar comienzo a la labor del congreso. La constitución definitiva—a propuesta del Bureau— se efectuará en el próximo congreso. La dirección de la Internacional Comunista, se confía a un Comité Ejecutivo, que se compone de los partidos comunistas mas importantes. Se insinúa a los partidos de Rusia Alemana, Austria alemana, Hungría, Federación Balkánica, Suiza y Escandinavia, para que envíen sus representantes al primer Comité Ejecutivo.

Se declara disuelto el grupo de Zimmerwald, considerándose que su importancia histórica ya pasó. Se pide que los documentos de Zimmerwald pasen al archivo de la Tercera Internacional; se afirma que todo lo que ha habido de revolucionario en Zimmerwald, se adhiere a la Tercera Internacional Comunista. Firman: Rakovsky, Lenin, Trotzky, Platten y Zinoniev.

El segundo Congreso de la Tercera Internacional preparado para los meses de Julio y Agosto de 1920, votó una resolución importantísima, que se refiere a las «condiciones» precisas de admision de los partidos comunistas en el seno de la Tercera Internacional. Mas adelante, en capítulo aparte, hablaremos de los veintiun puntos que precisan estas condiciones. Se refiere principalmente la tesis de esta resolución, a los partidos que recientemente constituian o formaban parte en la agonizante Segunda Internacional, y que hoy solicitan, acudiendo en masa, su adhesión a la Internacional Comunista. Con el fin de evitar los peligros que importa la formación de los viejos partidos socialistas, de tendencias «centristas» y reformistas, en el seno de la Tercera Internacional, se somete a los noviciados a esas estrictas condiciones para su admision.

Al presentar esta tesis sobre los Partidos Comunistas y la cuestión Parlamentaria, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, ha visto con cla-

ridad el hecho irremediable de la destrucción completa de la Segunda Internacional. Los partidos intermedios —oportunistas— y los grupos del «centro», viendo su situación desesperada, se esfuerzan por apoyarse en la Tercera Internacional, cada día más fuerte, esperando así mismo obtener la conservación de su «autonomía», que les permita seguir ejerciendo una política de oportunismo, porque hasta cierto punto la Tercera Internacional ha entrado de moda. Pero con las condiciones presentadas por el Comité Ejecutivo al tercer Congreso de la Internacional Comunista, es imposible que esos grupos y partidos entren a formar parte de ella.

Esas condiciones son absolutamente necesarias para mantener incólume las fuerzas de la revolución, libres de todo contacto dañino, evitando con esto que la Internacional Comunista, sufra las consecuencias del desastre tal cual le ocurrió a la Segunda, por su falta de disciplina y unidad moral.

La Segunda Internacional claudicó, porque sus militantes no se impusieron una disciplina de hierro para mantener su unidad y firmeza en el momento de la acción. Cada partido socialista nacional en la guerra, defendió la situación de su respectivo gobierno, olvidándose que el socialismo tenía carácter internacional. En esto se parecieron sorprendentemente a los internacionalistas de la iglesia, porque cada Dios nacional, fué atado al cañón nacional, teniendo generalmente la iglesia un carácter internacional.

El Comité Ejecutivo presentó asimismo, al Segundo Congreso de la Internacional Comunista las siguientes tesis:

Papel del Partido Comunista en la revolución mundial, por Nicolás Lenin; tesis sobre el Movimiento Sindical y los Comités de fábrica y talleres, por el mismo; cuándo y en qué condiciones pueden crearse Soviets de Diputados obreros?, por Zinoviev; tesis sobre

la Cuestion Agraria, por Nicolas Lenin; la importantísima tesis sobre los problemas de las Nacionalidades y las Colonias, aprobada por el Comité Ejecutivo; un suplemento a la tesis sobre el Parlamentarismo o sea un Proyecto de instrucciones a los diputados comunistas miembros de los parlamentos burgueses, y a los comités centrales de los partidos comunistas.— Estatutos de la Internacional Comunista; tesis sobre las tareas fundamentales de la Internacional Comunista; por N. Lenin; y otras sobre las cuales sería extenso tratar.

El Comité Ejecutivo presentó tambien al Segundo Congreso, un informe bien detallado sobre diversas cuestiones que tratan, de las condiciones generales del trabajo del Comité Ejecutivo; del Organó Central del Comité Ejecutivo; de la accion del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, contra la internacional amarilla; de la relacion del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y los Sindicatos; de la relacion del Comité Ejecutivo con la organizacion de la Juventud Comunista; y de lo que el Comité Ejecutivo debe hacer para conquistar la adhesion de la organizacion internacional de los obreros; del envío a los diversos países de representantes del Comité Ejecutivo; de la ayuda pecuniaria a los partidos fraternales; del bureaux de la Internacional Comunista en los diferentes países; de la actitud del Comité Ejecutivo con respecto a la huelga del 21 de Julio de 1919; del Comité Ejecutivo y la cuestion de oriente; de las directivas de principio del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y la cuestion que trata del Comité Ejecutivo y la preparacion del Segundo Congreso Internacional. La exposicion de este Informe la ha presentado minuciosamente el camarada Zinoviev.

El Segundo Congreso de la Tercera Internacional Comunista, por intermedio de su Comité Ejecutivo, como vemos, ha tenido que abordar un vastísimo trabajo de organizacion y preparacion, para afrontar las lu-

chas del porvenir y del presente. Mucho mas se podría decir del Segundo Congreso todavia, pero, para nuestro objeto, basta con lo ya expuesto.

El tercer Congreso de la Internacional Comunista se celebró en el mes de Junio de 1921. De él tenemos hasta el presente, que escribimos estas páginas, pocos detalles; sabemos naturalmente, sí, que él fué la mas magnífica afirmacion de principios de la Tercera Internacional y de su gran razon de ser en la historia. Casi la totalidad de los países del mundo, estuvieron representados directa o indirectamente; sin contar a los representantes de la Juventud Comunista, organizacion que tiene 800 mil miembros en la actualidad; del Bund de Polonia; de la oficina de Propaganda del Lejano y Cercano Oriente... Los delegados con derecho a voto pasaron de 300 y pasaron de ciento los invitados.

A manera de ilustracion, reproducimos la relacion que un diario socialista del país, hiciera respecto al Programa del Tercer Congreso de la Tercera Internacional. Helo aquí resumido:

PROGRAMA DEL TERCER CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

«El tercer congreso universal de la internacional comunista fué convocado para el 10. de Junio, en Moscú.

«Desde el segundo congreso, la mayoría de los partidos abrieron un largo debate sobre los puntos indicados por el Comité Ejecutivo. Casi en todas partes se ha producido la escision entre los comunistas y centristas. Este período ha sido de la diferenciacion de los verdaderos partidos comunistas.

«El tercer congreso que deberá deducir las conclusiones de esa labor realizada: dará a la internacional comunista su forma y táctica definitivas.

«La orden del día del tercer congreso tiene, en primer lugar, el Informe del Comité Ejecutivo. Este comité tuvo que tomar una participación directa en las campañas que caracterizan este período para muchos partidos. Toma la responsabilidad de sus decisiones ante el congreso, que deberá formular un juicio sobre su actitud.

«La segunda cuestión de la orden del día es la crisis universal y los nuevos fines de la internacional.

«Partiendo de los hechos y del análisis de esa crisis, el congreso deberá señalar a los trabajadores del mundo entero la falsedad de los conceptos reformistas y la torpeza de los que creen en el posible renacimiento del capitalismo.

«El congreso deberá ocuparse de los experimentos realizados por los trabajadores de Rusia, de Alemania y demás países. Le tocará formular exactamente la táctica de los partidos comunistas, táctica que debe apartarse tanto del sectarismo como del afán de lograr éxitos efímeros, pero que ha de conducir a una unión estrecha con las masas proletarias y mantenerse inquebrantablemente fieles al marxismo revolucionario.

«Los puntos quinto y sexto se relacionan con el movimiento profesional, la lucha contra la internacional amarilla de Amsterdam, el consejo internacional, y los sindicatos rojos.

«El congreso deberá definir, sobre todo, las relaciones entre el consejo internacional de los sindicatos y la internacional comunista. Todas las organizaciones deben estudiar esta cuestión y llevar al congreso una decisión preparada con madurez.

«Los puntos séptimo y octavo son dedicados a las cuestiones de organización interna de los partidos, al método y al contenido de su acción, a la estructura de la internacional y a sus relaciones con los diversos partidos.

«El congreso tendrá que examinar: 1o La constitucion de cada partido considerado aisladamente: 2o. Los límites de la autonomía concedida a cada uno de ellos con relacion al comité ejecutivo y a la centralizacion necesaria.

«El punto noveno, se ocupa de la cuestion de Oriente. En el segundo congreso de la Internacional comunista, esta cuestion fué encarada desde el punto de vista teórico; el tercer congreso deberá estudiarla desde el punto de vista práctico.

«El punto décimo es muy importante: la cuestion de Italia. Bajo la influencia de Serrati, el congreso de Liorna se ha negado a aplicar las 21 condiciones del segundo congreso de la internacional comunista. Los obreros comunistas de Italia han constituido un partido comunista que ha sido reconocido como la única seccion italiana de la III Internacional. El comité ejecutivo somete la cuestion a la decision del congreso.

«La orden del dia menciona a continuacion la actitud del partido obrero de Alemania y el movimiento femenino y de la juventud.

«Para cerrar la órden del dia, el comité ejecutivo ha resuelto plantear el problema de la política económica y de la situacion general de la Rusia soviética.»

A la Tercera Internacional Comunista se han adherido hasta el presente momento los partidos comunistas de las siguientes naciones: Partido Comunista alemán (o espartaquista), Partido Comunista ruso (o maximalista), Partido comunista francés, Partido comunista británico, Partido Comunista italiano, Partido Comunista argentino, Partido comunista uruguayo, Partido Comunista checo eslovaco y los grupos y partidos comunistas de Austria, Polonia, Hungría, Finlandia, Lituania, Ucrania, Bohemia, Bulgaria, Yugoslavia, Suiza, Noruega, Holanda, Estonia, Armenia, Estados Unidos, Dinamarca, China, Turquía, etc. Además tenemos los siguientes datos traducidos del francés, de la

revista «La Internacional Comunista», órgano del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional:

Desde el 20 al 23 de abril de 1919, los trabajadores socialistas yugo-eslavos, acordaron unánimemente en su congreso nacional reunido en Belgrado, constituir un Partido Obrero Socialista único, es decir comunista, y participar su adhesión a Moscú, ingresando a la Tercera Internacional. El partido comunista yugoslavo cuenta en sus filas más de 120 mil miembros afiliados.

El 14 de junio de 1919 el ala izquierda del partido social demócrata sueco, vota la adhesión a la Tercera Internacional. En agosto del mismo año, el Partido Comunista de Galicia oriental, comunica su adhesión a la Tercera Internacional Comunista; en setiembre el Partido Socialista de Alsacia y Lorena, comunica su adhesión a la Tercera Internacional; en agosto de 1919 el partido socialista de Estados Unidos, en su Congreso vota la adhesión a la Tercera Internacional Comunista. En Estados Unidos existen dos partidos socialistas. El 20 de julio del mismo año, el Comité Central del Partido comunista polonés, anuncia la adhesión formal de su Partido a la Tercera Internacional. El 23 de octubre del mismo año, se comunica la adhesión del partido socialista británico. El 30 de octubre de 1919, una noticia análoga llega del partido socialista independiente de Baviera; el 20 de noviembre de 1919, se informa que el partido social demócrata danés, se adhiere parcialmente a la Tercera Internacional; en diciembre del mismo año, se recibe comunicación de adhesión de los partidos de Bohemia, Lorena y Méjico; en diciembre de 1919, el Comité Ejecutivo de la internacional comunista, es informado oficialmente de la adhesión a la Tercera Internacional del partido socialista de Yugoslavia, compuesto por 120 mil miembros. En el mismo mes de 1919 los socialistas coreanos anuncian su adhesión a la Internacional Comunista; el mis

mo mes de 1919 en el congreso del partido socialista español, 12.500 votos se pronunciaron por la Segunda Internacional y 14.000 por la Internacional Comunista. En el Congreso de los obreros de los países escandinavos (diciembre 1919) 268 delegados, representando 300 mil obreros, votan unánimemente las resoluciones comunistas. Los socialistas independientes alemanes adoptan (a principios de diciembre de 1919) en Leipzig las resoluciones de la Tercera Internacional. El 27 de Agosto 1919, K. Zoman secretario del partido comunista Austro-alemán, anuncia que el partido acepta el programa de la Tercera Internacional. En el Congreso de la Juventud comunista celebrado en 1919 en uno de los grandes centros de Europa, los delegados de 15 países representando a 220 mil ciudadanos, votaron por unanimidad la adhesión a la Tercera Internacional. Uno de los triunfos más importantes obtenidos por la Internacional Comunista, es sin duda, el resultado de la votación del Congreso del Halle, de los socialistas independientes alemanes, realizado en octubre de 1920. En este Congreso, la inmensa mayoría de los 900 mil afiliados con que cuenta el Partido Independiente alemán, se pronunciaron por su adhesión a la Tercera Internacional Comunista. Este partido cuenta con 81 diputados, que en su mayoría optaron por declararse partidarios de la Tercera Internacional. En la elección de 1920, alcanzó en las urnas 6000.000 de votantes.

El triunfo moral de los comunistas de Moscú, en esta ocasión, fué estupendo, grandioso! Esta victoria, sin duda alguna, se le debe en gran parte al presidente del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional, Zinoviev, que hizo acto de presencia en el Congreso, y cuyo enorme prestigio acarreó las simpatías de los independientes hacia Moscú. En el Congreso Comunista de los pueblos de Oriente celebrado en Bakú, en el mes de setiembre de 1920, obtuvo también, otro de sus más señalados triunfos la Internacional Comunista. 1.800

delegados estuvieron presentes en este Congreso, representando a diversidad de razas del Oriente. Rusia se hizo representar por Zinoviev, Radek y Belakun; estuvieron también presentes delegados de las secciones comunistas de Occidente de la Tercera Internacional. El discurso de Zinoviev, provocó una estruendosa demostración de saludo al gobierno del Soviet, y de amenaza a los enemigos de los trabajadores. A su regreso a Rusia, Radek, entrevistado, declaró: «Los delegados orientales están perfectamente informados respecto del conflicto de intereses entre las potencias. El odio contra Inglaterra ha establecido un vínculo entre estos pueblos. El desmembramiento de Turquía ha aumentado el entusiasmo entre los pueblos orientales para la lucha por su libertad. Rusia es el centro de la lucha contra Inglaterra. La mayoría aplastadora de los delegados, era de campesinos aferrados a sus creencias religiosas. Enver Bajá,—el delegado de Turquía—declaró en el Congreso que los pueblos orientales declinarán toda alianza con las potencias capitalistas y que el interés natural de Turquía está en ponerse de acuerdo con los Soviets de Rusia.

Muy grandes y demostrativas son las simpatías y adhesiones que ha recojido hasta el presente la Tercera Internacional Comunista de Moscú, de todos los trabajadores de la tierra. En los dos hemisferios del mundo, flamea ya, la bandera roja del Comunismo. La burguesía intranquila desde la fundación de la Tercera Internacional, no puede conciliar el sueño, y vive en permanente zozobra. El origen de este fenómeno psicológico, se debe a las conquistas ininterrumpidas que realiza la Tercera Internacional, considerada ya—tal cual la considerarían Marx y Engels—como una potencia entre las potencias de la burguesía.

Desde los trágicos días de la revolución de noviembre, el país donde se implantó el Comunismo, fué asediado y combatido cobardemente por las burguesías in-

ternacionales de Europa, Asia y América; pero singularmente se distinguió Francia, por su feroz imperialismo. El grito de guerra alemán «dárselo a ellos», quedó corto ante la avaricia francesa, que descargó todo el peso de su brutalidad militar contra la Rusia del Soviet.

El «crimen» de que acusaba Francia a Rusia, era la deuda de 30 mil millones que el zar había contraído con los banqueros franceses, cantidad que el estado comunista ruso, se negó a reconocer. Esta era entre otras, una causa ficticia, que sirvió de pretexto, para que los mercenarios eslavos, primero y despues, los de una multitud de naciones, avanzacen sobre Rusia, armados por Francia y socorridos por el oro de Inglaterra. Pero el fin primordial de la guerra contra Rusia era destruir el Soviet y ahogar en sangre el comunismo. Tarea vana e inútil fué esta. El proletariado del mundo entero respondió con su firme solidaridad, a la guerra de los estados capitalistas contra Rusia. Sucesivamente, el ejército rojo había vencido a los mercenarios eslavos y a los de Kolchak; mas tarde a los de Petlura, Yudenich y Denikin. El momento mas angustioso de Rusia se presentaba con la guerra de Polonia contra el Soviet. Porque esta no era una guerra contra Rusia, propiamente hablando, sino contra el comunismo de Rusia y del mundo entero.

Par otra parte, el terrible tirano Wrangel, consiguió créditos y armas en Francia, para organizar un ejército mercenario con qué atacar y conquistar a Rusia maximalista. Sobre trece frentes de guerra distintos, había vencido antes la Rusia del Soviet, y se encontraba ahora frente a dos guerras formidables, organizadas por la clase capitalista de Europa y América. El Japón, por su parte, conminaba el Oriente con un poderoso ejército, y abusivamente se posesionaba de Vladivostok. En esta terrible situación, Rusia estaba asediada, bloqueada por todas partes. Un grito de angustia se esperaba del Soviet; la burguesía aguardaba.

la hora de la derrota comunista. Pero esta no llegó. El ejército maximalista avanzó victoriosamente hasta las puertas de Varsovia, la capital polaca, y en la Crimea, Wrangel, era detenido por los férreos frentes del ejército rojo. Hubo un momento de espectación universal: El mundo entero clavó su mirada interrogadora, escrutando la suerte de Polonia y quizás si la de Europa central y occidental, al romper la barrera polaca los maximalistas. Los japoneses en Siberia también habían sido derrotados. No había duda que el ejército comunista aplastaba implacablemente a sus enemigos.

En esta emergencia, Francia se estremeció. El grito de angustia brotó de la burguesía francesa, pero no del corazón del Soviet, como se esperaba. Los meses de Julio y Agosto de 1920, fueron de terribles expectativas para la burguesía occidental. Francia envió apresuradamente sus técnicos militares para que enseñaran a Polonia a tomar posiciones estratégicas contra los maximalistas al propio tiempo, violando el territorio alemán, enviaba a Polonia por Alta Silesia, poderosos contingentes militares, para que esta lograra detener el avance maximalista sobre Varsovia; envió asimismo por el puerto independiente de Dantzig, enorme cantidad de armamentos y municiones, que los obreros se negaron a desembarcar.

Era un hecho que Francia arrojando la careta, dejaba su faz imperialista ante el mundo, lo mismo que Inglaterra, al patrocinar y amparar los crímenes de la burguesía francesa, su aliada, contra la Rusia Comunista. Las pretensiones de las burguesías de Francia e Inglaterra, quedaron al desnudo. Las otras burguesías de las naciones de Europa, —exceptuando a la recelosa burguesía de los imperios centrales—, la de Estados Unidos y el Japon estaban también listas para la conquista de Rusia y su aplastamiento militar...

Los obreros de toda Europa tuvieron un gesto alívio. Se levantaron en formidables manifestaciones de

protesta por la actitud de sus respectivos gobiernos, y amenazaron ir a la huelga general revolucionaria, en caso de que se declarara la guerra de los aliados contra los obreros rusos, que consideraban, un crimen cobarde e inhumano. Establecieron un severo boycott para Polonia y el general Wrangel.... En los muelles de los puertos ingleses no se encontraba un solo trabajador que estuviera dispuesto a embarcar un fusil para Polonia ni para Wrangel.

Los trabajadores ferroviarios de Alta Silesia, hicieron volar los carros cargados con municiones destinadas a Polonia. El ejemplo contagi6 tambien a los trabajadores de Am6rica. Los marinos en New York, se negaban a embarcarse en los barcos cargados con pertrechos de guerra, destinados a Polonia o a Crimea, donde operaba el bandido Wrangel. Los proletarios del Uruguay y Argentina celebraron en6rgicas manifestaciones de protesta contra la actitud de los aliados para Rusia. Los trabajadores de Chile, hurgaban el momento posible para exteriorizar sus simpatias hacia Rusia... «Ni un fusil, ni un hombre, ni una granada para Polonia o para Wrangel contra Rusia,» era la voz de orden del proletariado europeo. En Amberes fu6 detenido el material de guerra enviado por Francia al general Wrangel, de orden del gobierno belga, en vista de que los trabajadores sindicalistas se negaron a desembarcarlo de los navios. Los trabajadores austriacos hicieron un llamamiento al proletariado mundial, para que 6ste hiciera lo posible por sostener a los soviets rusos en su lucha heroica contra el capitalismo mundial, al mismo tiempo tomaron medidas para impedir que el material b6lico enviado por Francia a Polonia pudiera llegar a su destino por los pa6ses contrarrevolucionarios. Los obreros alemanes de Ratibor, (Alta Silesia), detuvieron un tren con tropas francesas destinadas a Polonia, obligando al maquinista a conducirlo a dep6sito. En igual forma, fueron detenidos tambien muchos trenes. Los socialis-

tas checoslovacos declararon francamente sus simpatías por los Soviets, frente a la guerra. Al mismo tiempo se proponía en el parlamento, por los diputados comunistas y socialistas el reconocimiento del gobierno del Soviet.

Seis millones de trabajadores británicos laboristas, enviaron un «ultimatum» al gobierno de Lloyd George, por intermedio de sus representantes, el que se le pedía no declarase la guerra al Soviet, y en caso de hacerlo, ellos irían a la huelga general revolucionaria. Thomas, representante de otros trabajadores dijo: «Debemos considerar a Francia como la perturbadora de la paz europea; Wrangel ha suprimido el carbon de la Galicia rusa y los mineros británicos suprimirán el de Francia.» En todos sus mítines, los laboristas entonaban la «Internacional» y la «Bandera Roja», como homenaje a Rusia. Los unionistas de Irlanda, enviaron un saludo a los laboristas de Inglaterra, en el que ofrecían su mas entusiasta cooperacion por la causa de Rusia. Una comision de laboristas británicos se dirigió a Francia, para recabar del proletariado francés su adhesion hacia Rusia. Esta comision fué expulsada por el gobierno francés; pero el proletariado de Francia respondió elocuentemente al llamamiento de sus hermanos de Inglaterra, para ayudar a Rusia. La prensa británica sin excepcion se pronunció virilmente contra el despotismo frances y contra las miras imperialistas de Inglaterra. Los diarios de Londres expresaban casi unánimemente asombro y profundo pesar, ante el «trágico error» de Francia. Los órganos laboristas y sindicales expresaron sus agrias opiniones contra Francia. El Daily Herald decia: «Francia es ahora el perro rabioso de Europa.» Refiriéndose a los acontecimientos en perspectiva el mismo diario escribía:

«Si Lloyd George se pronuncia hoy en favor de la guerra, el trabajo cesará mañana.» El candidato laborista-agrícola, a la presidencia de Estados Unidos,

exteriorizó públicamente sus simpatías hacia Rusia y telegrafió al presidente de los laboristas británicos, Adamson, felicitando al proletariado de Inglaterra por su magnífica determinación de resistir en cualquier forma la intervención armada contra Rusia. Una formidable propaganda se extendió al mismo tiempo también, a favor de Rusia y en contra de los aliados, entre el mundo musulmán. Los jefes musulmanes aconsejaban a sus prosélitos aceptar el maximalismo como principio fundamental de sus doctrinas. «Los principios del maximalismo son idénticos a los del islamismo—decían en sus proclamas—porque están basados en las doctrinas de la democracia.» Los trabajadores italianos que dieron al mundo el espectáculo más grandioso de su unión y solidaridad en el mes de setiembre de 1920, al tomar posesión de las fábricas, talleres, arsenales, campos y palacios, esta vez también exteriorizaron el sentimiento de su solidaridad por Rusia, por la Rusia del Comunismo marxista.

La guerra contra Rusia no se pudo declarar. La presión formidable de las masas trabajadoras del mundo, aterrorizó a la burguesía. Sucesivamente en las más importantes naciones de Europa, en ese entonces.—desde mediados hasta fin de 1920,—se desarrollaron trascendentales acontecimientos, inspirados en su mayor parte, en los grandes acontecimientos de Rusia. El proletariado inglés, tuvo la huelga más formidable de su historia; la huelga minera, que hizo vacilar sobre sus cimientos económicos a Inglaterra; el proletariado alemán, que tuvo en 1918 su revolución espartaquista del 9 de Noviembre, realizaba su Congreso del Halle, de trascendental importancia para la historia; Irlanda sostenía la más tenacísima lucha por su independencia, contra Inglaterra; en el Japón se vieron los síntomas del comunismo, los soldados llegados de Siberia, que combatieron al contacto con los maximalistas, propagaron estas ideas a su regreso; los proletarios italianos se posesio-

naban de las arterias industriales del país, antes que la burguesía pudiera evitarlo y establecieron soviets en Bolonia, Turin, Milán, Génova y en otras importantes ciudades; en Francia se desarrollaban grandes corrientes de comunismo, verificadas mas positivamente en el Congreso de Tours, y el proletariado francés era disuelto y condenado a ser considerado «fuera de la ley» cuando el gobierno de los renegados Briand y Millerand, ordenaba la disolución de la Confederación General del Trabajo

Señala también ese período la rebelión de los pueblos de Oriente, contra la tiranía de los imperialistas aliados. Especialmente el esclavizado pueblo turco. Muchos mas acontecimientos se realizaron, que se nos escapan de la memoria; pero al propio tiempo, la burguesía que hacía sus cálculos de rapiña en la conferencia internacional financiera de Bruselas, encerraba a Rusia y a todas las naciones soviéticas, con un cerco de alambre de púas; tal cual lo había ideado el viejo tigre Clemenceau.

Los imperialistas polacos fueron obligados a firmar la paz en Riga. Los maximalistas habían propuesto Minsk, pero los señores imperialistas se sintieron descontentos y propusieron Riga. Esta paz se ratificó algunos meses mas tarde. Mientras tanto el terrible bandido Wrangel, al servicio de Francia, era barrido en Crimea; despedazado su ejército de mercenarios por el heroico ejército de la revolución, hácia fines de 1920. Wrangel recibió como premio a sus servicios de bandido asalariado, el desprecio de la humanidad. Una vez mas la historia, había sentenciado a un traidor.

VI

LAS 21 CONDICIONES PARA ADHERIR A LA TERCERA INTERNACIONAL

Comentarios sobre las 21 condiciones de la Tercera Internacional.—Naciones que han aceptado esas condiciones

Ya hemos dicho en el capítulo precedente, que el segundo Congreso de la Internacional Comunista, elaboró las condiciones precisas de admisión de los partidos que soliciten su ingreso a ella. Dimos también algunas razones del por qué se somete a esas estrictas condiciones a los partidos que pretenden su ingreso a la Tercera Internacional. Esas razones las completamos con el comentario siguiente: el primer congreso constituyente de la Tercera Internacional no elaboró las condiciones para la admisión de los partidos. En el momento que se celebró ese congreso, solo había «tendencias» y «grupos» comunistas en las naciones. No había partidos ni organizaciones francamente comunista. El segundo congreso reunido en condiciones distintas del primero, encontró ya, en la mayor parte de los países, partidos y organizaciones comunistas, que recientemente pertenecían a la segunda Internacional; y esos grupos y partidos se han dirigido cada día en mayor número a la Internacional Comunista, sin tener todavía el carácter verdaderamente comunista; y para no verse amenazada por la invasión de grupos indecisos que todavía no han roto del todo con la ideología de la Segunda Internacional, la Internacional Comunista, ha estatuido esas severas condiciones, sin la aceptación de las cuales, no podrán ingresar a su seno los grupos y partidos ambiguos. Se teme sobre todo a los «coalicionistas», cuyo peligro

recuerdan perfectamente bien los comunistas de Moscú; el fracaso de la república húngara de los Soviets, le ha hecho experimentar las consecuencias de una alianza de los comunistas con los reformistas. Además se ha tenido en vista el caso de muchos partidos importantes, que se dicen comunistas, conservando en su seno a elementos reformistas y social-patriotas, que son un peligro para la organización comunista internacional y que solo esperan la ocasión para sabotear a la revolución proletaria, ayudando a la burguesía y a la carcomida y estéril segunda internacional.

Por estas razones, el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, ha fijado esas precisas condiciones para la adhesión de los nuevos partidos, y ha señalado al mismo tiempo las obligaciones que les incumben a los partidos afiliados. Esas condiciones son las siguientes:

1.—La propaganda y la agitación diarias deben tener un carácter efectivamente comunista. Todos los órganos de la prensa del partido deben ser redactados por comunistas seguros que hayan dado pruebas y demostrado su devoción a la causa de la revolución proletaria como de una fórmula sabida y corriente. La propaganda debe ser hecha de manera que resulte la necesidad de aquella para todo trabajador, para todo obrero, para todo soldado, para todo campesino, de los mismos hechos de la vida cotidiana, sistemáticamente anotados por nuestra prensa. La prensa periódica y todas las editoriales del partido deben subordinarse completamente a la dirección del partido sin tener en cuenta si el partido en su totalidad es legal o no, en un momento determinado. No se puede admitir que las editoriales abusen de su autonomía y sigan una política que no corresponda completamente a la del partido. En las columnas de la prensa, en las reuniones públicas, en los sindicatos, en las cooperativas, en todas partes donde tengan entrada los partidarios de la Ter-

cera Internacional, tendrán que desenmascarar sistemática e implacablemente, no sólo a la burguesía, sino también a su cómplices reformistas de todos los matices.

2.—Toda organización deseosa de adherirse a la Internacional Comunista debe regular y sistemáticamente, apartar de los puestos que impliquen la mas pequeña responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades, etc.) a los reformistas y a los centristas probados, sin temor a tener que sustituir, sobre todo al principio, oportunistas experimentados, por trabajadores salidos de las filas.

3.—En todos los países donde, a consecuencia del estado de guerra o de leyes de excepcion, los comunistas no tengan la posibilidad de desarrollar legalmente toda su accion la coordinacion de la accion legal y de la accion ilegal es indudablemente necesaria. En casi todos los países de Europa y de América la lucha de clases entra en el periodo de guerra civil. Los comunistas no pueden en tales condiciones fiarse, de la legalidad burguesa. Tienen el deber de crear en todas partes, paralelamente a la organizacion legal, un organismo clandestino, capaz de cumplir en el momento decisivo, su deber con la revolucion.

4.— Se impone una propaganda, una agitación sistemática y perseverante entre las tropas. Deben ser formados núcleos comunistas en todas las unidades. La mayor parte de ese trabajo ha de ser ilegal; pero rechazarlo sería una traición al deber revolucionario y por consecuencia incompatible con la filiación en la Tercera Internacional.

5.—Es necesaria una agitación racional y sistemática en los campos. La clase obrera no puede vencer si no está sostenida cuando menos por una parte de los trabajadores de los campos (jornaleros agrícolas y campesinos mas pobres) y si no ha neutralizada con su po-

lítica cuando menos una parte del campo atrasado. La acción comunista en los campos adquiere en este momento una importancia capital. Debe ser obra, principalmente, de los obreros comunistas en contacto con el campo. Negarse a realizarla o confiarla a semi reformistas dudosos es renunciar a la revolución proletaria.

6.—Todo partido que desee pertenecer a la Tercera Internacional, tiene el deber de desenmascarar, tanto como al social patriotismo declarado, al social pacifismo hipócrita y falso; se trata de demostrar sistemáticamente a los trabajadores que sin el derrumbamiento revolucionario del capitalismo, ningún tribunal arbitral internacional, ningún debate sobre reducción de los armamentos, ninguna organización democrática de la liga de las naciones, pueden impedir a la humanidad nuevas guerras imperialistas.

7.—Los partidos que deseen ingresar en la Internacional Comunista tienen el deber de reconocer la necesidad de una ruptura completa y definitiva con los reformistas y la política del centro, y de preconizar esa ruptura entre los miembros de las organizaciones.

La acción comunista consecuente sólo es posible a ese precio. La Internacional Comunista exige imperativamente y sin discusión esa ruptura, que debe ser realizada en el mas breve plazo.

La Internacional comunista no puede admitir que los reformistas convencidos como Turati, Kautsky, Hilferding, Hillquit, Longuet, Mac-Donald, Modigliani y otros, tengan derecho a considerarse como miembros de la Tercera Internacional. Semejante estado de cosas haría que se pareciera demasiado la Tercera Internacional a la Segunda.

8.—En la cuestión de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime naciones deben tener una línea de conducta particularmente clara y diáfana. Todo partido que pertenezca a la Tercera Inter-

nacional, tiene el deber de descubrir implacablemente las hazañas de «sus» imperialistas en las colonias; de sostener; no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias; de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli; de alimentar en el corazón de los obreros del país sentimientos verdaderamente fraternales hacia la población trabajadora de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, y efectuar entre las tropas de la metrópoli una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9.—Todo partido que desee pertenecer a la Internacional Comunista debe realizar una propaganda perseverante y sistemática en el seno de los sindicatos, cooperativas y demás organizaciones de las masas obreras. Deben ser formados núcleos comunistas cuyo trabajo tenaz y constante conquiste los sindicatos para el comunismo. Su deber ha de ser el de revelar en todo momento la traición de los social-patriotas y las vacilaciones del «centro». Esos núcleos comunistas han de estar completamente subordinados al conjunto del partido.

10.—Todo partido que pertenezca a la Internacional Comunista tiene el deber de combatir con energía y tenacidad a la internacional amarilla de los sindicatos fundados en Amsterdam. Debe, por el contrario, contribuir con todo su poder a la Unión Internacional de los Sindicatos rojos, adheridos a la Internacional Comunista.

11.—Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional comunista tienen el deber de revisar la composición de sus fracciones parlamentarias; de apartar de ellas a los elementos dudosos; de someterlas, no de palabra sino de hecho, al comité central del partido; de exigir de todo diputado comunista la subordinación de toda su actividad a los intereses verdaderos de la propaganda revolucionaria y de la agitación.

12.—Los partidos pertenecientes a la Internacional Comunista deben ser edificados sobre el principio de la centralización democrática. En la época actual, de encarnizada guerra civil, el Partido comunista no puede cumplir su misión si no está organizado de la manera más centralizada, si no es admitida en él una disciplina de hierro, rayana en la disciplina militar, y si su organismo central no está provisto de amplios poderes, no ejerce una autoridad indiscutible, ni goza de la confianza unánime de los militantes.

13.—Los partidos comunistas de países en que los comunistas militan legalmente, deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones, con el fin de separar los elementos pequeño-burgueses.

14.—Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional comunista deben sostener, sin reservas; todas las repúblicas soviéticas en sus luchas con la contrarrevolución. Deben preconizar incansablemente la negativa de los trabajadores a transportar las municiones y los aprovisionamientos destinados a los enemigos de las repúblicas soviéticas y realizar, legal o ilegalmente, la propaganda entre las tropas enviadas contra las Repúblicas soviéticas.

15.—Los partidos que conserven hasta ahora sus antiguos programas social demócratas tienen el deber de revisarlos sin tardanza y de elaborar un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones especiales de su país y concebido en el espíritu de la Internacional comunista. Es necesario que los programas de los partidos afiliados a la Internacional Comunista sean aprobados por el Congreso Internacional o por el Comité Ejecutivo. En el caso en que este último negara su sanción a un Partido, el Partido tendrá el derecho de apelar al Congreso Internacional Comunista.

16.—Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional comunista, lo mismo que las del Comité Ejecutivo, con obligatorias para todos los partidos afi-

liados a la Internacional comunista. Obrando en períodos de encarnizada guerra civil, la Internacional Comunista debe estar mucho más centralizada que lo que estaba la Segunda Internacional. La Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo deben tener en cuenta las condiciones de lucha tan variadas en los distintos países y no adoptar resoluciones generales y obligatorias más que en las cuestiones en que son posibles.

17.—Conforme con todo cuanto precede, todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista deben modificar su denominación. Todo partido que desee adherirse a la Internacional Comunista, deberá intitularse: Partido Comunista de (Sección de la Internacional comunista). Esta cuestión de denominación no es una simple formalidad; tiene también una importancia política considerable. La Internacional Comunista ha declarado una guerra sin cuartel a todo el viejo mundo burgués y a todos los partidos social-demócratas amarillos. Importa mucho que la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos «social-demócratas» o «socialistas» oficiales que han rendido la bandera de la clase obrera, sea más clara a los ojos de todos los trabajadores.

18.—Todos los principales órganos de la prensa del partido tienen la obligación de publicar los documentos oficiales de importancia del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

19.—Todos los partidos que pertenecen a la Internacional Comunista o han solicitado su ingreso, tienen la obligación de convocar a un Congreso Extraordinario lo más pronto posible; pero a más tardar dentro de cuatro meses después del Segundo Congreso de la Internacional Comunista, para examinar todas estas condiciones, teniendo que procurar todos los centros que todas las organizaciones locales se enteren de todas las resoluciones del Segundo Congreso de la Internacional Comunista.

20.—Aquellos partidos que ahora quieren ingresar en la Tercera Internacional, pero que no hayan cambiado radicalmente la táctica seguida hasta ahora, tienen que procurar, antes de ingresar, que por lo menos dos terceras partes de su comité central y de todas las instituciones centrales de importancia, estén compuestas por los compañeros que ya antes del Segundo Congreso de la Tercera Internacional se han declarado públicamente en favor del ingreso incondicional en la Tercera Internacional. Se permitirán excepciones de esta condición con el consentimiento del Comité Ejecutivo de la Tercera Internacional. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene derecho a hacer excepciones en favor de los representantes centristas aludidos en el párrafo 7.

21.—Los afiliados que rechacen las condiciones y principios de la Internacional Comunista deben ser expulsados del partido. Lo mismo rige para los delegados a Congresos extraordinarios.

Han aceptado hasta ahora esas condiciones, los partidos comunistas de los países que se expresan: Alemania, Francia, Italia, Rusia, Checo Eslovaquia, Inglaterra, Norte América, Polonia, Ucrania, Noruega, Yugo Eslovaquia, Bulgaria, Finlandia, Rumania, Letonia, Suiza, Holanda, Bélgica, Lituania, Suecia, Austria, Bakú, Georgia, Estonia, Dinamarca Luxemburgo, Persia, Turquía, Africa del Sur, Islandia, Méjico, Uruguay, Argentina, Corea, Australia, Nueva Islandia, Indias Irlandesas, Armenia, Japon, Galicia Oriental, Hungría, España, República de Siberia Oriental, Aserbeidjan, Grecia, Java,.. Los grupos comunistas de Irlanda, de la India, de China, del Turquestan, de Bakhara, de Mongolia, de Palestina, de Canadá, de Khiva y de América Central también han aceptado las condiciones de la Internacional Comunista, a pesar de no tener constituidos sus respectivos partidos, y además la liga internacional de la Juventud Comunista, que, como he-

mos dicho, cuenta con ochocientos mil miembros en sus filas. Hay que hacer constar también, que existen partidos socialistas como los de Chile, Bolivia, Brasil, etc., que aceptan desde luego, las condiciones de la Internacional Comunista, a pesar de no haber tenido ni representación consultiva ni oficial en los congresos de Moscú

VII

EL MANIFIESTO COMUNISTA

La Biblia del Socialismo Internacional.— Interpretación del Manifiesto Comunista

El eminente socialista argentino, doctor del Valle Iberlucea, decía en una conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho de Buenos Aires el año 1889:

«El «socialismo científico» o «Colectivismo»—que nosotros llamaremos más propiamente «Comunismo» por encerrar la acepción más completa del pensamiento revolucionario—es la doctrina formulada por Carlos Marx y Engels en el Manifiesto Comunista de 1847, doctrina que él primero desarrolló más tarde en «El Capital», libro famoso que es algo así como la Biblia del Marxismo... o lo que da lo mismo, del Socialismo Internacional.

El Manifiesto Comunista ha tenido gran influencia en la formación del pensamiento socialista. Su versión fué traducida a todos los idiomas, pero a pesar de esto, no ha sido generalmente leído, permaneciendo inaccesible para las masas obreras. Solamente han aquilatado su gran mérito, los socialistas más cultos e instruidos.

El ha sido no sólo la base esencial de toda la literatura socialista contemporánea, sino también la base definida de orientación que Marx señalara al

proletariado del mundo para su liberación económica, social y moral, en unión de ese grande hombre que fué su más noble amigo y colaborador, Federico Engels.

Antes que Marx, nadie había señalado una solución para que el proletariado pudiera orientarse en su lucha contra la burguesía y expusiera con exactitud su pensamiento respecto del porvenir. Después que Marx la señalara en su célebre manifiesto, aparecieron muchos doctores remendones y reformistas, que repitieron la fábula de Colón, cuando hizo detener un huevo ovalado en posición vertical sobre una mesa, y exclamaron que aquello ya lo habían descubierto ellos, hacía mucho tiempo, antes que Marx.

Su título «Manifiesto Comunista» lo ha justificado Engels con estas palabras:

«Cuando su aparición no nos hubiéramos atrevido a llamarlo «Manifiesto Socialista». En 1847 se llamaba «socialista» a dos clases de jentes: primero a los que se habían adherido a los distintos sistemas utópicos, especialmente al fourierismo en Francia, y que solo lo constituían sectas atrofiadas y condenadas a desaparecer. Después vinieron los farmacéuticos sociales, los vendedores de panaceas, los curanderos de toda laya que pretendían remediar el malestar social, sin ofender al capital ni al provecho. En ambos casos eran jentes que se habían colocado fuera de todo movimiento obrero, y que más bien buscaban algún apoyo dentro de las clases llamadas «cultas». Por el contrario, aquellos de entre los obreros que convencidos de la insuficiencia de las revoluciones puramente políticas reclamaban un profundo trastorno en todo el orden social, se designaban con el nombre de «comunista». La palabra «socialismo» significaba en 1847 un movimiento burgués; la palabra «comunismo», por el contrario, servía para significar un movimiento obrero. El socialismo, por lo menos, en Europa Continental, tenía acceso en los sa-

iones, el comunismo, nó. Y como desde entonces empezamos a profesar valientemente el principio de que la emancipacion de la clase trabajadora ha de ser obra de los trabajadores mismos, he aquí porque no hemos vacilado en escojer la palabra.»

Los fundadores del «socialismo científico», fueron pues, “comunistas”, para distinguirse de los burgueses que se llamaban “socialistas”, aunque solo lo fueran de “salon” y no aceptaran la abolicion de la propiedad privada y de los instrumentos de produccion y de cambio. Con cuánta mayor justicia se aplica en nuestros días el nombre de «Comunistas», a los discípulos del gran Marx, que implantaron en Rusia sus teorías y fundaron la Tercera Internacional!

El Manifiesto Comunista tuvo su origen en una sociedad internacional de trabajadores, llamada “Federacion de Comunistas”, que por su carácter tan avanzado para la época, tuvo que ser secreta. En el congreso que esta sociedad celebró en Londres en el mes de Noviembre de 1847, se encargó a Marx y Engels la redaccion del Manifiesto, que debia ser detallado en sus análisis teóricos como en sus indicaciones prácticas, de forma que pudiese publicarse, —dado el ánimo reaccionario de la época— y al mismo tiempo sirviera realmente al objeto a que se le destinaba, definiendo con toda precision y claridad una indicacion doctrinaria para los socialistas y el proletariado en su lucha contra la burguesia.

La “Federacion de los Comunistas” estaba formada por un grupo de socialistas alemanes, restos de dos sociedades disueltas anteriormente por la policia francesa, la “Federacion de los Desterrados” y la “Federacion de los Justos”, que habian sido sucesoras de las sociedades de los “Derechos del hombre” y de las “Escoiones”, que conservaban las ideas de Barbés, Blanqui y aun contenian el espíritu comunista de Babeuf.

Después de la asonada revolucionaria de 1839 y de la dispersión de la «Sociedad de las Estaciones», los alemanes inscritos en la «Federación de los Justos» emigraron a Inglaterra y fundaron en Londres la ya citada «Federación de los comunistas» a la cual se afiliaron en 1843 Marx y Engels, y a estos dos insignes campeones del movimiento obrero universal, se les encargó la redacción del programa-manifiesto de la revolución.

Al comentar el manifiesto el objeto de su aparición, empieza declarando que «un espectro atormenta a Europa, el espectro del Comunismo», y que del hecho de haberse reunido en «Santa Alianza» todos los gobiernos burgueses de los viejos estados de Europa, el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales de Francia y los policías de Alemania, se desprende que el Comunismo es reconocido como una potencia por las potencias de Europa.

El manifiesto aborda después la tesis de los «burgueses y proletarios», declarando que «la historia de los pueblos no ha sido ni es otra cosa que la historia misma de la lucha de clases». Hace relación del desenvolvimiento de la sociedad humana, desde sus primeras épocas históricas, considerando que la sociedad capitalista organizada sobre los cimientos y ruinas del feudalismo es el más brutal de los sistemas conocidos, pues él «ha ahogado el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas glaciales del cálculo egoísta. De la dignidad ha hecho un simple valor de cambio, y ha substituido las numerosas libertades, tan caramente conquistadas, por la despiadada libertad de comercio. En una palabra, en vez de la explotación que velan los ideales religiosos y políticos, ha colocado una explotación franca, directa, brutal y desvergonzada».

«La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones hasta entonces tenidas por venerables y

veneradas; del médico, del jurista, del sacerdote, del poeta, del sabio, ha hecho obreros asalariados.»

«La burguesía ha arrancado el velo de la tierna poesía que envolvía las relaciones de familia, para convertirlas en frías relaciones de dinero.»

El papel de la burguesía en la historia, ha sido un papel esencialmente revolucionario; en todas partes donde ha conquistado el poder «ha hollado con sus pies las relaciones feudales, patriarcales e idílicas; los variados lazos que unían al hombre feudal con sus superiores, los ha roto sin piedad para no dejar subsistente sino el frío interés, el vil dinero contante y sonante.»

En su papel de revolucionaria la burguesía no existe, sino revolucionando constantemente los instrumentos de trabajo; «la forma de producción, por consiguiente; todos los medios sociales en suma.» La burguesía va arrollando a su paso las tradicionales relaciones sociales, profundamente arraigadas con su cortejo de creencias y de ideas sancionadas por los siglos. Todo lo que era estable se conmueve, todo lo que era sagrado se profana y los hombres miran al fin estas cosas «con los ojos del desencanto». La burguesía ha creado sus medios de comunicación, empujada por la necesidad para establecerse en todas partes del universo. Por medio de la explotación del mercado mundial la burguesía ha impreso un carácter cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países, quitándole a la industria su base nacional, a pesar de todas las recriminaciones de los reaccionarios. Todas las industrias nacionales desaparecen y pasan a tener un carácter internacional. Hasta las naciones más bárbaras son arrastradas por la corriente de la civilización de la burguesía al perfeccionar con la mayor rapidez posible sus medios de producción y de tráfico.

«El abaratamiento de sus productos es la artillería de sitio que abrirá brecha en esas murallas de China y

hará capitular a los bárbaros por hostiles que sean al extranjero. Ella obliga a todas las naciones, bajo pena de muerte a adoptar la moda de producción burguesa; las obliga a introducir en sus Estados la titulada civilización, es decir, a convertirse en burguesas. En una palabra la burguesía modela el mundo a su imagen y semejanza.»

Mas adelante en el Manifiesto Comunista Marx y Engels, declaran que las armas con que la burguesía derribó al feudalismo servirán para darle muerte a ella misma, porque no solo existen esas armas, sino también los que han de manejarlas, «los proletarios modernos.»

Al mismo tiempo que la burguesía se ha ido desarrollando, se ha desarrollado también el proletariado. Los obreros obligados a venderse, como toda mercancía que sufre los vicisitudes de la competencia y las fluctuaciones del mercado, han tenido que agudizar su inteligencia para luchar contra la burguesía que los considera a una simple rueda de máquina, transformando en la industria moderna el papel del trabajador, que, queda despojado de su carácter individual y de su atractivo.

El obrero después de haber sido víctima del fabricante que le paga un salario en dinero, es víctima de otros miembros de la sociedad burguesa: del pequeño propietario, del tendero, del prestamista.

La pequeña burguesía que está compuesta de pequeños industriales, comerciantes, pequeños rentistas, artesanos, horticultores; etc., cae también dentro del proletariado. En primer lugar porque no puede usar los procedimientos de la grande industria, teniendo que sucumbir a falta de capital en su lucha contra los potentados del dinero; después, porque su habilidad es despreciada por las nuevas formas de producción. «De este modo el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.»

Después de hacer a grandes rasgos la historia de la lucha de clases el «manifiesto comunista», es decir del antagonismo en todas las sociedades anteriores entre los poseedores y los oprimidos, concluye su primera parte declarando que «la condición precisa de existencia y supremacía de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares y la formación y aumento del capital; la condición del capital es el salario, que descansa exclusivamente en la competencia que se hacen los obreros entre sí. El progreso industrial, del cual es la burguesía agente pasivo e inconsciente, reemplaza el aislamiento de los obreros con la unión revolucionaria mediante la asociación. El desenvolvimiento de las grandes industrias va minando el terreno sobre el cual la burguesía ha establecido su sistema de producción y apropiación.»

«La burguesía está en camino de crear sus propios sepultureros. La caída de la una y el triunfo del otro son igualmente inevitables.»

Luego el Manifiesto señala la actividad de los comunistas frente a los proletarios en su conjunto.

«Los comunistas —dice— no forman un partido distinto y opuesto a los demás partidos obreros. Sus intereses no son en nada diferentes a los del proletariado. Tampoco proclaman principios que quieren imponer al movimiento obrero.»

«Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios sino en dos puntos: dentro de las diferentes luchas nacionales de los proletarios porque colocan por delante los intereses comunes del proletariado sin distinción de nacionalidades; dentro de las distintas fases evolutivas de la lucha entre proletarios y burgueses, porque no aceptan en definitiva ninguna de esas fases y defienden «en todos los casos» la causa del movimiento general obrero.»

«Prácticamente, los comunistas son la parte más decidida y avanzada de los partidos obreros de todos

los países; teóricamente se distinguen del resto del proletariado porque se dan cuenta exacta de las condiciones, marcha y fin que persigue el movimiento proletario.»

«El fin inmediato de los comunistas es el mismo que tienen todas las fracciones del proletariado: organización en partido de clase, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político.»

«Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan en manera alguna en ideas y principios inventados o descubiertos por este u otro reformador; no son más que la expresión general de las circunstancias reales de una contienda que existe, de un movimiento histórico que evoluciona ante nuestra vista. La abolición de una forma determinada de la propiedad no es el carácter distintivo del comunismo.»

«La forma de la propiedad ha sufrido cambios constantes y continuas transformaciones históricas. La revolución francesa abolió la propiedad feudal en beneficio de la propiedad burguesa.»

«El carácter distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la destrucción de esa propiedad burguesa.»

«Pero la propiedad burguesa es la última y la más perfecta expresión de la producción y apropiación de los productos, basados en el antagonismo de clases, es decir en la explotación de los unos por los otros.»

«En este sentido los comunistas pueden resumir su doctrina en esta brevísima proposición: **ABOLICION DE LA PROPIEDAD PRIVADA.**»

«A nosotros, comunistas, se nos ha reprochado que queramos abolir la propiedad personal adquirida por medio del trabajo, la propiedad, garantía de toda libertad, de toda actividad y de toda independencia.»

«Si se entiende que la propiedad adquirida por medio del trabajo es la del ínfimo burgués o la del modesto aldeano, propiedad anterior a la de la gran bur-

guesía, nada tenemos que derribar, porque la que progreso industrial no ha abolido ya, ese mismo progreso está en camino de acabar con ella.»

«¿Se refieren entonces a la propiedad privada, a los grandes dominios de la burguesía moderna?»

«Pero acaso el proletario adquiere la propiedad por medio de su trabajo asalariado? De ningún modo; lo que hace es crear capital, mejor dicho, crear esa propiedad que explota el trabajo del asalariado y que no puede acrecerse sino a condición de crear nuevo trabajo asalariado con el objeto de explotarle mas todavía. En su forma presente la sociedad se coloca entre estos dos términos antinómicos: capital y trabajo asalariado.» «Examinemos ahora las dos partes de este antagonismo».

Ser capitalista significa ocupar no solamente una posición personal, sino además una posición social dentro del sistema de producción. El capital es un producto colectivo, solo puede ponerse en movimiento por los combinados esfuerzos de una masa de individuos. En último término exige, para su funcionamiento los esfuerzos combinados de todos los individuos, de la sociedad. El capital no es, pues, una fuerza personal, sino una fuerza social.»

Después de extenderse con formidables razonamientos el Manifiesto Comunista a cerca de la ilegitimidad de la propiedad privada capitalista, entra a analizar la constitución de la familia y dice:

¡Suprimir la familia! Aun los mas radicales se indignan calificando execrable esta intención de los comunistas. Veamos cual es la base de la familia burguesa de nuestra época. No es otra cosa que el capital, la ganancia individual. La familia no existe en su verdadero estado sino entre la burguesía, pero encuentra su complemento en la prostitución pública y en la supresión de esas decantadas relaciones de familia en el proletario. La familia del burgues desaparece naturalmen-

te a medida que va desapareciendo su complemento necesario, y el uno y la otra se extinguiran con la desaparicion del capital.

Nos reprochais que queramos abolir la explotacion de los niños por sus padres? Esta, para nosotros, es un crimen.

Pretendeis que rompemos los lazos mas queridos substituyendo la educacion doméstica por la educacion social. ¿Acaso no han determinado vuestra educacion la sociedad, las condiciones sociales en las cuales educais a vuestros hijos y la intervencion directa e indirecta de la misma sociedad en vuestras escuelas? Los comunistas no han inventado la influencia de la sociedad en la educacion, no han hecho sino cambiar el carácter de ésta, arrebatando la educacion a la clase directora.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educacion, sobre los lazos tiernísimos que unen a los niños con sus padres, son tanto mas hipócritas cuanto que la gran industria destruye todas las relaciones de familia entre los proletarios y convierte los hijos de estos últimos en simples objetos de comercio, en instrumentos de trabajo.

La burguesia en masa alza gran clamoreo, y nos grita: ¡vosotros comunistas, quereis establecer la comunidad de las mujeres! Para ella la mujer no es mas que un sencillo instrumento de reproduccion. Como el burgues oye decir que los instrumentos de produccion seran puestos en comun, saca la natural conclusion de que habrá comunidad de mujeres. No sospecha que de lo que se trata precisamente es de otorgar a la mujer otro papel muy distinto al de simple instrumento de reproduccion.

Ademas nada es tan cómico como ese horror ultra moral que inspira a nuestros burgueses la supuesta comunidad oficial de las mujeres entre los comunistas. Estos no tienen necesidad de ello porque casi siempre ha existido.

Nuestros adversarios no contentos con tener a su disposición las mujeres e hijas de los proletarios —sin referirnos a la prostitución oficial, —encuentran singular placer en tomarse las suyas.

El matrimonio burgues es, en realidad, la comunidad de las mujeres casadas. De manera, pues, que a lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer substituir la comunidad de mujeres, hipócrita y disimulada que existe en nuestros días, con otra franca y oficial. Por lo demás es evidente que con la abolición de los beneficios actuales de la producción, la comunidad de mujeres que es su derivado, es decir, la prostitución oficial, y no oficial, desaparecerá.

En seguida el manifiesto entra a tratar la cuestión de la Patria, la de la Religión, la de la Filosofía y la de la Ideología.

Se acusa a los comunistas de querer abolir la patria, y por ende, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen. Lo que hay es que el proletariado de cada país debe en primer lugar constituirse en clase nacional dentro de sus límites nacionales; por eso es nacional, aunque no tenga el vocablo el sentido que le dan los burgueses.

Los antagonismos y demarcaciones de los pueblos van desapareciendo a medida que se desarrolla la burguesía; que se establece la libertad de comercio y el tráfico mundial, que resultan uniformes la producción industrial y los medios y maneras de conducirse y de vivir.

Todavía desaparecerán mas presto con el advenimiento del proletariado, toda vez que la acción común de éste, por lo menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de emancipación.

Abolid la explotación del hombre por el hombre, y habréis suprimido la explotación de una nación por otra nación.

En cuanto a las acusaciones que se nos hacen en nombre de la Religión, de la Filosofía y de la Ideología ni siquiera merece examen profundo.

¿Se necesita acaso estar dotado de superior inteligencia para comprender que lo mismo que la conciencia humana, las concepciones, las nociones y los puntos de vista, en una palabra, se modifican también al par que las relaciones sociales y que la existencia social? ¿Qué otra cosa nos prueba la historia del pensamiento, sino que la producción intelectual se transforma con la producción material?

¿Acaso las ideas predominantes en cualquier época, fueron ideas propias de la clase directora?

Cuando se habla de ideas que revolucionan una sociedad entera, se enuncia tan solo el hecho de haberse formado en el seno de una sociedad vieja los elementos de una nueva sociedad, elementos que acabarán por disolver las antiguas relaciones sociales.

Cuando la Edad Antigua declinaba, todas las religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas cristianas hubieron de ceder el paso a la filosofía de los enciclopedistas, la sociedad feudal libraba su postrer combate con la burguesía entonces revolucionaria. La libertad religiosa y la de conciencia proclaman solamente el reinado de la competencia libre en los dominios de la inteligencia.

«Si, — se dirá — se está de acuerdo en que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas y jurídicas se modifiquen en razón del desenvolvimiento histórico. Pero la Religión, la Moral, la Filosofía, la Política y el Derecho subsisten a pesar de esas transformaciones. Existen, además, verdades eternas como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todas las condiciones sociales; ahora bien, el comunismo las derriba, y, por ese hecho, está en completa contradicción con la evolución histórica anterior.»

¡Objeción insignificante! La historia de todas las sociedades pasadas es producto de los antagonismos de clases que han revestido formas diferentes según las épocas. Cualquiera que sea la forma, siempre existirá el hecho, común a todos los siglos pasados, de que una parte de la sociedad ha sido explotada por la otra.

¿Qué de extraño será pues, que se traten de abolir todas esas formas, haciendo desaparecer el antagonismo de clases?

La revolución comunista es la ruptura radical con las relaciones de la propiedad tradicionalista. ¿Qué de extraño tiene pues; que en el curso de su desarrollo rompa radicalmente con esas viejas ideas?

El Manifiesto Comunista entra después a analizar las medidas necesarias para trastornar totalmente las actuales formas de producción; pero aunque no son suficientes y sostenibles, pueden sin embargo tener una aplicación, sobre todo en los países mas adelantados para los cuales propone medidas de esta naturaleza:

Expropiación de la propiedad de las tierras y confiscación de la renta por el Estado, impuestos fuertemente progresivos; abolición de la herencia; confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y rebeldes; centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional que tenga un monopolio exclusivo; centralización por el Estado de todos los medios de transporte; aumento de los instrumentos de producción y de las fábricas nacionales por el estado; preparación de las tierras incultas y mejoramiento de las tierras en cultivo conforme a un sistema general; trabajo obligatorio para todos, organización de ejércitos industriales, especialmente para el desarrollo de la agricultura; combinación del trabajo agrícola e industrial y adopción de medidas destinadas a la fusión de la ciudad y el campo; educación pública gratuita para todos los niños; supresión del trabajo de los mismos en las fábricas, tal como se practica hasta nuestros días;

combinación de la instrucción con la producción material, etc., etc.

Una vez extinguida la lucha de clases y concentrada toda la producción en manos de los individuos asociados, el Poder público perderá su carácter político. Propiamente hablando, el poder político es la organización del poder por una clase con el objeto de oprimir a la otra. Si el proletariado, al fin, se constituye y erige por medio de una revolución en clase directora, y como tal destruye violentamente los antiguos medios de producción, destruirá al mismo tiempo las condiciones que provocan el antagonismo de clases, demoliéndolas todas y estableciendo su predominio como elemento directivo.

En lugar de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y antagonismos, surgirá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será condición del libre desenvolvimiento de todos.

Entra en seguida el Manifiesto a hacer un análisis de la «literatura socialista» y comunista, presentando en su estricto valer todo el socialismo reaccionario de la época. Marx no conoció el «socialismo amarillo» de los revisionistas Kautsky, Vandervelde, Turatti, Hilferding, Hillquit, Longet, Martov, Chernov... por eso analizó nada más que el «socialismo feudal», el «socialismo de los pequeños burgueses», el «socialismo alemán» (que tuvo las pretensiones de ser el «verdadero socialismo»), el «socialismo conservador» o burgués, y el «socialismo y comunismo crítico-utópico».

En el exámen analítico que Marx y Engels hacen del «socialismo feudal», ponen de relieve la posición histórica de las aristocracias inglesa y francesa en su lucha con el aborrecible advenedizo (la burguesía) bajos cuyos golpes sucumbieron una vez más, en la revolución francesa de 1830, lo mismo que durante el movimiento reformista inglés, ambas aristocracias. La

lucha de éstas contra la burguesía, no podrá ya ser cuestión de política, sino mas bien una lucha literaria.

Al final el manifiesto analiza la «posición de los comunistas respecto de los partidos de oposición»: Los comunistas —dice— combaten por los fines e intereses inmediatos de la clase obrera; pero a la vez que defienden el movimiento actual, representan el movimiento del porvenir.

Cita como ejemplos las relaciones que sostuvieron los comunistas con los Carlistas de Inglaterra y con los Reformadores agrarios de Norteamérica.

«En Francia, se alían al partido demócrata-socialista contra la burguesía conservadora y radical, pero reservándose siempre el derecho de criticar las frases e ilusiones que ha legado la tradición revolucionaria.

«En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, mitad demócratas-socialistas, en la acepción francesa de la palabra, mitad burgueses radicales. «En Polonia sostienen al partido que persigue, con una revolución agraria, la independencia nacional, es decir, al partido que hizo la revolución de 1846 en Cracovia.

«En Alemania combaten a la burguesía cuantas veces procede revolucionariamente respecto de la propiedad de la tierra feudal y de la pequeña burguesía.

«Pero en ningún momento abandona este partido la tarea de formar y desarrollar entre los obreros un concepto claro y transparente del antagonismo profundo que existe entre la clase acomodada y el proletariado a fin de que llegada la oportunidad, los obreros alemanes sepan convertir las condiciones sociales y políticas que el régimen burgués ha creado, para que destruidas las clases reaccionarias de Alemania, pueda emprenderse la lucha contra la misma burguesía.

«En contra Alemania principalmente que los comunistas ponen su atención, porque Alemania se encuentra en vísperas de una revolución burguesa, y

porque ésta se realizará en condiciones mas avanzadas de civilización europea y con un proletariado infinitamente mas capaz que el de Inglaterra y Francia en los siglos XVII y XVIII; por consiguiente, la revolución burguesa alemana será un breve prelude de la revolución proletaria.

«En suma, los comunistas apoyan en todas partes el movimiento revolucionario contra el estado de cosas sociales y políticas existentes.

«En esos movimientos ponen ante todo la cuestión de la propiedad como principio fundamental, cualquiera que sea la forma que haya revestido.

Por último, los comunistas trabajan para que haya inteligencia y unión en los partidos democráticos de todos los países.

«Los comunistas no se rebajan a disimular sus opiniones y sus fines. Altamente proclaman que no podrá llegarse a la realización de esos fines si no se derriba todo el actual orden social.

«Que las clases directoras tiemblen ante la idea de una revolución comunista. Los proletarios nada tienen que perder como no sean sus cadenas: en cambio, tienen un mundo que ganar».

Y termina el que hemos llamado trascendentalísimo Manifiesto, con estas palabras: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

VIII

LOS INTELLECTUALES Y LA TERCERA INTERNACIONAL

El movimiento socialista internacional.— El grupo «Clarté» de Paris.—Las juventudes revolucionarias

Un vasto movimiento socialista internacional se opera en nuestros días en todo el universo. La época

revolucionaria en que vivimos, es el fruto de otras grandes revoluciones precedentes. La revolución rusa es la sucesora de la revolución francesa, y de esta también son sucesoras las revoluciones de 1831, de 1848, y la Comuna de París. «Los sistemas políticos efectivos son siempre el resultado de la experiencia;—ha dicho Ingenieros— nunca improvisaciones inventadas por quiméricos utopistas.» La revolución de nuestros días que tiende a cimentar los sistemas de una nueva vida, es el resultado de hondas transformaciones pasadas del movimiento revolucionario precedente. Esta crisis del sistema político burgués a la que asistimos, es la consecuencia lógica de la transformación inevitable de la sociedad capitalista empujada por el movimiento socialista internacional. A diferencia de la revolución francesa que tendió a cimentar en su sistema político los privilegios de una clase, la revolución proletaria tiende a establecer un sistema de libre cooperación, en el que el privilegio desaparezca por completo de la faz de la tierra y entre en su dominio el reinado de la justicia y del amor: el reinado de la humanidad fraternizada.

La experiencia nos demuestra como ha pasado la sociedad humana por sus diversas épocas, siendo siempre víctima de sus propios errores, flaquezas, despotismos y miserias: ahora se quiere establecer en la humanidad un sistema de vida en donde no sean posibles, —como decía D'Amicis,—ni el hambre ni la desesperación, y en donde cada cual contribuyendo con su esfuerzo pueda hacer la felicidad comun, por la libre disposición del producto del trabajo humano.

La revolución rusa que representa la conquista inmediata del movimiento revolucionario actual, es pues, la expresión, de la experiencia revolucionaria pasada. Ella nos demuestra cómo los revolucionarios socialistas en sus luchas constantes, con sus contratiempos y fracasos del momento; con las traiciones su

fridas en sus filas, que trajeron la consecuencia del aborto de las falsas ideas encausadas en la Segunda Internacional, por los falsos apóstoles del socialismo, han llegado merced a su tesonera y constante acción, sufriendo rudos golpes de experiencia a implantar en Rusia, como corolario del movimiento socialista universal, su primera República Comunista.

Para realizar esa gigantesca labor que ha desarrollado el proletariado ruso, con la cooperación en parte, del proletariado internacional, ha sido menester empezar por desconocer la teoría burguesa y social-patriota, de la «evolución legal». «La necesidad no reconoce leyes», decía el canciller Aleman Bethmann Hollweg, cuando justificaba la violación del territorio belga, por el ejército alemán. La necesidad no reconoce leyes, también pensaron los trabajadores de Rusia, cuando se les intentó contener en el nombre de las leyes burguesas, al estallar la revolución. Infiltrada de ese instinto natural de conservación, la clase trabajadora de los otros países, dirá lo mismo, a su vez, cuando se les ponga por delante el espectro legalitario, para contenerla en su acción revolucionaria: «La necesidad no reconoce leyes»; sobre todo cuando esta necesidad, tiene su justificación histórica. La burguesía no ha tenido necesidad de las leyes para contener al proletariado, sino de la fuerza y de la violencia.

Será adjudicándose el mismo papel de la burguesía, como el proletariado por la fuerza y la violencia, la expulsará del poder, fundamentando las bases de una nueva organización social.

Para toda transformación social, ha sido menester crear en las masas el espíritu de revolución; es acercando al proletariado a las condiciones revolucionarias, como el temor de las leyes burguesas desaparece. El noble bolsheviki francés, Jacques Sadoul, señala en las tres grandes fechas del proletariado francés, ese espíritu revolucionario, que después de 1796, le asignaron los

primeros comunistas. Las tres grandes fechas francesas 1831, 1848, 1871, indican las tres grandes fechas proletarias, antes de las fechas rusas 1905 y 1917. La huelga lionesa de 1831, fué el primer movimiento insurreccional a base proletaria. El primer ensayo de revolución social a base económica se efectuó en Junio de 1848. La primera amenaza a la dictadura burguesa y la primera amenaza del poder político por los obreros, se realizó en la Comuna de París, en 1871. La revolución social de nuestros días asignándose el espíritu de las pasadas revoluciones, ha extendido su dominio por el mundo entero. La barrida de farsantes de la Segunda Internacional, trajo como una racha renovadora de aire al campo de la revolución mundial; los síntomas reformistas y pacifistas, encontraron su muerte en la purificación del campo revolucionario; la masa no estaba contagiada de muerte, y el proletariado accionó en el verdadero sentido de la revolución. El movimiento actual ha conmovido mas intensamente que nunca en la historia, las fibras proletarias del mundo. En los cinco continentes está desparramada abundantemente la semilla de la revolución. En el pasado histórico de la Primera Internacional, su punto culminante fué la Comuna de París; en el presente histórico, la revolución rusa marca el paso mas avanzado de la revolución proletaria.

La Tercera Internacional ha nacido con honor de esa revolución. Los frutos del resabio pasado dieron al desastre con la revolución húngara. La Segunda Internacional aun tenía sus tentáculos en Hungría para exprimir la sangre nueva del proletariado. El fracaso de Hungría fué determinado por los signos de debilidad de los dirigentes revolucionarios, al pactar con los reformistas, enemigos de toda dictadura proletaria y encubridores de los crímenes de la dictadura burguesa. Esa lección le ha servido demasiado al proletariado para no dejarse sorprender.

Las dos etapas de la revolución alemana fracasada, de Noviembre de 1918 y de la época que sucedió al levantamiento monárquico de von Kapp y de Lutwitz, también han sido una severa lección para el proletariado. Pero no obstante este desastre la firmeza del proletariado comunista alemán permanece inquebrantable para la revolución. En esto el proletariado alemán ha sobrepasado al proletariado húngaro, pues se ha sabido sobreponer con energía a su desastre, mediante su eficiencia revolucionaria, y está más firme cada día emprendiendo la tarea del porvenir. El proletariado húngaro demostró cierta debilidad al caer el soviét, de la cual le ha costado gran esfuerzo reponerse.

No obstante estos desastres, el movimiento socialista internacional se ha visto fortalecido no solo por las antiguas fuerzas que estaban en decadencia dentro de la Segunda Internacional, sino por fuerzas nuevas, que antes permanecieron alejadas del contacto revolucionario socialista; estas fuerzas vienen formando desde el Oriente el inmenso ejército proletario del porvenir. Los comunistas les han llevado aliento a las naciones oprimidas por el imperialismo capitalista, y por su «posición», que les señala el Manifiesto Comunista, se han puesto de parte de estos pueblos. Todos los pueblos de Oriente han proclamado el principio de aceptar las tendencias comunistas, como base de sus religiones perseguidas. Los nacionalistas turcos, que constituyen la avanzada revolucionaria de los jóvenes turcos, «(Kemalistas), han adoptado los principios comunistas como la base sagrada de sus propias tendencias religiosas, que proclaman el reinado de la verdadera democracia. Las organizaciones obreras de distintos países, inscriben en sus programas los fundamentos integrales de la Sindical Roja de Moscú. Ya no hay nación de la tierra donde el aliento revolucionario del Comunismo no llegue a vivificar la savia de las organizaciones proletarias.

El grandioso esfuerzo revolucionario de 1917 a 1920—sin paralelo en la historia—es la base incommovible de su cercana victoria. Esta base planteada sobre la sólida conciencia revolucionaria de la clase obrera, no la pudieron derrumbar las mas tenaces zancadillas del capitalismo universal.

Hoy ya es tarde para que se intente destruir el pedestal revolucionario de la clase obrera. Las injusticias cometidas contra el pueblo que planteó en la sorprendente realidad las doctrinas comunistas de Marx, hicieron estremecer los laboratorios y los gabinetes de los sabios, y estos tendieron su mirada hacia la vida que alumbraba la aurora de Rusia. Hoy gran parte de esos sabios vinieron al campo revolucionario y gastan su esfuerzo intelectual al lado de la humanidad revolucionaria, que lucha por la reconquista de los derechos de los hombres. En el olimpo de la intelectualidad contemporánea, brillan esos astros frente al impulso heroico de las masas, que evolucionan revolucionariamente. El valiente grupo «Clarté» de Paris, (Claridad), encabezado por Anatole France, Romain Rolland y Henri Barbusse, cuyo prestigio intelectual y moral es indiscutible, está realizando la más hermosa obra de acercamiento entre los pueblos, después de los horrores de la sangrienta guerra pasada.

Mientras los hombres se devoraban en la más sanguinaria carnicería de la historia, un hombre singular—después de Liebknecht—que había vivido en las trincheras todos los horrores de la guerra, escribía en un libro sencillo, una implacable maldición para la guerra asoladora del género humano, desencadenada por la codicia capitalista. Ese hombre es Barbusse, y su libro «El Fuego», es la anunciación de que la humanidad, hundida entre las ruinas de la civilización capitalista recobrará el sentido común perdido en veinte siglos de atrofiadoras batallas.

El grito de Barbusse ha despertado la conciencia

revolucionaria de las **multitudes**, especialmente en el campo de la juventud «La Internacional de los ex-combatientes» ha sido un eco **reflejo** del llamado de Barbusse, secundado por el **genio literario** de Anatole France y de Romain Rolland.

Qué libro mas sencillamente **elocuente** que este, que pinta al hombre con claridad de **visión**; que ve los horrores de la guerra y **participa** en ellos; que filosofa sobre su propia crueldad y que, sin embargo, **no** trepida en lanzarse al asalto de la muerte, para matar y ser matado? Ha ahí demostrado el **atrofiamiento** del **sentido común** en el **género humano** que se dice **razonador** y **consciente**.

No solamente **han** respondido al llamamiento del grupo «Clarté» de Paris los intelectuales del mundo, sino **tambien** las **juventudes** revolucionarias de todos los países. La «Federación Internacional de estudiantes socialistas, socialistas-revolucionarios y comunistas», respondió con un **saludo fraternal** al llamamiento de la «Internacional del Pensamiento», que compone el grupo «Clarté», siendo esta la primera **demonstración** evidente de la **unión** de las **fuerzas espirituales** revolucionarias del mundo, como las llamaría Romain Rolland.

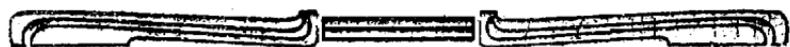
Las **fuerzas revolucionarias** del mundo **tienden** todas a **unificarse**; tanto los **intelectuales** como los **obrerros**, **comprenden** en este momento, que el **espíritu** de **colaboración** debe **corresponder** a los **enormes sacrificios** realizados por el **proletariado** revolucionario, y a los **esfuerzos** gastados por los **revolucionarios** del **pensamiento**.

El gran **sabio bolsheviki** Timiriasev hambreado, **paralítico**, **erguido** gloriosamente a sus 80 años, **tocó** al **cerebro** de Inglaterra, para que cesaran las **calumnias** infames contra su **Rusia amada**, y despertara en los **intelectuales** del Reino Unido, el **espíritu** de **cooperación** hacia su **pueblo**. El **cerebro** de Inglaterra oyó al gran **maestro darwinista**, al **viejo profesor** de Cambridge, al

miembro de la «Royal Society»; y como resultado, tres hombres eminentes se han adherido a la causa bolshevik; Bertrand Rusell, el famoso matemático y filósofo; Bernard Shaw, el mas prestigioso de los escritores ingleses contemporáneos, y Philips Price, el millonario, profesor de Bellas Artes en la Universidad de Cambridge; honor de la Inglaterra intelectual — como dice el sabio Ingenieros — se han declarado bolshevikis.



**Lo que han dicho sobre Rusia
grandes genios y pensadores.**



IX

LO QUE HAN DICHO SOBRE RUSIA GRANDES JENIOS Y PENSADORES

Consignamos en este capítulo algunos juicios y observaciones que eminentes genios y pensadores de distintas nacionalidades, han emitido sobre la Rusia del Soviet y sus hombres. Sin comentarlos siquiera,—pues no lo necesitan—ellos son a la faz de la historia, la más rotunda afirmación de las bondades del nuevo régimen puesto en práctica en Rusia.

Esas afirmaciones, que llevan un sello de verdad, a todas luces, destruyen las viles mentiras y calumnias de la burguesía, de sus cables y de su prensa, propaladas para desacreditar al país que abolió la propiedad privada burguesa, y proclamó realmente,—en la teoría y en la acción—los derechos del hombre libre. Esos juicios están encabezados con los nombres de sus autores.

Hélos aquí:

DE ANATOLE FRANCE, HENRI BARBUSSE,
VICTOR CYRIL, GEORGES DUHAMÉL, HENRY
JACQUES, LAURENT TAILHADE, RAIMOND
LEFEBRE, MADELEINE MARX, SEVERIN

STEINLEIN Y VAILLANT COUTURIER, ilustres genios del pensamiento moderno, cuyo vibrante llamado en favor de Rusia, contiene entre sus partes, estas declaraciones, en un Manifiesto titulado «A los trabajadores intelectuales y manuales», contra la intervencion en Rusia:

«Trabajadores, tenéis razon en querer edificar un régimen nuevo en el cual el que está demasiado alto será bajado, y quien esté demasiado bajo será elevado, en el cual el trabajo será un deber para todos y la felicidad un derecho, en el cual no existirán extranjeros en ningún lugar y que será verdaderamente el régimen del orden y la paz.

«Surgid hoy contra la coalición feroz e hipócrita dirigida por la reaccion y por la gran finanza internacional contra la República Rusa los Soviets. No existió nunca y no podrá existir el menor conflicto de intereses entre los pueblos del mundo. La República rusa suscita tantas calumnias y desencadena tanto furor de parte de los potentados del capitalismo y de sus siervos, porque consagra la conquista directa del poder por el pueblo y la solidaridad internacional de los pobres, porque es atrevida e integralmente socialista, y solo por esto. Para batirla han sido empleados varios millones que vosotros pagaréis. ¿La siniestra comedia de la intervencion en Hungría no os ha abierto los ojos?

«Si sois indiferentes, sois cómplices, no os endo- seis la vergüenza de haber permitido allá el asesinato de la gran libertad común a todos los hombres.

«Unios, entonces, pueblos del mundo. ¡Si se os divide, es para reinar sobre vosotros!

DE ROMAIN ROLLAND, el famoso escritor francés, cuyo prestigio indiscutible, lo eleva a la altura de un verdadero genio del pensamiento:

«Admiro la enorme energía creadora y organiza-

dora de los Soviets rusos, dirigidos por unos cuantos hombres ingeniosos. Acabo de escribir en un periódico francés: «El cerebro del mundo trabajador reside en Moscú».

«A esto tengo que añadir que estoy convencido de que sólo una revolución comunista puede lograr éxito, tanto por motivos económicos como morales, de los que voy a enumerar algunos.

«Independientemente de todos los argumentos marxistas que conducen a la revolución, existe en Rusia un motivo al que los marxistas puros no le dan la debida importancia, pero al que yo atribuyo un valor enorme, y es el carácter casi puramente religioso, el entusiasmo místico, que anima a una parte de la clase obrera rusa».

DE JOHN REED, uno de los mas talentosos periodistas de los Estados Unidos. Visitó Rusia durante varios meses. Pintó con una pintura viva y realista sus impresiones sobre la Rusia del Soviet; la publicación de ellas, por su imparcialidad y objetividad, causaron enorme sensación. He aquí algunos acápites:

«En medio al coro de injurias y de mentiras contra la Rusia del Soviet, recorre como una suerte de terror, un agudo grito: ¡No hay ningún gobierno en Rusia! ¡No hay ninguna organización entre los obreros rusos! ¡No se trabaja más! ¡No se trabaja más!»

«Se "usa" el método de la calumnia.

«Como todos los socialistas saben, como yo mismo sé, yo que he estado presente en la revolución rusa, puedo atestiguar, que existe hoy en Moscú, y en toda ciudad y en todo centro habitado del país, un organismo político complejo, que es sostenido por la gran mayoría de la población, y que funciona bien, de la misma manera que todo otro gobierno popular de reciente formación». (Esto se refiere al principio de la organización bolsheviki en Rusia).

Respecto del Soviet dice Reed: "Jamás", se ha creado ningún cuerpo político tan sensible y que responda en esa forma a la voluntad popular».

«El Soviet es el mas perfecto organismo representativo de la clase obrera, esto es cierto; mas ellos son tambien los instrumentos de la dictadura del proletariado de la cual son aparentemente contrarios todos los partidos antibolshevikis»

Respecto del control obrero, o sea del Consejo especial que regula las funciones de la industria y vela por la vida del trabajador se expresa:

«En todas las industrias, públicas o privadas, son iguales las condiciones de trabajo, el horario y los salarios.

«El motivo de esta supervivencia, en un estado proletario, de un régimen semi-capitalista, está en el hecho que Rusia, económicamente atrasada y circundada por estados capitalistas bien organizados, tiene necesidad inmediata de la producción industrial para poder resistir a la presión de la industria extranjera».

«Los obreros están asegurados contra la desocupación, la enfermedad, la vejez y la muerte.

«Los premios son pagados por los propietarios tanto en las empresas, privadas como en las públicas; la compensación que le corresponde al obrero es siempre igual al monto completo de su salario.

«En el estado sovieta el sistema del salario es mantenido como un acomodamiento necesario al mundo capitalista, pues por otra parte está ya en obra el mecanismo que debe llevarlo a su abolición y porque todo el sistema obra bajo el control de los obreros mismos».

Después hablando sobre otras materias John Reed, dice:

«La República Rusa de los Soviets, como Lenin mismo lo ha puesto a luz, no tiende a ninguna especie

de gobierno político, sino a una verdadera democracia industrial. Lenin ha llegado al punto de prever la eventual transformación de los soviets en un órgano económico de carácter puramente administrativo.

«El prototipo de este futuro parlamento económico existe ya en Rusia. Es el llamado Consejo Supremo de Economía Pública, y está formado por delegados de las comisiones principales para la tierra y del Consejo de Control Obrero».

«Antes de la revolución, las sociedades cooperativas contaban con más de doce millones de miembros. La asociación es para los rusos una cosa natural, porque recuerdan la primitiva vida corporativa que duró en las campañas durante siglos enteros.

«En las oficinas de Putiloff, donde trabajaban más de catorce mil obreros, la Sociedad Cooperativa proveía el alimento, el alojamiento y «también el vestido» a más de cien mil personas.

Aquellos que piensan que en Rusia no puede existir ningún gobierno, por la ausencia de una «fuerza» central, olvidan esta tendencia corporativa de los rusos; se imaginan a la Rusia actual como a una servil comisión con sede en Moscú, tiránicamente dirigida por Lenin y Trotzky, y sostenida por guardias rojos mercenarios.

«La verdad es precisamente lo contrario. La organización que yo he descrito existe igualmente en casi todas las comunidades; si una parte considerable de Rusia fuera seriamente contraria al gobierno de los Soviets, el Soviet no viviría una hora más».

«Lo que es cierto para Rusia, es también cierto para los obreros de todo el mundo. Pero en ningún país los jefes tienen la percepción lúcida de un Lenin; en ningún otro país son tan unidos y conscientes como los rusos. En Rusia existen grupos de empresas industriales, como las minas de los Urales, como las fábricas de Vladivostok, en las cuales el control de los obre-

ros se ha mostrado superior a la dirección del capitalista. Y no se olvide que la empresa industrial «pertenece» a los trabajadores y es «gestada en interés» de los trabajadores.

En Junio de 1918, Lenin decía a un americano que el pueblo ruso no era todavía revolucionario.

«Si dentro de tres meses las masas no se convierten en revolucionarias, la Revolución morirá».

«Ahora nosotros comprendemos lo que el quería decir. La palabra «revolucionario» no indica solamente una caprichosa mentalidad de revoltosos; lo que debe destruirse que se destruya; pero el nuevo mundo debe ser construido con un esfuerzo lleno de ansia laboriosa».

«Nosotros, para todo el mundo, esperamos que la gran Rusia se mueva y marche adelante. En nuestros oídos resuena «la marcha regular de los férreos batallones del proletariado».

DE HENRI BARBUSSE, el genial escritor francés, uno de los mas elevados talentos de la Francia contemporánea, cuya presentación ya es conocida, escribe:

«No tiene fuerza la clase obrera para salvar la revolución rusa que tantas veces la ha llamado en su ayuda desesperadamente? Sea; admitamos que esto es indiscutible. Lo que no lo es, es que nunca ha hecho por ella lo que podía hacer, y que los socialistas y sindicalista a montones han manifestado, tras de bellas palabras, frente a la preciosa existencia de la República de los Soviets, una ingratitud que linda con la aberración».

«Imitando la repugnante hipocresía de los reaccionarios, se pesan, se miden entre nosotros los resultados del bolshevikismo, resultados adquiridos en pleno campo de batalla, en plenas ruinas, con el hambre y la peste en las entrañas de las extensiones vivas, entre horri-

zantes miserables, a través de una traición y un sabotaje incalculables. Puede establecerse audazmente y sin escrúpulos la siguiente verdad: que en las condiciones en que han trabajado los hechos prácticos de los comunistas tienen una profunda significación y que sus lagunas e insuficiencias, en cambio, no tienen ninguna».

DE ISAAC DON LEVINE, periodista, corresponsal del «Chicago Daily News», después de su viaje a Rusia hizo entre otras las siguientes declaraciones, que circularon en la prensa americana bajo el título «El Eden de los niños»:

«El gobierno maximalista cuida de los niños más que de cualquier otra clase de su población. Los niños reciben asistencia médica gratuita y el estado los provee gratuitamente de ropas y de todos los alimentos que necesitan cuando su salud los requiere. También tienen gratis los cuidados de una enfermera.

«Los niños en la Rusia de los Soviets son más afortunados que todos los de las demás partes del mundo. Los beneficios establecidos por las leyes son acordados a todos por igual y por esto no se hace distinción entre los hijos de los burgueses y de los obreros.

«Los menores de diez y seis años obtienen los alimentos gratis, aun si los padres están en condiciones de pagarlos. Los menores deben tener un certificado que indique su edad para conseguir las raciones de alimentos en los despachos de víveres. Todos los niños deben asistir a la escuela. Aquellos que no han alcanzado la edad escolar, reciben su comida en los locales de las escuelas dos veces por día».

DE ARTHUR RAMSOME, el inteligente periodista británico que vió de cerca los acontecimientos de la revolución y escribió su célebre libro «Seis semanas

en Rusia». De las páginas de ese libro sacamos los siguientes fragmentos:

«Ningún niño en Moscú está amenazado por el hambre: 150 a 180 mil niños son alimentados todos los días gratuitamente en las escuelas. Mas de 10 mil pares de calzados de fieltro han sido repartidos entre los niños necesitados».

«El número de librerías ha aumentado considerablemente. Desde el punto de vista físico, los obreros viven en condiciones bastante mas malas que en 1912, pero en lo que respecta a su bienestar intelectual no existe comparación posible. Establecimientos como el famoso restaurant Iar, donde antes los ricos celebraban sus orgías y flirteaban, se han transformado en clubs y teatros obreros a donde todo obrero tiene derecho a concurrir. En cuanto a los pedidos de libros de provincia, los mas grandes esfuerzos de las imprentas y las papelerías no han podido bastar».

Sobre la libertad de cultos Ramsome consigna estas expresiones:

«Conviene consignar que el programa comunista no obstante insistir en la separación absoluta de la iglesia y el Estado, y de la iglesia y la escuela, incluye una cláusula particular diciendo. «Debe evitarse de todos modos herir los sentimientos religiosos». Así es que las iglesias, capillas y santuarios estan abiertos al culto y las procesiones religiosas continúan como antes, de modo que Moscú sigue siendo la ciudad de las campanas».

Ramsome consigna tambien el hecho de que el desaparecimiento de los privilegios en Rusia, es una medida que alcanza a todo el mundo. Cita el caso de la señora de un alto funcionario de gobierno que viajaba con él, cuando iba hacia Petrogrado, que no encontró privilegios al llegar a Moscú.

«La señora Vorovsky, que no estuvo en Rusia desde la primera revolución, lloraba con lágrimas vi-

vas; pero lloraba aun mas en Moscú, en donde bailó que siendo esposa de un alto funcionario de gobierno, no gozaba de los privilegios que le hubieran ahorrado las privaciones de las masas».

En su visita al gran sabio darwinista Timiriasev, otro caso pudo presenciar Ramsome, sobre el desaparecimiento de los privilegios:

«Es un sabio venerable. Está en disposición de escribir, envuelto con una «robe de chambre» verde, pues su pequeño cuarto «está muy frío».

«El anciano se levanta con dificultad, pues está «agotado por el hambre» como todo el mundo en Moscú».

Con respecto a Lenin, Ramsome dice: «Los mismos enemigos de Wladimir Hilitch Uliamov—Lenin—cualquiera sea el juicio que de él se formule,—no niegan que sea una de las mas grandes personalidades del tiempo presente».

DE ANDRES PIERRE, este eminente escritor, ha expresado su opinion con estas palabras:

“Rusia ha querido purgarse de todos los delitos del zarismo”.

“La revolución rusa es, despues de la francesa, el mas grande advenimiento histórico de los tiempos modernos”.

DE WILLIAM C. BULLIT, representante del presidente de Estados Unidos, Mr. Wilson, que fué a Rusia en misión de paz, en compañía del capitán Pettit y del periodista Lincoln Steffens. Sobre las condiciones sociales, dice en el “Informe” que pasó al gobierno yanqui:

“El terror ha cesado”—Las ejecuciones son extremadamente raras. Se ha establecido un orden satisfactorio. Las calles son seguras. Los tiroteos han cesado. La prostitución ha desaparecido. La vida de fa-

milia no ha sido modificada por la revolución, a pesar del "canard" de la nacionalización de las mujeres".

De la situación política dice Mr. Bullit: "La forma de gobierno de los soviets está firmemente establecida. Quizá el hecho más saliente de la Rusia actual es el apoyo general que el pueblo acuerda al gobierno no obstante su estado de inanición".

"La forma de gobierno de los soviets parece haberse vuelto, para el pueblo ruso, el símbolo de la revolución".

"La función del partido comunista (antes bolshevik) es también muy fuerte".

En las conclusiones del "Informe" Mr. Bullit, declara: "Ningún gobierno, excepto un gobierno socialista, puede ser hoy levantado en Rusia, excepto con bayonetas extranjeras; y cualquier gobierno así levantado caerá en el mismo momento en que se le retire ese apoyo".

Ninguna paz puede ser establecida en Europa y en el mundo mientras no se haga la paz con la revolución".

En el apéndice del Informe, Mr. Bullit se expresa así de las condiciones sociales de Rusia:

«Terror.—El terror rojo ha terminado (febrero marzo 1919). Durante el período de su poder la comisión extraordinaria para la supresión de la contrarrevolución" (primera mitad de 1918), que fué el instrumento del terror, ejecutó alrededor de 1,500 personas en Petrogrado, 5,000 en Moscú y 3,000 en el resto del país; 5000 en toda Rusia. Estas cifras concuerdan con las que trajo de Rusia el mayor Wardwell, y como las he verificado en fuentes soviéticas, anti-soviéticas y neutrales, las considero aproximadamente correctas. Es digno de nota, en comparación con ellas, que durante el terror blanco de solo el sur de Finlandia, de acuerdo con cifras oficiales, el general Mannerheim eje-

entó "sin preceso" 12 mil obreros varones y mujeres".

"Orden.— Uno se siente tan seguro en Moscú como en las calles de París o de Nueva York.

"Moral.— Las prostitutas han desaparecido, por haber dejado de existir las razones económicas para su oficio.

"Nunca fué mayor el respeto a la mujer que en la Rusia de hoy. Justamente, el día que llegué a Petrogrado fué una fiesta en honor de las esposas y madres".

Con respecto a Lenin Mr. Bullit se expresa así: "Cuando visité a Lenin en el Kremlin, tuve que esperar varios minutos hasta que salió de su cuarto una delegación de campesinos. Habían oído en su aldea que el compañero Lenin tenía hambre. Y se vinieron a través de centenares de millas acarreando ochocientos puds de pan como regalo de la aldea a Lenin. Justamente, ántes que ellos había venido otra delegación de campesinos, a quienes había llegado la noticia de que el compañero Lenin trabajaba en un cuarto sin calefacción. Vinieron cargando una estufa y bastante leña para calentarla durante tres meses. Lenin es el único líder que recibe semejantes regalos y los entrega al fondo comun.

"Entrevistado cara a cara, Lenin es un hombre que llama mucho la atención, leal franco y recto ("straight, forward and diree"), pero también genial y con mucho buen humor y serenidad.

DE MIGUEL PUNTEVOLD, distinguido abogado y político noruego, que visitó Rusia en 1919:

"No hay actualmente ningún partido excepto el bolsheviki, que sea capaz de formar un gobierno, y no hay otra clase en la sociedad que pueda ocupar el sitio ocupado por la parte organizada del proletariado, como la clase que hoy gobierna".

Respecto de Lenin, dice: "Pero Lenin, por lo me-

nos, transformó el caos antes reinante en una real y organizada administración, con el poder centralizado en un gobierno. Esto es mas de lo que podía dar cualquier zarismo o Kerensky, a un país que hubiera caído, en una anarquía atómica, despues de cuatro años de guerra desastrosa“.

DE PHILIPS PRICE, el millonario profesor de Bellas Artes de la Universidad de Cambridge, que fué corresponsal del «Manchester Guardian, en Rusia, quien escribió:

‘La institución del militarismo transforma en esclavos a los trabajadores y los obliga a adaptarse al orden social existente. Para mantenerlos en condición de esclavitud, los sujeta a un método específico de propaganda, cuyo fin está en hacerles odiar los esclavos de los demás países“.....

“En Rusia el sistema de Gobierno de los soviets, entrega el poder político solamente a los que sacan de su propio trabajo sus medios de subsistencia. En aquel país, las clases directoras son las clases trabajadoras. Por eso el patriotismo significa allí devoción a la idea de que los trabajadores del mundo entero son miembros de una gran familia y están unidos entre sí por un interés común“.

DE W. W. PETTIT, capitán del ejército norteamericano, que en unión del periodista Steffens y de Mr. Bullit, fué a Rusia comisionado por el presidente Wilson. Respecto de la situación alimenticia dice:

“Los alimentos son muy justicieramente distribuidos, y en las cocinas públicas cualquiera puede conseguir una buena comida por 3.50 rublos.

“Los niños, de los cuales unos cincuenta mil están provistos de casas, se cuidan espléndidamente y si no fuera por la falta de leche, no tienen porque quejarse. En las escuelas públicas se da a los niños almuerzo

gratis y en las caras de los chicos se nota poco de los sufrimientos que tuvieron que soportar y están soportando todavía los adultos“.

Con relación a las historias del terror el capitán Pettit declara:

“Creo superfluo decir que la mayor parte de los cuentos que han llegado de Rusia referentes a atrocidades, horrores, inmoralidades, fueron fabricadas en Viborg, Helsingfors o Estocolmo. De las horribles masacres proyectadas en noviembre de 1918, se enteraron en Petrogrado recién por los diarios de Helsingfors. A todos en Petrogrado les parece imposible que alguien pudiera, aun por un momento, creer en la nacionalización de las mujeres. Hoy en día Petrogrado es una ciudad tranquila, probablemente la única ciudad del mundo de su magnitud sin policías“. “Personalmente yo me siento mas seguro en Petrogrado que lo que me sentía en París. De noche hay automóviles, trineos, y a las doce p. m. reina mucho mas animación en la calle que en Paris cuando lo dejé, hace cinco semanas“.

“Lo mas asombroso es la desaparición de la gran masa de las prostitutas. No he visto a ninguna mujer deshonestas desde mi llegada a Petrogrado y los extranjeros que han vivido aquí los últimos tres meses informan lo mismo. La política del actual gobierno ha hecho desaparecer en toda Rusia, como me decían, ese terrible tumor de la civilización moderna“.

DE ALLAN WALLENIUS, este celebrado escritor que tambien estuvo en Rusia, escribió para el “Swedish Arbetarer“ una correspondencia de la que sacamos estos interesantes fragmentos:

“En toda Rusia reina grande actividad, ¡Seguramente el poder destructivo consiste en trabajar lo mas enérgicamente posible!“ (Esto es una ironía de Wallenius, para los intelectuales de la “guardia blanca“

que dijeron que los bolshevikis habian destruido la civilización).

“Cada día nuevas instituciones de cultura son inauguradas en la Rusia bolshevikí.

“Los libros se imprimen en ediciones formidables; mas de trescientos mil; y llegan hasta el millón. ¿Qué clase de libros se imprimen?

“Naturalmente, literatura socialista en primer lugar; pero tambien, obras científicas, literatura pura, los clásicos de renombre universal, tanto de Rusia como del resto de la tierra“.

“A la cabeza de esta admirable y feliz organización de actividad literaria, está un hombre cuyo nombre es una garantía de gusto literario y de vastos conocimientos: Máximo Gorky.

“Pero el Ministro de cultura es Lunatcharsky, famoso en toda Europa, de vastos y profundos conocimientos el mismo es un fecundo autor y artista. Bajo su dirección el sistema escolar ha sido revolucionado de tal manera, que pueden gozar de los beneficios de la enseñanza todos los ciudadanos del Soviet. Han sido instaladas millares de nuevas escuelas. Intensamente se difunden los cursos de lectura con resultados altamente halagüeños y promisoros. Se extiende en vasta escala la educación popular.

Frente a los planes de estos establecimientos, son verdaderamente asombrosos los viejos sistemas de las escuelas comunes de Escandinavia y Finlandia.

«El pueblo ruso devora con una aptitud maravillosa para el aprendizaje, todos los elementos que se le ofrecen para mejorar su educación, sea un simple discurso, una serie de lecturas un curso escolar, o un libro voluminoso.

«Se abren en todas las ciudades universidades públicas, como tambien librerías y salones de conferencias. El cinematógrafo toma parte activa en la obra educativa. Las mas altas universidades quedan abiertas a to-

dos los ciudadanos que anhelan aprender vehementemente y que poseen la aptitud de agregar a sus conocimientos las enseñanzas universitarias.

«El arte es favorecido por todos los medios. Los teatros están trabajando constantemente; se llenan de bote en bote; los actores de Rusia pueden compararse ventajosamente con los mejores. El más hermoso teatro del mundo es el de Moscú.

«Los escultores trabajan intensamente. Lo atestiguan las estatuas de los paseos públicos y las diversas exposiciones. Pero en todo arte—aun en la música—se vislumbra la Revolución. La vieja y tradicional senda eslava fue abandonada y los artistas se arrojaron intrépidamente a realizar los más osados experimentos.

«¡Con ello se ha ganado considerablemente en todo sentido! ¡Y la inmensa fragua avanza! El arte se libra de sus convencionalismos. El cubismo y el futurismo tienen sus profetas, quienes investigan valientemente. Y muchos han hallado lo que buscaron y descubrieron el espectáculo de un alma individual o se disolvieron en la unidad revolucionaria, en el espíritu de solidaridad que caracteriza a las creaciones artísticas de la Rusia moderna.»

DEL DR. JOSE INGENIEROS, el sabio catedrático argentino de la Universidad de Buenos Aires:

«Circunstancias históricas bien conocidas han hecho de Rusia el «pueblo elegido» para iniciar el inmenso experimento social que servirá de norma al mundo civilizado. Y todos los que anhelan para sus hijos una humanidad menos imperfecta han dirigido a Rusia la mirada, esperando su respuesta a los grandes interrogantes: ¿Es posible mayor justicia entre los hombres? ¿La paz puede esperarse de la Cooperación? ¿El orden será restablecido por la Solidaridad?

«Los que damos a esas preguntas una contestación afirmativa, sin que nos perturben intereses creados,

pensamos que la revolución rusa, triunfante hoy por el genio de sus dirigentes y por la fé del pueblo ha entrado ya a la fase constructiva y experimental. Y relejendo a Dostoyesky y Turgueneff, a Tolstoy y a Gorky, advertimos con júbilo que aquella vieja Rusia de los autócratas ha muerto para siempre y que sobre sus ruinas humeantes está surjiendo la nueva Rusia del pueblo, vibrante de esperanza, anhelosa de libertad.»

DEL DR. FRANCISCO DE LA TORRE, Rector de la Universidad de Córdoba, elegido el 6 de Mayo de 1921:

«El progreso social no es posible sin la revolución.

«Allí está Rusia, el ejemplo mas hermoso de la historia del mundo, que ha realizado una revolución colosal. Pasado el instante de la revolución, todas las fuerzas se destinan a la evolución constructiva. Ya tenemos las pruebas de una Rusia progresista, y es de imaginarse lo que Rusia dará al mundo en el futuro.»

DE BEN TURNER, diputado laborista que fué a Rusia en misión de investigación, enviado por el gobierno británico:

«Si Rusia tiene la paz, si se levanta completamente el bloqueo que la asedia y si reanuda sus relaciones comerciales con las demás partes del mundo, creo que Rusia será antes de pocos años un país muy rico. Los hombres que encabezan los asuntos públicos tienen verdadera capacidad para aumentar la producción. El evangelio de todos ellos es: más producción; sus folletos y discursos no hablan de otra cosa. Ofrecen el aliciente de una ración extra a secciones de obreros para que aumente su producción, y limitan la ración a los que, dadas sus condiciones físicas y su eficiencia general, no producen lo que deberían.»

DEL DR. PABLO RAMIREZ, ex diputado por

Valdivia y actual Consejero de Estado de la República de Chile:

«La Rusia es en estos instantes un laboratorio inmenso en que las inteligencias mas preparadas de la Europa estan moldeando la humanidad futura. He dicho la» inteligencias mas preparadas de la Europa; porque el hecho cierto es que las torpes persecuciones zaristas crearon dos Rusias: la Rusia de los mujiks que estaba en su territorio y una Rusia intelectual que viajaba proscrita por los pueblos de mayor cultura social de la Europa. Es a última Rusia es la que ha hecho la revolución maximalista.»

DEL PROFESOR VICTOR HENRI, maestro de conferencias de la Sorbona, comisionado por el gobierno frances para una misión de estudio en Petrogrado y Moscú; sobre sus resultados presentó M. Lallemand un informe a la Academia de Ciencias de Paris:

«El centro intelectual de la nueva Rusia es la Academia de Ciencias de Petrogrado, que ha tomado bajo su proteccion museos, laboratorios y facultades. Se ha constituido una gran comision para el estudio de la riqueza y fuerzas de Rusia, que se compone de treinta y tres secciones de las cual-s veinte y dos funcionan en Petrogrado y once en Moscú.

«Entre los nuevos institutos cita M. Henry el instituto de química, el del platino, en el que los sabios rusos han logrado encontrar el procedimiento secreto de la separacion del platino y el iridium, que los alemanes mantenian oculto; un instituto de materiales de construccion; otro de mejoramiento de razas lanaras; otro dedicado al estudio de las tierras y los abonos.

«Funcionan tambien desde hace algunos meses institutos especiales del radio, de rayos X. de óptica teórica y aplicada, de cristalografía y del trabajo.

«La Academia de Ciencias de Petrogrado ha emprendido una serie de estudios geodésicos y empezado

la formación de una carta magnética de Rusia. Al instituto de pesas y medidas se han agregado nuevos laboratorios.

«Antes de la guerra los sabios rusos publicaban sus trabajos en las revistas francesas, alemanas o inglesas. Hoy la Academia de Ciencias publica un boletín redactado en ruso y en francés, donde veán la luz todos los trabajos de los hombres de ciencias rusos.

«El gobierno de los soviets ha sido espléndido, en general, con la ciencia. Se han concedido todos los créditos solicitados para obras científicas. M. Henry dice que jamás había sido tan rica la ciencia rusa».

DE PAUL VAILLANT COUTURIER, el insigne literato francés, escribe desde Rusia un artículo titulado «De Moscú.— Un mundo nuevo», del que extractamos los siguientes acápites:

«En las centenares de colonias de la campaña, los hijos de los proletarios, medio desnudos, juegan bajo el sol. La instrucción, según los más modernos métodos, lo ha invadido todo. Casi la totalidad de los soldados saben leer y cada uno de ellos recibe una instrucción anti militar al mismo tiempo que aprende a manejar ametralladoras.

«Indecibles esfuerzos se realizan en materia de cultura proletaria, gracias a Lunatcharsky y sus colaboradores obreros. Piezas de propaganda, hechas con un arte de síntesis y de estilo que sobrepasa a lo mejor que conocemos en Francia, literatura salida del pueblo, pintura desligada de la tiranía del oficio, con sus colores alegres y que por sus tendencias modernistas posee el más íntimo carácter del viejo arte ruso, del hermoso arte puro de todos los tiempos.»

«En la inmensa Rusia, los Soviets son en lo sucesivo, imposible de disolver. Se cometen faltas, se anda a tientas; la apatía de Occidente obliga a veces a echar

lastre, pero la direccion es inmutable. Continúa su ruta implacablemente.

Los pequeños burgueses, plegados al comunismo, se esfuerzan, penetrando en la burocracia, por sabotear al réjimen. El avanza a pesar de todo, como una fuerza elemental. Se sufre aquí por el Ideal como sobre ningun otro punto de la tierra, pero se confiesan los errores y no se ocultan los sufrimientos.

«La revolucion. ¿Aquí? Es un alumbramiento terrible, desgarrador, pero que dará vida al mas sólido de los hombres, a aquel que será a la vez, un cerebro, un corazon y un biojo.»

DE W. T. WOODE, el ilustrado corresponsal, que mantuvo correspondencia con el gran diario ingles «Manchester Guardian», desde Rusia. Copiamos algunos pequeños fragmentos de su notabilísimo estudio “El Bolshevikismo en la obra”. He aquí lo que refiere al entrar al palacio del Kremlin, antes de su entrevista con Lenin:

“Siempre se ha dicho que Lenin se haya rodeado por una guardia de chinos. Yo no he visto ni uno.”
“Entré y me encaminé al edificio en el cual vive Lenin, en direccion a la vasta plataforma donde en un tiempo surjia la estatua hoy removida, de Alejandro. Al pié de la escalera se encontraban dos soldados; dos jóvenes rusos, pero que no eran chinos. Subí en ascensor al piso mas alto, donde hallé a otros dos jóvenes soldados, rusos tambien estos y no chinos. En las tres visitas que efectué al Kremlin, no he visto ni un solo chino.”

Sobre el estado de salud del pueblo, que todos los que han estado en Rusia en tiempos de los zares saben que era deplorable, Mr. Goode se expresa asi:

“Todo ciudadano de la República de los Soviets tiene derecho a exigir del Estado asistencia médica gratuita, a adquirir gratis las medicinas, al tratamiento y a una plaza en un hospital, con un periodo de convales-

cencia en lugar higiénico, en caso de que sea necesario."

"En el negociado de Maternidad dirigido por una señorita doctora, la doctora Ledever, se han tomado medida para que la madre pueda estar rodeada de comodidades ocho semanas antes del parto, con otro periodo correspondiente despues del parto, que pueda extenderse en caso necesario hasta que sea destetado el niño. Mientras la madre en el hospital, si es obrera, sigue siendo pagada, los cuidados de que como madre se ve rodeada, son un regalo del Estado.

"Para los niños tambien estan creándose hospitales especiales; pero uno—legado en los últimos tiempos,—funciona ya al sur de Moscú. He estado en él de visita y puedo decir que ni aquí—en Inglaterra—ni en América he visto un hospital mejor acondicionado, mejor montado o mejor dirigido, teniendo en cuenta su finalidad especial".

Como algunas de las actividades especiales de la República de los Soviets, cita casos:

"La verdad es que tanto en Moscú como en todas las partes de Rusia he visto enjambres de niños con las armas en la mano desde pequeñitos. Y en ningun país del mundo de los que conozco se les cuida y prodigan mas atenciones por el gobierno que en la Rusia actual.

"Al decir esto, hablo con conocimiento de causa, porque mi vida ha trascurrido en obras de educacion.

Describe tambien Mr. Woode, las maravillas del arte en la Rusia de los Soviets y la grandiosa obra de construccion que realizan los comisarios del pueblo.

DE LINCOLN STEFFENS, periodista. Uno de los miembros de la mision norteamericana que presidia Mr. Bullit, enviada por el gobierno del presidente Wilson a estudiar las condiciones del pueblo ruso:

"Ciertamente el período destructivo toca a su fin y comienza la reconstruccion. Lo vimos en todas partes; notamos el orden y no conocemos ningun desorden aun-

que preguntamos acerca de ellos. La prohibición de bebidas alcohólicas es universal y absoluta. En Petrogrado los robos no alcanzan el nivel normal de las grandes ciudades. Nos advirtieron del peligro que corrían nuestras vidas, pero nosotros nos sentíamos seguros. La prostitución ha desaparecido con su clientela corrida por la ley que dice: "el que no trabaja no come", por la pobreza general, y por el sistema de los bonos de trabajo. En las fábricas el vagar de los obreros durante las horas de trabajo y el sabotaje de los jefes superiores, directores, especialistas y de los empleados de oficina, han concluido. Rusia se ha entregado al trabajo".

DE WILFRED R. HUMPHRIES, que fué durante once meses uno de los secretarios de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en la Rusia de los Soviets; bajo la dirección de la Cruz Roja Americana, dirigió el trabajo de colonización de los refugiados serbios en Rusia; recorrió 20 mil millas en la parte septentrional y central, así como en Siberia, y tuvo relaciones de negocio con más de cien soviets locales. Copiamos estos fragmentos de un trabajo sobre la organización económica que se titula "El andamiaje de la nueva Rusia".

"Los Soviets lejos de haber hundido a Rusia en la anarquía salvaron a Rusia de la ruina completa, adueñándose resueltamente del poder. Este grupo determinado y dinámico de trabajadores urbanos y de campesinos jóvenes, tenía una organización compacta y un programa claramente definido. Kerensky había ensayado el gobierno de coalición—la unión democrática de todas las clases pero dicho gobierno había fracasado".

Refiriéndose al "mérito esencial de los revolucionarios rusos" para introducir "el orden y la disciplina en el caos económico" dejado por el antiguo régimen, se expresa:

"El hambre, la falta de materias primas, el sabotaje del personal técnico, el mal estado de los ferrocarriles, las bandas contrarrevolucionarias y la amenaza de inva-

sión de guerreros prusianos, uníense para producir una impresión capaz de intimidar a las almas mas fuertes. Pero los bolshevikis pensaban en las selvas del Norte, en las pesquerías del Mar Blanco, en los campos petrolíferos del Cáucaso en el hierro, el cobre y el oro de los Urales, en los nuevos ferrocarriles y canales que debían construirse; e hicieron frente a la tarea sobrehumana de transformar en orden el caos económico.

Hablando sobre Lomonosoff, el gran ingeniero ruso, sobre la producción de las fábricas y las construcciones dice:

“Hace un mes llegaron informaciones interesantes y autcrizadas, en una carta de M. George Lomonosoff, jefe del Departamento de construcciones del Estado. M. Lomonosoff no es un bolsheviki; sino un mensheviki. Es un notable ingeniero, conocido en toda Rusia y fué enviado en mision oficial a América por el Ministerio de Comunicaciones del gobierno de Kerensky, habiendo regresado a Rusia hace tan solo seis o siete meses.

“En su carta dice que la producción de las fábricas ha aumentado sin cesar, y calcula que la mayor parte de las fábricas que no se han visto privadas de materias primas, producen actualmente lo mismo que antes de la guerra (En los primeros meses de la revolución bolsheviki, la producción decayó en algunas partes al quinto de la cifra normal). Tratando de su propia obra como jefe del Departamento de Construcciones del Estado, describe “la mas grande usina generadora de electricidad en el mundo”, actualmente en construcción cerca de Moscú.

Extensos yacimientos de hulla están siendo usados para la producción barata de electricidad. El mismo departamento construye actualmente dos ciudades nuevas. Hace algunos meses ensancharon y profundizaron un canal entre los rios Don y Volga, lo cual permitió transportar torpederos al Mar Caspio, a través del Báltico. La aparición inesperada de esos barcos a la

retaguardia de Denikin, tuvo algo que ver con la derrota de dicho general. Varios cientos de millas de nuevas líneas férreas también están en construcción".

DE M. BARTOU, el eminente político francés, ex-jefe del gabinete de su país:

"Por mas que la ciega "Entente" se niegue a admitirlo, existe una diplomacia bolsheviki y muy inteligente. Chicherin, al contestar a Lloyd George y Millerand, no aceptó la mediación de la liga de las naciones en este conflicto, manifestando que no se le había comunicado oficialmente que existiera la liga. De esta manera ha mostrado ser maestro en diplomacia".

(El "conflicto" a que se refiere M. Bartou es al de Polonia).

DE MAXIMILIANO HARDEN, el insigne polemista alemán, cuyo nombre ha preocupado por muchos años la atención universal, por sus artículos de ardiente crítica contra todos los imperialismos, escribió en "The World" de New York, un artículo sobre la crisis del hambre en Rusia, que dice:

"Una nación de 140 millones de almas, no puede morir. La terrible crisis por la cual está atravesando el pueblo ruso, podrá ser conjurada siempre que el mundo se acuerde de sus deberes de solidaridad ante la desgracia.

"Rusia necesitará créditos enormes; pero después de tres cosechas buenas y con una explotación racional de sus recursos inagotables, ella no tardará en recuperar su solvencia.

"Sin embargo, la acción de socorro no debe incurrir en el error de intentar el derrocamiento del Soviet, o de eliminar a Lenin, porque el alejamiento de este hombre precipitaría al país en la más terrible guerra civil, con programas y con todos los horrores de la anarquía".

(De un telegrama de "El Mercurio" de Santiago publicado el lunes 15 de agosto de 1921).

DE JOSEPH FRANCE, senador de los Estados Unidos de Norte América:

"Yo no veo que Rusia pueda empeorar en sus condiciones, pues por el contrario, entre el elemento oficial ruso hay armonía y se trabaja pacientemente y con inteligencia para restablecer el orden y la industria.

"Sus recientes decretos le han inspirado confianza al pueblo ruso y cualquier contacto de éste con el mundo exterior le serviría ahora de una gran ayuda.

"Las condiciones de hambre en la region del Volga no son materia de discusión porque el país es allí poco apropiado para la vida humana, y de esto se ocupan ya los miembros del gobierno ruso con grande ansiedad".

Esta noticia la publicó "El Mercurio" de Antofagasta a fines de Julio de 1921.

El senador aludido había sido antes de ir a Rusia, el mas encarnizado enemigo de los bolshevikis rusos, pero cuando los vió, cambió, como se ha visto, completamente de parecer.



ADVERTENCIA:

Se encarga a los lectores guardar consideración con algunos errores involuntarios que puedan aparecer, porque este trabajo fué hecho en condiciones de precipitación y sin tener el encargado, todos los datos que necesitaba para esclarecer suficientemente los hechos históricos contemporáneos que en él se especifican.

EL ENCARGADO DE LA EDACCION

ACTOS PERMANENTES

QUE ENGRANDECERAN LOS CONSEJOS

Debe haber a lo menos una reunión general CADA MES, para conocer la administración y estado general del Consejo y conocer noticias de la marcha general de la Federación.

La Comisión Administrativa debe reunirse SEMANALMENTE y ocuparse de organizar la propaganda general de la organización;

Debe haber a lo menos una fiesta CADA MES que reúna a todas las familias en un ambiente de cariño y solidaridad que perfeccione la cultura, la moral y la educación de las familias obreras.

Debe haber una comisión que se preocupe de hacer leer a todos los asociados toda aquella lectura que robustezca la inteligencia obrera.

Debe señalarse un día por semanal para establecer un interés colectivo de lectura comentada sobre el programa y objetivo de la Federación.

La prensa obrera debe merecer una preocupación especial como elemento de educación.

Una comisión debe preocuparse de que todos paguen puntualmente sus cuotas y de que los recursos del Consejo sean siempre suficientes. Así mismo debe preocuparse de pagar sus obligaciones generales.

Ningún sacrificio significaría ocuparse de leer bien todas las ideas quedan explicadas, con lo cual, es seguro, se contribuirá en mucho a engrandecer cada Consejo Federal. Todos los que queramos mejorar la vida, preocupémonos de esta acción y luchemos arduosamente,

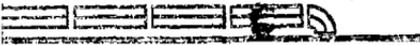
El que lea este folleto, debe leer el folleto **¿QUE ES LO QUE QUIEREN FEDERADOS Y SOCIALISTAS?** Si no lo hace así quedará con conocimientos incompletos.

Ciudadano, habitante de la ciudad o del campo.

Usted debe hacer leer este folleto por sus mejores amigos y amigos, difundir todos estos conocimientos, prepagar con amplitud, conversar constantemente sobre la buena labor gremial que se puede obtener de una organización obrera deseosa y consciente de mejorar su condición.

Sea usted obrero o empleado, hombre o mujer, niño, joven o adulto, nacional o extranjero, tiene usted interés y necesidad de difundir las ideas para ir realizando la mejor organización gremial, que ha de darle a usted mayor salario, mejor horario, mas respeto, mas libertad, mas justicia.

No destruya este folleto, guárdelo, que en mas de una ocasión le agrada volver a leerlo, o le servirá para hacerlo leer por algún amigo.



VENTA DE FOLLETOS

A la administracion de «El Socialista», Covadonga Nueva 319 o correo CASILLA 327, ANTOFAGASTA, puede Ud. enviar giro postal y pedir los siguientes folletos:

Cancionero socialista obrero.....	\$ 0.50
El sembrador de odios.....	» 0.50
Patria y Patriotismo.....	» 0.20
El primer problema social.....	» 0.50
¿Qué es lo que queremos federados y socialistas?.....	» 0.50
Lo que dá y lo que dará la Federacion Obrera de Chile.....	» 0.50
«Documentos del Progreso», (números sueltos).....	» 1.—

Obras teatrales para aficionados

«El Dia de Mañana».....	\$ 1.—
«La Canalla».....	» 1.—
«La Maiga».....	» 1.—
«Desdicha Obrera».....	» 1.—
«Sombra Negra».....	» 0.40

